

S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A

AÑO I

16 DE AGOSTO DE 1942

NÚM. 33



MADRID

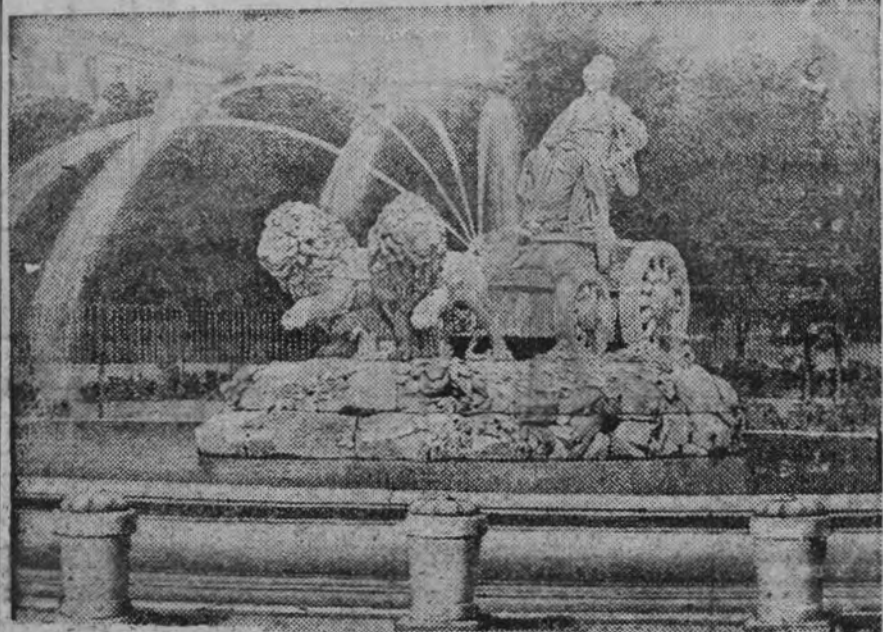


ESTE número, que, con ocasión de la festividad de la Virgen de la Paloma—popularísima advocación de la Villa—, viene consagrado a Madrid, ha sido redactado por los escritores que componen el siguiente

SUMARIO

Ante la imagen "madrileña" de la Paloma, soneto de Manuel Machado, dibujo de Antonio Casero. Página 3.
Una cuartilla del Alcalde de Madrid, y Prehistoria madrileña, por Luis de Hoyos. Página 4.
Madrid, castillo famoso, por Emilio García Gómez. Página 5.
Del Madrid medieval, por Manuel Cardenal de Yrachea. Página 6.
Telones de fondo madrileños: El Pardo y el Buen Retiro, por Federico C. Sáinz de Robles. Página 7.

Breve elenco de la imprenta madrileña, por M. Página 8.
Madrid y las guerras civiles, por Antonio Velasco Zazo. Página 9.
Las fuentes del Prado. Página 10.
Madrid desde el punto de vista urbanístico, por Mariano García Cortés. Página 11.
Carácter de Madrid en dos etapas, por Ledesma Miranda. Páginas 12 y 13.
Madrid y sus Museos, por Manuel Abiñ. Página 14.
La fuente de la Cibeles, por José Rincón, Lazcano. Página 15.
Las "plazas" de Madrid, por R. Capdevila. Páginas 16 y 17.
Seis edificios religiosos desaparecidos. Página 18.
Los parques, por Tristán Yuste; grabados de Castro Gil. Página 19.
La diosa y la maja, por R. Lainez Alcalá; dibujo de A. Casero. Página 21.
Porvenir urbanístico de Madrid, por Pedro Bidagor. Página 23.
El forastero en Madrid, por Alvaro Cunqueiro. Página 24.
Capitulares de Escassi y Tauler.



La Ciboles



Puerta de Alcalá

GREGORIO GONZALEZ
Maderas
Toledo, 137 Madrid
Teléfono 70989

LAZARO FERNANDEZ YEPES
E HIJOS
CARPINTEROS
RIBERA DE CURTIDORES, 24 (Bazar)
MADRID
PRECIOS ECONOMICOS
Primer puesto de la derecha

¡ ATENCION !
Bar "LOS CLAVELES"
La mejor cerveza de Madrid. Pase y
compruebe. Especialidad, café expés
VINOS, CERVEZAS
APERITIVOS EN GENERAL
MESON DE PAREDES, NUM. 18
— TELEFONO 76999 —

CASA TOMAS
Vinos, cervezas y licores
Visite esta casa
RUDA, 1. T. 77148

GRAN FABRICA de CAMAS
METALICAS de
Rufino Martínez Catalina
VISITE ESTA ACREDITADA CASA
ESPADA, 6 JUANELO, 2
— Teléfono 70361 —

CAMAS DORADAS Y PLATEADAS
RENESES
Plaza de Nicolás Salmerón, 2

CEFERINO R. ROMERO
ETIQUETAS EN RELIEVE
— IMPRENTA —
FABRICA DE BOLSAS DE PAPEL
ABADES, 12 — Teléfono 70449
— MADRID —

ALMACEN DE MERCERIA
AL POR MENOR
HIJADE
SEVERIANO GONZALEZ
CALLE DE TOLEDO, 78 — MADRID
ESTA CASA NO TIENE SUCURSALES
Teléfono 77153

Camas **GONZALEZ** Muebles
Proveedor de las Sociedades "La Escarriadora",
"La Motora", "El Regulador" y "El Distribuidor"
de los Ferrocarriles de M. Z. A.
ALCOBAS, COMEDORES, DESPACHOS,
TRESILLOS, OBJETOS ARTISTICOS
P. Cascorro, 9 — MADRID — Teléfono 73297

MANUFACTURA DE CALZADOS
RAFAEL GONZALEZ DEL OLMO
Especialidad en modelos y medidas de caballero
y señora. Materiales de primera, todo en suela
Despacho: P. Antonio Zozaya, 3, Calzados La
Moda. Teléf. 74925. — Fábrica: P. Antonio Zozaya,
ya, 4. Teléf. 76369 MADRID. — Precios económicos
OFRECE A USTED SU CASA

GRAN CAFE-BAR PAVON
Rico café expés
EMBAJADORES, 9 — Teléfono 72595

COMPRO-VENDO ROPA
RAMON LA CALLE
Plaza de Cascorro, número 12

ADMINISTRACION DE
LOTERIAS, NUMERO 59, de
Angela Gómez
Plaza Cascorro, 6
MADRID

Bar "LA RIBERA"
— ESPECIALIDAD EN DESAYUNOS —
PLAZA DE CASCORRO, 13
Teléfono 77601
NO DEJEN DE VISITAR ESTA CASA

TALLERES ACERO
MOTORES, TRANSFORMADORES,
BOMBAS, INSTALACIONES
Y MONTAJES
ABADES, 13 — MIRA EL SOL, 15
— Teléfono 71331 —

FABRICA DE JUGUETES
JUSTO GARCIA ARRAS
ENCOMIENDA, 7. Teléf. 77384

CAMAS, MUEBLES, DISCOS, FONOGRAFOS,
AL CONTADO Y A PLAZOS
RAMON BERCEDO
Plaza de Cascorro, 13 y Santa Ana, 6
Teléfono 77783 — MADRID

No olvide el número 77043, mi teléfono
TALLER DE PINTURA EN GENERAL
— MEDRANO —
Decorado y grabado al ácido de lunas y
cristales. Rótulos, Placas, Anuncios y com.
posición de carteles, etc. Obras. Fachadas.
Tiendas. Habitaciones. Muebles
LUCIENTE, 12 — MADRID

LA UNIVERSAL La Casa de Moda en ca-
Teléfono 74152 mas novedades y plater-
das, modelos nuevos y
muebles de todas clases.
ALCOBAS, COMEDORES, MUEBLES
CURVADOS Y DE TAPICERIA
CASIANO BLANCO
DUQUE DE ALBA, 13 MADRID

CASA ELADIO
MANTEQUERIA
Embajadores, 14. — Teléf. 73344

LA PORTADA BLANCA
Compra y venta de objetos usados
VIUDA DE LOZANO
Plaza de Nicolás Salmerón, número 11, tienda

¡ ATENCION !
CASA RUIZ GOMEZ
Almacén de tejidos por mayor y menor.
Especialidad en mantas de
cama, campo y viaje
TOLEDO, 4 — Teléfono 12340

GRAN TALLER DE ZAPATERIA DE
RICARDO MANZANERA
EMBAJADORES, 58
No deje de visitar esta acreditada Casa
PRECIOS ECONOMICOS

DEGUERIA Y PERFUMERIA
Vda. de Jesús Fernández
RIBERA DE CURTIDORES, 23
MADRID — Teléfono 74133

RADIO-ELECTRICIDAD
CASA RICARDO
(HIJO JULIAN TEJERO)
Pl. de Nicolás Salmerón, 12, y Amazonas, 2
Teléfono 72756 — MADRID

NUEVAS PESCADERIAS
CALATRAVA, 6 y 13
Teléfono 70220

Gran Sastrería
ARANGUREN
MALDONADAS, 1

GRAN PESCADERIA GALLEGA
NO DEJE DE VISITAR ESTA CASA,
POR SU ESPECIALIDAD EN
PESCADOS FRESCOS
Embajadores, 34 — Teléfono 72755



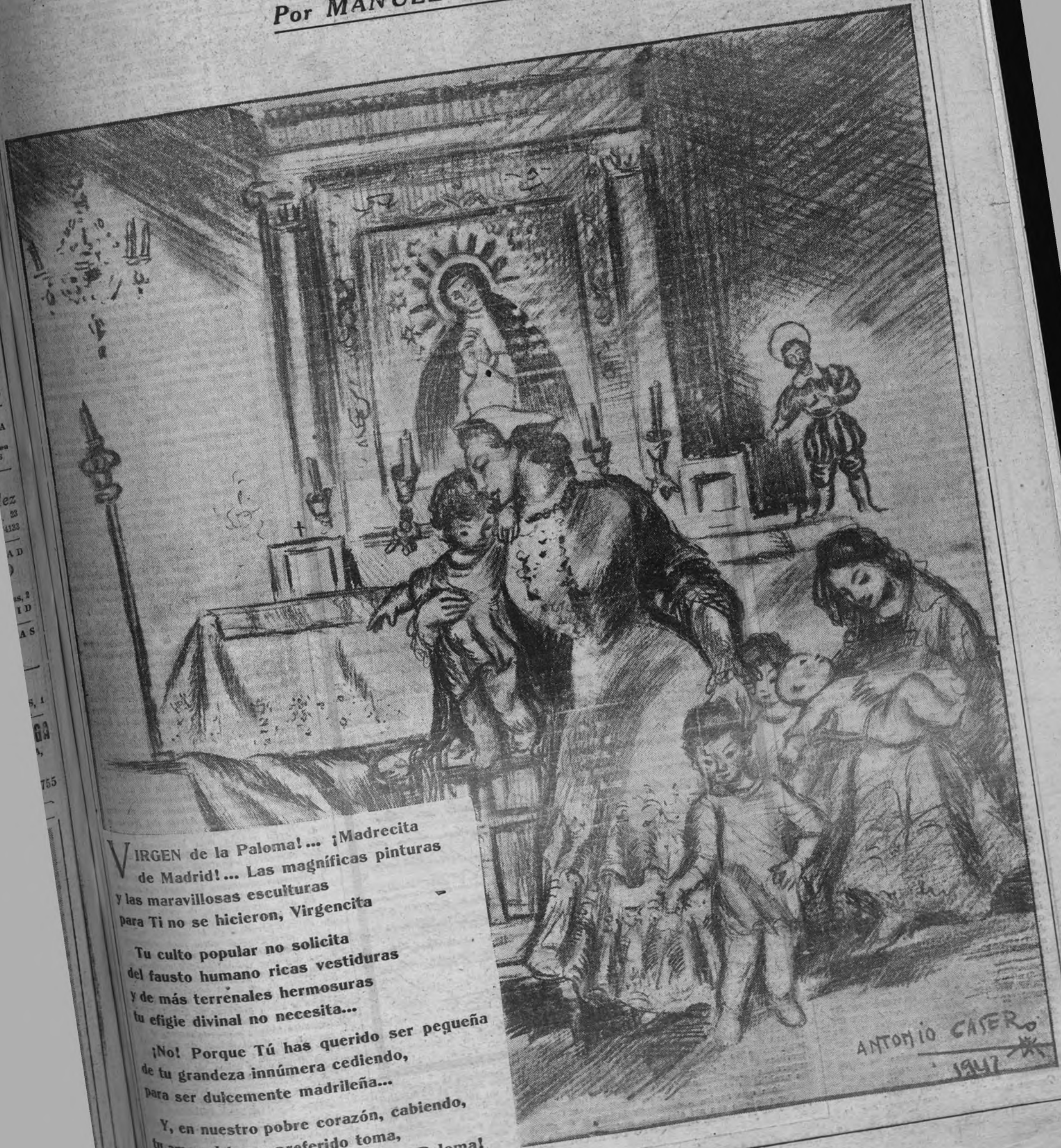
Puerta de Toledo



Carlos III

Ante la imagen "madrileña" de la Paloma

Por MANUEL MACHADO



VIRGEN de la Paloma!... ¡Madrecita
de Madrid!... Las magníficas pinturas
y las maravillosas esculturas
para Ti no se hicieron, Virgencita

Tu culto popular no solicita
del fausto humano ricas vestiduras
y de más terrenales hermosuras
tu efigie divinal no necesita...

¡No! Porque Tú has querido ser pequeña
de tu grandeza innúmera cediendo,
para ser dulcemente madrileña...

Y, en nuestro pobre corazón, cabiendo,
tu amor el trono preferido toma,
¡oh, Madre de las madres! ¡Oh, Paloma!

ANTONIO CASERO
1947

PREHISTORIA MADRILEÑA

Por LUIS DE HOYOS SAINZ



no existiera el Cerro de San Isidro, Madrid no tendría categoría para figurar en la prehistoria, pues a él se debe desde hace ochenta y años el que el río, o el de la capital, sean esta y ejemplo constante cuando se habla de los orígenes de la Humanidad.

Desde el siglo XVIII, al recoger en aquel Gabinete, fundado por Carlos III, grandes huesos y colmillos de elefantes, encontrados en los areneros que surtían a la capital, conoció el yacimiento; pero vulgarmente o como cosa rara o curiosa, y sólo medio siglo después, un profesor de aquella institución que luego fue Museo de Ciencias Naturales, inició su conocimiento científico, pero los trabajos de Paz y Graells, en 1847, no los publicó la Academia de Ciencias hasta medio siglo después, y por ello es el gran ingeniero D. Casiano del Prado el que, en el año 1853, lanzó al mundo científico esta primera avanzada de la prehistoria en España, aunque en buena cuenta aquellos célebres Padres Torrubia y Feijóo plantean el problema de su existencia al descubrir el primero en las margas de Concaud (Teruel) huesos fósiles estimados entonces por vivientes contemporáneos del Diluvio; pero en esto, como en otras actividades, los españoles hemos sido grandes exploradores, pero nulos explotadores de lo descubierto.

El yacimiento de San Isidro fue en toda la época heroica y pobre de la prehistoria española muy estudiado por naturalistas y dado a conocer fundamentalmente por aquel catedrático y académico D. Juan Vilanova y Píera, que destacó su importancia en Congresos, conferencias, artículos y libros, y a él se debe el primer corte de la formación, hoy desaparecida, ya que la edificación madrileña trasladó casi íntegro el Cerrillo a la orilla derecha para solados o muros de sus casas de tapial. El yacimiento de la ermita ha multiplicado el número en el presente siglo, época ya de la prehistoria protegida y metodizada, ampliando a más de cuarenta estaciones los sitios de los hallazgos que forman la cintura prehistórica de Madrid, en todo el curso del Manzanares, principalmente desde la Bombilla hasta que vierte su caudal exiguo en el Jarama, y aun ha prolongado por este río arriba y aguas abajo, la difusión de los hallazgos prehistóricos, pues hasta el pie de la Sierra y en los jardines de Aranjuez, han multiplicado los descubrimientos el abate Abernethy, el profesor Pérez Barradas y otros exploradores.

EL PAISAJE CUATERNARIO

Todas las estaciones donde dejaron, no sus restos, que han desaparecido, sino sus obras, aquellos protomadrileños de la naciente humanidad, halláanse, como cualquier paseante por los alrededores de la Corte puede ver, en las desaholadas arenas o en los cenizales margosos, en los que ni el esparto se da, y para formarse idea preciso es que el paisaje sea reconstruido, como en aquellos tiempos existía; hay, pues, que rehacer la historia geológica del gran paisaje en alternancias de bosques tropicales en las épocas cálidas y estepas desoladas en las frías, creadas unas y otras por la oposición del dominio glacial en las épocas frías y del clima cálido en las correspondientes a las interglaciares en aquellos largos periodos, de los cuales ha resultado el tipo medio del clima y del paisaje madrileño, aunque predomine lo estepario sobre lo paradisíaco, cumpliendo tal vez la maldición del morisco, que al ser expulsado de las huertas que cultivaba al pie del talud segoviano de los actuales Consejos, aquel barrio acorinesco de doña Inés, pidió a su Dios que "no dé hierba la tierra, ni sombra los árboles, ni agua las fuentes".

El Manzanares, que luego fue motejado de aprendiz de río, competía en los periodos de los deshielos glaciares con las más recias corrientes actuales de las grandes capitales europeas, y como testigo de su gran historia geológica han quedado las terrazas formadas por los depósitos de sus antiguas corrientes y los arrastres y cráteres que en ellos fueron encauzando al río posteriormente.

Origen y señoría de sus aguas era la

cuenca glacial de Peñalara, en la que los alpinistas un poco iniciados pueden ver los restos de tres glaciares, principalmente el de la hoya de Pepe Hernando, por pertenecer al último periodo, llamado Würmiense, aunque existieron allí desde el primero o Gungliense; dejaron los ríos de hielo, como prueba de su existencia, las filas de cantos redondeados empujados por el hielo, que forman las llamadas morrenas, y que aisladamente pueden verse desde Torreldones a la Marmota, en el cauce del Manzanares, y a partir de esta acción directa del hielo formáronse por el agua que de él nacía los sedimentos fluviales de arrastre lento o arrojados, y propiamente aluviales o de río, a las que en los periodos secos se unieron los depósitos aéreos o eólicos, verdadero sistema de dunas predesérticas.

En la cintura meridional de Madrid, para limitar la descripción formó el Manzanares desde las alamedas de la Bombilla hasta su término en Vaciamadrid, terrazas, que se clasifican en tres grupos: la primera o alta, que sube desde 30 metros sobre el río, en San Isidro, formando el escalón superior casi por su camino alto, elevase hasta los 50 metros, llegaría por la ribera madrileña hasta el raso de los Melancólicos y el Portillo de Gilemón, y está cubierta por las plataformas, a 100 metros de altura, y en ella termina el cuaternario inferior con la época arqueológica llamada musteriense, puesto que en ella se encuentran ya objetos de cultura aurignaciense, que geológicamente inician el cuaternario superior, y arqueológicamente, la aparición del hombre actual, que sustituyó al fósil anterior. La terraza media es típica por las alternancias de materiales como las gravas gruesas, verdaderamente arras-

tradas por fuertes corrientes, disminuyendo el tamaño en las gravillas y en las arenas hasta llegar a la tierra verde de los fundidores, depositada ya en suspensión al ir disminuyendo la fuerza de las aguas por perder éstas su carácter torrencial; está socavada a 14 metros sobre el río, formando el escalón o peralte intermedio. Por bajo de ella aparece la terraza inferior, de constitución análoga, y en la que los materiales gruesos son coetáneos de la época chelense; las gravas y arenas gordas, de la achelense, y las finas y la tierra verde, de la musteriense o final del cuaternario inferior, corroborando la misma historia de tranquilización de las actividades glaciares y fluviales a medida que transcurran los milenarios periodos de tiempo de cada capa geológica y sus coetáneos y correspondientes periodos de la cultura humana.

No vió ya el hombre primitivo los últimos fenómenos volcánicos atenuados que en el cerro de Almodóvar, entre Vallecas y Vicálvaro, dieron seguramente origen a ciertas variedades de pedernal, que luego fueron por él explotadas para fabricar sus primeras armas; aunque si pudo ver la retirada de los hielos y la ascensión de las nieves perpetuas, unos 1.200 metros inferiores entonces a las alturas en que hoy se presentan.

Lo que sí vió fue la extinción o emigración hacia el Mediodía de los "grandes animales", actualmente tropicales, como rinocerontes, ciervos, elefantes, toros y caballos salvajes, que dejaron sus restos en el cerrillo del Santo, y seguramente de hipopótamos y monos arborícolas, pues aunque en él no se hayan encontrado huellas, preséntanse en muchos de los nacimientos análogos de la Península. Pre-

senció también la emigración de los representantes de las faunas glaciares, como el elefante primitivo y el reno, y vió localizarse, si no él sus contemporáneos de la Península, las especies adaptadas a las regiones alpinas o a las medias, que aun se conservan como típicas de nuestra fauna. Animaban, pues, el paisaje madrileño en aquella época seres de más interés que los pequeños reptiles que son presa científica de los herpetólogos en las hondonadas de La China, o los múltiples insectos que hacen un paraíso para el entomólogo de los matorrales del cauce bajo del Manzanares y de las riberas del Jarama.

INDUSTRIAS Y ARTES

Ya que no el hombre han quedado en las múltiples estaciones de la ribera del Manzanares gran copia de los objetos, armas y algún adorno principalmente que el hombre del paleolítico inferior dejó en sus paraderos o chozas de ramaje, o que las aguas en su fuerte corriente distribuyeron por las capas sedimentarias que en cada época se formaban. En las Colecciones y Museos destacan como principales piezas que son típicas para la clasificación de otros yacimientos unas magníficas hachas de pedernal, explotado en Vallecas por los errabundos primitivos en las canteras y piedras de chispa, talladas en forma de almendra hasta de veinte centímetros de longitud y proporcionadísima anchura y espesor, que manejadas por el musculoso brazo del primitivo eran armas de caza contra los grandes animales que principalmente constituían su alimentación.

Aparecen las hachas en las capas chelenses formadas hace casi medio millón de años en el segundo periodo de aquella edad geológica, pues no se han encontrado las del primero, llamado prechelense, y por tanto la antigüedad del hombre de San Isidro es igual a la de aquel oasis de Torralba en las actuales parameras de Soria, donde el gran señor social y científico, el marqués de Cerralbo, colocaba al más antiguo hombre de Europa, aunque esto haya sido revocado por los descubrimientos alemanes en Heidelberg e ingleses en Piltdown. Mejoran las hachas por talla y retoques en los siguientes periodos hasta el musteriense, final de la época, y reduciéndose originan las más pequeñas hachas de punta de lanza típicas de las culturas superiores, que ya pertenecen a la segunda época paleolítica, en la que termina la glaciación unos 25.000 años, según las hipótesis de trabajo que fijan estos cálculos.

Con estas hachas determinativas de la época hay otra multitud de objetos tallados en pedernal en los yacimientos ricos o en toscas cuarcitas en los más pobres de la Sierra y que culminan en los bellísimos ejemplares de El Sotillo y Las Delicias, donde abundan hojas o láminas de pedernal, utilizadas como raspadores o raederas de pieles y huesos o empleadas como verdaderos cuchillos y multiplicando su forma por la intrusión de las procedentes de la cultura iberoaurignaciense, tal vez en el primer contacto de nuestra península con las de África del Norte, y enriqueciéndose con delicadísimas puntas de flecha mucho más tardíamente empleadas por los madrileños que en aquellos cazadores levantinos, que los maravillosos dibujos del arte rupestre en Cogul y Alpera representan los arqueros de las ciudades prehistóricas.

El arte propiamente de culto estético no dejó huellas ni por objetos mobiliarios ni de uso personal en la comarca madrileña, ni objetos de culto funerario, que indudablemente debieron existir como en otras regiones de antigüedad análoga, y hasta ahora fallan no ya las estatuillas de las Venus de la época halladas en yacimientos extranjeros, sino los grabados, dibujos y hasta pinturas de taludes rocosos y solapas de peña, que la geología de las deleznales tierras y arenas morezizas presentan en estas tierras de transición entre las Arenas y la Mancha, siendo preciso llegar a las calizas de Cuenca para encontrar en ellas los orígenes del arte rupestre.

¿COMO ERA EL HOMBRE DE SAN ISIDRO?

Sin restos de su cuerpo, aunque dejó obras de su espíritu, es evidente que existió desde el segundo periodo pleistoceno, pero no en los anteriores, aunque sostuvo la existencia de los eólicos por el fabricados el primer catedrático de antropología

(Continúa en la página 20.)

UNA CUARTILLA DEL ALCALDE DE MADRID



El Alcalde de Madrid

Como primer Alcalde de la Villa en el tiempo que inaugura la espada victoriosa de Franco, correspondo muy gustoso a la invitación de SI, el interesante suplemento de ARRIBA, haciendo constar una vez más mi fe y mi esperanza, servidas con mi dedicación más fervorosa, en los destinos de este Madrid, que superadas las dificultades de las circunstancias actuales, afrontará decididamente los problemas planteados por su condición de Capital de una España noblemente ambiciosa que aspira a continuar la gloria de sus días mejores. Por que ello sea así elevamos nuestra plegaria en este su día a la Santísima Virgen de la Paloma.

Alberto de Alcocer

15 de Agosto de 1942.

"Como primer Alcalde de la Villa en el tiempo que inaugura la espada victoriosa de Franco, correspondo muy gustoso a la invitación de SI, el interesante suplemento de ARRIBA, haciendo constar una vez más mi fe y mi esperanza, servidas con mi dedicación más fervorosa, en los destinos de este Madrid, que superadas las dificultades de las circunstancias actuales, afrontará decididamente los problemas planteados por su condición de Capital de una España noblemente ambiciosa que aspira a continuar la gloria de sus días mejores. Por que ello sea así elevamos nuestra plegaria en este su día a la Santísima Virgen de la Paloma.—ALBERTO DE ALCOCER.—15 de agosto de 1942."

MADRID CASTILLO FAMOSO

Por EMILIO GARCIA GOMEZ



RECORDAIS la famosa «Fiesta de toros en Madrid», de don Nicolás Fernández de Moratín? La escena es en Magerit, famoso castillo en los estados de Alimenón (al-Ma'mún), rey de Toledo. Su alcaide, Aliatar, para conciliarse los favores de la bella Zeida, ordena celebrar pomposamente el aniversario del real natalicio. Galanes y doncellas moros vienen de todos los pueblos de los contornos y de la vecina Alcarria: de Getafe y de Alcorcón, de Almonacid y de Zorita, de Meco y de Adamuz. El coso taurino está dispuesto. Los caballeros pregonan sus amores en adargas, cifras, libreas y pendones. Las damas se acomodan en miradores dorados, con adorno de espejos, flores y damascos. Entre los toros lidiados hay un verdadero monstruo jaramero que mata potros, hiere al zamborro alcaide de Guadalajara y derriba al moro de Horche. El mismo Aliatar no se aventura a desafiarlo. Pero he aquí, de pronto, que por la Puerta de la Vega se presenta para alancear el toro un doncel cristiano, caballero en maravilloso corcel. Da la vuelta al coso entre aclamaciones, mientras las doncellas viercen en su honor pomos de jazmines y azahar. Una esclava cristiana advierte a Zeida que es el mismo guerrero con quien ha conversado alguna noche desde una almena. Empeñada la feroz batalla, el monstruo cae fulminado. El caballero clava en su lanza la divisa del astado, y se la ofrece a Zeida. Aliatar, amarillo de celos, prorrumpe en voces descompuestas, y el cristiano se apresta a contestarlas lanzando en ristre. Pero suena la trompetería cristiana por el monte de Leganitos. La lid queda suspendida, y el mozo cristiano—que se llamaba Rodrigo de Vivar, y por sobrenombre el Cid—jura no quitarse la celada hasta conquistar el castillo.

Se me pide amablemente para este Suplemento—sin duda, por mi calidad de arabista—unas cuartillas sobre el «castillo famoso» de Madrid en los tiempos árabes; difícil empeño para mí, que pergeño estas líneas en una playa veraniega y sin libros. Pero, aunque los tuviera a mano, poco podría decir, y nada ameno, sobre el Madrid mahometano: plaza oscura y sin relieve, como tantas otras, que aparece sólo de refilón en las crónicas, y que acabó su vida musulmana en la época de Alfonso VI, cuando este Rey, con la sonada toma de Toledo (1085), lleva la Reconquista hasta la ribera del Tago. Algo más podría decirse de los sabios árabes madrileños, como aquel Maslama, matemático, filósofo y alquimista, cuyo nombre ha pervivido en las páginas de la historia de las ciencias. Pero creo que en esta ocasión vale más dejar a un lado la historia auténtica y prestar atención a la leyenda poética, porque, al fin y al cabo, es también hacer historia de la literatura y, lo que importa más, de la sensibilidad.

Para ver acosar toros valientes, fiesta un tiempo africana y después goda, que hoy les irrita las soberbias frentes...

Pero el punto es oscuro y ajeno a mi competencia, y—como digo—debe importarnos ahora más el estado de espíritu revelado por la leyenda que la autenticidad histórica de ésta.

Caballeresca condición ha sido siempre en el vencedor poetizar, pasado el tiempo, al enemigo desaparecido por la derrota. Casi todos los lectores de la «Iliada» acaban por mirar con mayor simpatía a Héctor que a Aquiles, y sentir más inclinación hacia los Troyanos vencidos que hacia los Helenos vencedores, por la aureola romántica de que éstos quisieron en sus poemas rodear a los primeros. En este terreno nadie ha superado la española generosidad. Nunca más brillante puente de plata ha sido tendido a enemigo que huye. La dominación musulmana en España se disuelve, en el terreno de la realidad, en una serie de pequeños y espinosos problemas—convivencia, intentos de asimilación, luchas y eliminación de los moriscos—; pero en el campo del espíritu se evapora en la más delirante atmósfera de poesía que pueda concebirse. Los romances fronterizos cantan los caballerescos lances de la liza, los ayes que las pérdidas arrancan al Rey Moro, los requiebros que el buen Rey Don Juan, valiéndose del trujamán Abenamar (Ibn Ahmar), dedica a la Granada nazari, adornada de torres bermejas, verdes florestas y palacios de yeso. La novela prolonga esta radiación de entusiasmo, des-



Al-Ma'mún rinde parias a Fernando I ante el «castillo famoso»

de la tierna historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa hasta las mentirosísimas pero deliciosas «Guerras civiles de Granada», de Pérez de Hita, y tantos otros relatos moriscos de nuestros clásicos. Sin contar la historia y el teatro, raro es el poeta de nuestro Siglo de Oro que no ha contribuido con alguna composición al romancero morisco erudito, donde suspira tanto moro galán y hace melindres tanta mora celosa entre una deslumbrante y movidiza escenografía de marlotas, plumas, banderolas y alquileles. Y no hay que hablar, por ser cosa todavía más conocida, de la transmisión de estos temas novelescos y poéticos a las demás literaturas europeas, y su posterior rebote entre nosotros en forma de las famosas «orientales románticas», cuando, para una Edad Media fantaseada, el disfraz musulmán se pone de moda en el Carnaval de la literatura.

No se ha delineado todavía con rigor la historia de la «oriental». Cuando se haga, ha de verse con claridad que su apogeo estético no coincide, como a primera vista pudiera pensarse, con el Romanticismo. Las «orientales» románticas son simples y confusas manchas de color, chafarrinones al buen tuntún, palabras sonoras y tópicos sin sentido agrupados en composiciones brillantes, pero minadas por la más extrema falsedad (en Francia, Víctor Hugo; entre nosotros, Arolas y Zorrilla). Empalagaron al público, que se hastió pronto, marcando la decadencia del género. El verdadero apogeo de éste hay que buscarlo, en cambio, donde menos pudiera esperarse: en el siglo XVIII, en plena época neoclásica. Alguna vez he hablado del curioso parentesco morfológico que enlaza, a pesar de tantas diferencias de fondo, a la Francia del Rey Sol y a la Constantinopla del Gran Turco. La historia íntima y el protocolo de Versalles recuerdan harenes y serralllos, como tantas turquesías contemporáneas parecen ecos de un rococó contrahecho a la oriental. No es, sin duda, un azar que Europa tuviese conocimiento en esta época de «Las mil y una noches» y que Calland presentase a Aladín y a Simbad en un parque de Le Nôtre entre delfines y duquesas, mientras el héroe de Montesquieu viajaba por Persia, y

el Cándido volteriano, hermano de Zadig, acababa por cultivar su huerto de legumbres en un rincón del Bósforo. En esta época pudo pensarse en una verdadera aproximación a la poesía oriental y en una incorporación de las letras árabes y persas a las Humanidades europeas. El noble empeño—que, en realidad, frustró el Romanticismo—es común a todas las literaturas modernas (recuérdense, entre nosotros, las «Poesías asiáticas», del conde de Noroña), y culmina en Alemania con la obra de Ruckert y con el «Diván oriental-occidental», de Goethe, más que por su texto, por sus anotaciones, que revelan la amplitud de miras y la comprensión y generosidad de aquel gran espíritu.

La «Fiesta de toros en Madrid», de don Nicolás Fernández de Moratín, es un modelo de «oriental» neoclásica. El asunto es históricamente falso, pero tratado con la mayor verosimilitud. El ornato retórico es más sobrio que en los romances artísticos del anterior siglo e infinitamente más preciso que en las «orientales» zorrillescas. Las palabras lujosas y decorativas («pandorgas», «adargas», «damascos», «almetes», «jazmines») quedan contrapesadas por los términos de una geografía comarcal exacta: Getafe, el Jarama, Alcorcón, Meco. La onomástica árabe es apropiada. Las descripciones del caballo del Cid, del bravo jaramero y de la empeñada batalla taurina son famosas por su elegante y nerviosa concisión. La figura del Campeador juvenil se dibuja con perfiles a la vez poéticos y justos, entre nombres familiares a oídos madrileños: la Almudena, Leganitos, la Moncloa, el Soto. Todo está a medio camino entre la vena tradicional del Romancero y el desenfreno exótico de las venideras acuarías románticas. Las garbosas quintillas están iluminadas por una incisiva luz gris-azulesca que nos es grata y familiar en los fondos de Velázquez y Goya.

No todas las ciudades de España han sido fieles a su pasado oriental. Casi todas han olvidado los apasionados requiebros con que las cortejaron los árabes. Ninguna más olvidadiza que la deliciosa Sevilla. A pesar de su Alcázar, de su Giralda y de su Torre del Oro, ha vuelto las espaldas a sus glorias moras y ha puesto en la Puerta de la Carne una inscripción en que ni siquiera se las nombra:

Conditit Alcides, renovavit Julius urbem,
Restituit Christo Fernandus tertius heros.

Córdoba ha sido más fiel, y ha sabido reunir en inigualable síntesis sus tres pasados, romano, árabe y cristiano: aquel rincón, a orillas del Betis, en que están juntos el puente romano, la Mezquita, el Palacio Episcopal y una puerta dórica de Felipe II, es tan hermoso, que un arcángel de piedra bajó del cielo a posarse allí sobre una columna barroca. Granada, frágil y exquisita, guarda más el yugo musulmán, que—aunque de estuco—oprime todavía las verdes lomas de la Alhambra.

Madrid tenía menos obligación que todas ellas; pero, al fin capital vigilante de España, ha ensalzado con elegante mesura su pasado árabe en esta «oriental» de Moratín, neoclásica como tantos de los mejores y más característicos monumentos de la villa. Y tampoco se ha dejado llevar de delirios orientalistas, sino que ha sabido hermanar las galas árabes con los triunfos del Cid.

¿Que no es rigurosa verdad? No importa. Para el mundo de la poesía y de la leyenda Madrid será siempre un «castillo famoso», en cuya plaza, delante de las moras de la comarca, y con ocasión de una feria prodigiosa, Rodrigo de Vivar, montado en su brioso alazán, muy tostado y de cabos negros,

Dió la vuelta en derredor;
los ojos que le veían
llevar prendados de amor;
¡Allah te salve!, decían,
¡Déte el Profeta favor!

COMPRA y VENTA de ROPAS CLEMENTE PEREZ

Gran surtido en capas, pantalones, impermeables, trajes, mantas, americanas, pollizas, fracs, smokings, capotas, capotes, fajás, trincheras, gabanes y paraguas. Las señales caducan a los quince días. Ribera de Curtidores, 2 (Tienda de la esquina) MADRID

CASA JOSE RAMON RAMIREZ

VENTA DE TODA CLASE DE ROPAS Y CALZADOS EMBAJADORES, 55

CURTIDOS :: DEPORTES

REGULEZ PARDO
Sucesor de Blas Ruiz y Pereda
Embajadores, 7 Teléfono 72920
Torrijos, 15 Teléfono 62784
MADRID

Había llegado Madrid al finalizar el siglo XII a lo que pudiéramos llamar su segunda edad histórica. El azor o muro se había ampliado, constituyendo un recinto mayor que el del *Magerit* moro. Corría el muro desde el Alcázar —que ocupaba el lugar donde hoy está el Palacio Real— hasta la puerta de Guadalajara—en la actual calle de los Milaneses—, dejando extramuros el Arenal, cruzaba hasta la Puerta Cerrada, para bajar luego a la Puerta de la Vega. Era, pues, Madrid una pequeña villa. Dentro de sus muros vivía una abigarrada población de judíos, moros y cristianos. Contábanse hasta nueve *collaciones* o parroquias—Santa María, San Andrés, San Pedro, San Juan, San Justo, San Salvador, San Nicolás, Santiago y San Miguel de la Sagra. Fuera de los muros, un gran arrabal—San Martín—, que al acrecentarse se juntará por el Arenal con la villa murada. Si bien, pequeño no era Madrid, insignificante, ni mucho menos, cuando ya necesitaba tan numerosas parroquias para su culto. Y la villa era rica. Aquellas gentes madrileñas de 1200 vivían explotando el campo, los bosques y los ganados en muchas leguas a la redonda. También existían algunas industrias en la villa, que era, por otra parte, un importante centro comercial en su *azóche* o zóco. Hasta tal punto era importante el zóco de Madrid, que el Fuero se ve obligado a dar garantías a los mercaderes que viniesen a ella contra posibles atropellos: “Todo hombre que viniese a Madrid en recua y alguna cosa traiga a Madrid, nadie puede detenerlo, y si alguien lo detuviese, pague dos maravedíes...” Los madrileños que vivían dos terceras partes del año en la villa eran sus *moradores*, pero existía una gran población de aldeanos, vaquerizos y pastores. Los bienes raíces eran casas, viñas y heredades. Heredades y viñas se extendían a gran distancia de la villa, entre los bosques que rodeaban el caserío. El *carrascal* de Balecas era un predio adeshado por el Concejo madrileño para uso de los veci-

A black and white photograph of a large, irregularly shaped, light-colored object, possibly a piece of wood or stone, with a dark, circular hole in the center. The object is set against a dark, textured background. The object has a rough, weathered appearance with some internal grain or texture visible. The hole is a deep, dark circle, possibly a tunnel or a cavity. The overall shape is somewhat elongated and irregular, with several flat surfaces and sharp edges. The lighting is somewhat uneven, with the top and right sides appearing slightly brighter than the bottom and left sides. The background is a dark, mottled grey, providing a strong contrast to the lighter object.

La limpieza de la villa lleva al legislador a ordenar que los estiercoles no se echen por las calles ni junto a las puertas de la ciudad. Tampoco se permitía llevar tripas en las alcantarillas desde ciertos lugares en adelante. Otros muchos asuntos de la policía de la ciudad son tratados en el Fuero. Permítasenos terminar con un rasgo simpático del pueblo madrileño: su afición por los espectáculos artísticos. Mucho entusiasmo despertaban los juglares, músicos y danzantes que venían a amenizar las horas de asueto de nuestros antepasados, tanto que el Fuero tuvo que prohibir que el clamor popular exigiera darles más paga de la debida: generosidad que mucho estimaban aquellas gentes, cuya vida sería tan inestable como la de sus congéneres de hoy. "Todo cedrero—juglar de poemas narrativos—que viniese a Madrid caballero y cantare un público y el público fuese contento, no se le dé más de tres maravedíes y medio... Y si alguno del público dijese: *Démosle más, pague la multa de dos maravedíes.*"

TELONES DE FONDO MADRILEÑOS: EL PARDO Y EL BUEN RETIRO

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

HA

ASTA el segundo tercio —época y brindis— de la centuria diecisiete, Madrid tuvo como telón de fondo de sus personajes más soliviantados y de sus acciones más revolcadas, y siempre haciendo juego de tintas

corrido entonces de corzos y de alces en busca de la ligereza del friso y recorrido de puercos y de osos—no empujados éstos aún al madroño—en busca de la pesadez del zócalo.

Ante este fondo severo y escueto, regazo de ecolalia poltrona y de mimetismo irremediable, los hechos no podían ser sino violentos o violentados, fuertes sin debilidades o sentidos sin decadencias. El risco carpetano era la mejor peana para el alcázar y la mejor mesa para el altar. El Escorial no pudo surgir sino aquí. Le parieron las mismas canteras madres. El Escorial—sonoro a la expectación, mudo en la expectativa, enorme y ceñido—es la síntesis del telón de fondo en la ver-

imperio español, presenta el escenario madrileño su nuevo telón de fondo. Transformadas las figuras en figurines y en figurones, adulteradas las acciones, contrahchos los hechos... el antiguo fondo que Velázquez acababa de acreditar más nuevo que nunca o como visto por primera vez, siendo aún propio, no resultaba ya apropiado. Los nuevos monarcas blanden gues y timoratos, de lasa melena y ojos desteñidos, se asustaban de las rubes lividas y de las perspectivas de cantos y breñas, amaban el brocado opulento que de Flandes trajo Rubens, se piraban por alancear toros jarameros y por acudir a los «Corrales» de las comedias de enredo, y se les abrían las carnes pensando

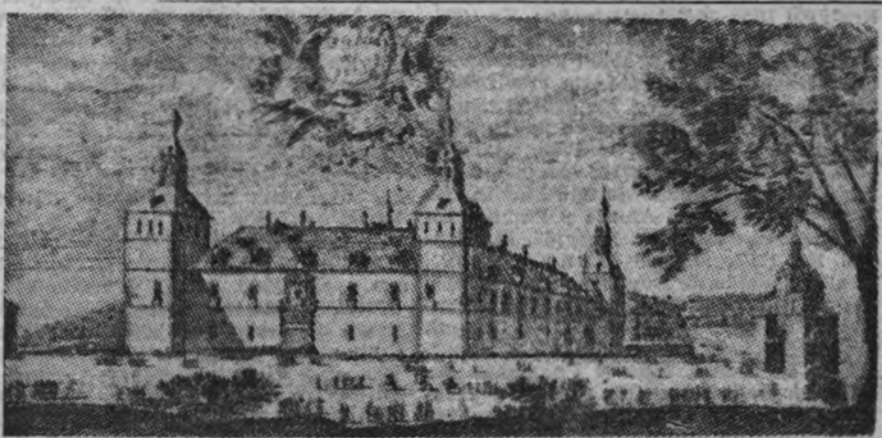
ello, para que unos y otras perdurasen en el recuerdo actual, fué preciso lograr otro consonante telón de fondo. Telón confuso en el tema, barroco en el dibujo y abigarrado en la entonación. Y como España jamás ha tenido un mejor director de escena—para la tragedia y para la comedia de intriga—que el famoso Conde-Duque de Olivares, se encargó él, con el asentimiento general, de buscarlo o de imaginario. Más seguro de su poder que de su gusto, prefirió hacerlo salir de lo culterano y de lo conceptuoso por arte de birliribloque. Así apareció el Buen Retiro, precisamente en la punta antipoda de la Villa. Por Oriente. Dicen que en la villa de los alumbramientos.

Con el Buen Retiro se rompió la tradición siguió el parto—a la Naturaleza. El Buen Retiro tuvo todo el artificio del estilo barroco, por entonces en boga, en el que la línea pura cede al rodeo, la perspectiva infinita desnuda a los términos cortados, el concierto de las gamas a la detonación de las mezclas. Caminitos de arena fina de los que se sabe adónde van y de dónde vienen. Pabellones de columnillas salomónicas con camarines para los amorios. Parterres estilizados a punta de tijera. Plantabandas con mucha retórica y laberintos de follaje y con escasa poética. Estatuillas insolentes de ninfas y faunos sobre historiados plintos con más de mitología que de historia. Surtidores y fuentes con interpretaciones salaces en mármoles de Italia. Capillitas con santirulines de cultos muy particulares. Imágenes ortodoxas en aquella verbera de vanidades y de contumacias pecaminosas, donde el adónico se recitaba a la adversa y el sáfico a la inversa. No deja de aturdir el ánimo tal aseveración. Por mucho que el estilo barroco nos haya dispuesto para las sorpresas. En el Buen Retiro, parque de muchos detalles—fórmula de una forma—, dedicado por la falacia de Olivares a la estulticia de Felipe IV, ¿qué ermitaño, ni aun de aquellos tan vitales y continuos en su lucha contra la tentación alegre que pintaron Breughel y el Bosco, hubiera podido encontrar y recoger la leve sensibilidad de los personajes poseídos por los siete pecados capitales de siempre y el octavo, inédito aún, de la tontería en el pecar? Una vela a Dios y otra vela al diablo. Y las dos encendidas por un bribón mismo. El Buen Retiro, mientras reinaron los Austrias pragnatos y linfáticos, no dejó de prosperar en una apoteosis de solemnidad artíficia, para la que daba su caria de crédito la naturalidad de lo desnaturalizado; ni perdió ni entorbió su significación de escenario adecuado a los nuevos modos—y modales—y a las nuevas maneras de España.

Por los nombres de algunas de sus dependencias puede deducirse la mezcla de lo divino y de lo profano, tan grata a los figurones, cual si en los dos sumandos estuviera la suma colmo de felicidades para ellos, tan aprensivos o tan impotentes de tomar el todo de nada y tan contentos de catar lo fraccionado. «El corral de las vacas», glorieta guardada en círculo por una guardia de alabarderos de alamos blancos, en el que se corrían las reses bravas por los jinetes culteranos; la «Sala de los chascos», emparedada de espejos combinados y peripuestas de luces, para recoger las risotadas de las burleas y los chillidos de los desencantos; el «Patio de los Artificios», en donde se representaban las farsas escénicas y las escenas farsantes, y en el que se guardaban los trajes para las mascaradas; la «Jaula de las aves», inmensa sala dorada en la que concertaban su guirigay y batían sus colores los pajarracos más bellos de pluma y canto; el «Perdedero», especie de laberinto de boj alto y de arbustos caedizos de fronda como surtidores, primer término ante las candelas de los duos de amor, en el que el colofón musical pianísimo lo ponían las fuentececas bajas de pilón de piedra rosa... El «Perdedero» de los dimes y directes...

¡El Buen Retiro! En su estanque grande se balanceaban pequeños navios y galeras, tan pulidos que parecían de marfil calado. En su «Torrecilla» sonaba durante muchas horas una música linda de caja de música propia a los danzantes, tan pulidos como de porcelana tierna, y a quienes querían descabezar su sueño reventados vejesterios. ¡El Buen Retiro! Lo estrepitoso. Lo petulante. Lo epidérmico. Lo hueco. Lo acobardado, disimulado apenas por una sonrisa, más que desalmada, desanimada. ¡El Buen Retiro! En sus recovecos, en los que la vegetación ponía el recuerdo románico de sus bóvedas de

(Continúa en la página 22.)

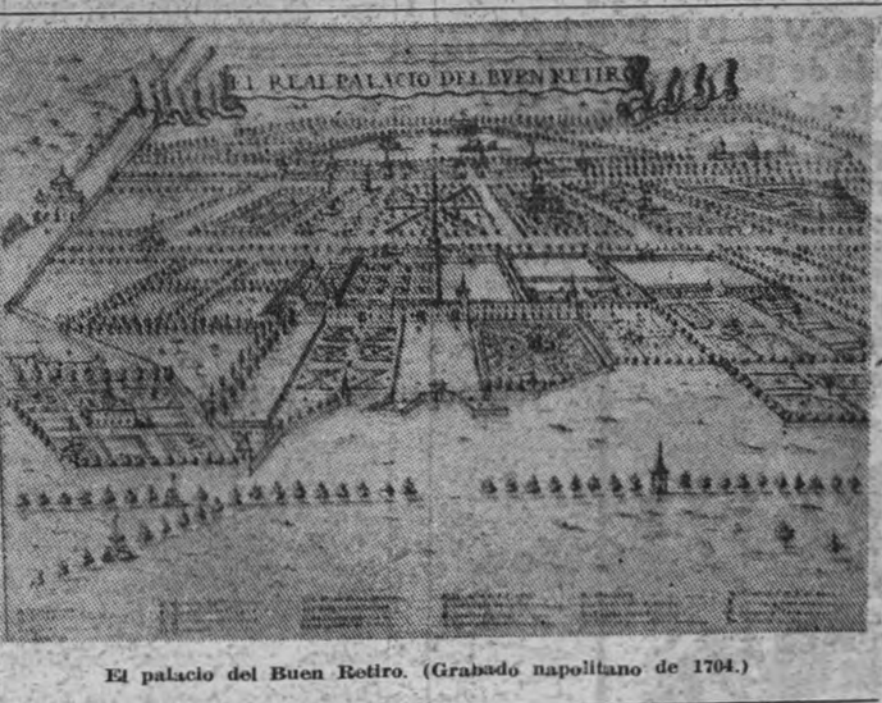


Casa Real del Pardo, mandada edificar por Enrique III

tiente «de allá» de la centuria diecisiete. Los personajes madrileños, en ella, son escorialenses, esto es: firmes, enteros y melancólicos. Si son monjes, los viste Zurbarán. Si son nobles, el Greco. Si monarcas y príncipes, Tiziano y Sánchez Coello. Y hasta los que parecen peces en sus aguas de alegrías y luces, como Lope de Vega, como Quevedo, como Villamediana, antes de inconsciencia, de subconsciencia y hasta de conciencia, acaban por colear con angustias de sus vidas en la última sabiduría marítima, que es la mejor imagen del apremio espiritual. Estos personajes madrileños no gesticulan, ni manejan, ni hablan con énfasis. Su solemnidad

en los graves menesteres de la gobernación. Los nobles son, en vez de complejos, complicados, voluntariosos sin voluntad, enérgicos sin firmeza; quieren y no pueden, pueden y no se atreven, se atreven y desatierten—cuando menos, «desafinan». Para presumir algo de algo, uno de ellos, Olivares, tiene que encomendarse a la fantasía realista y a la comprensiva amistad de Velázquez, quien le immortalizará con apostura de centauro, enarbolando la bengala; a él, cuyas únicas cabalgadas fueron montar de macho y montar en cólera.

Con la centuria diecisiete los hechos de España pierden armazón—consistencia—



El palacio del Buen Retiro. (Grabado napolitano de 1704.)

dad nace del escorzo, su gravedad de la mirada, su decisión del arranque físico. Los hechos que conmemora y que sugiere este telón de fondo son—porque sí y en sí—grandiosos, desgarradores, alucinantes. Impresionan hasta lo que carece de importancia: una infanta niña que aprende a disparar la ballesta en el claro de un bosque y ante un coro de cortesanos; un vuelo formado de garzas reales en un cielo de azul heráldico; la estridencia multicolor de faisanes sobre un pretil de piedra; la rígida centinela, a contraluz, en un cubo del Alcázar, de la guardia amarilla...

En la vertiente «del lado de acá» del siglo XVII, cortado en rompecabezas el

y ganan almidón—prosopopeya—. Empiezan por decaer para hacerse decadentes. Guerras perdidas con fastuosidad y sonoros versos memorativos. Paces avergonzadas—cuando no vergonzosas—solemnizadas con distinciones y emolumentos para los pactantes. Conspiraciones de aleyunas. Cortesanas con los estrambotes de los enanos agudos y de las bestezuelas dóciles. Jolgorios en los que se hacían compatibles las proclividades líricas con las maquinaciones diplomáticas. Revoltijo genial—por qué no decirlo, si lo era?—de las eufonias sin palabras y de las cacofonías. Estos hechos y aquellas figuras «no casaban» en modo alguno con el tradicional telón de fondo de la Carpetana. Por

BREVE ELENCO DE LA ANTIGUA IMPRENTA MADRILEÑA

PRIMEROS IMPRESORES



ANTES de establecerse la primera imprenta en Madrid ya se imprimían libros en Toledo, Salamanca, Valladolid, Medina del Campo, Burgos, Zamora, Ciudad Real, Sevilla, Granada, Alcalá de Henares... La primera imprenta madrileña data de 1566; el primer impresor es el librero de la Corte, Alonso Gómez, asociado al francés Pierre Cosin. Desavenencias surgidas entre ambos socios disolvieron la Sociedad en 1568, dedicándose cada uno de ellos, a partir de entonces, a trabajar por su cuenta. Habían impreso, conjuntamente, en 1566, los cuatro primeros libros de las cajas madrileñas. Alonso Gómez fue impresor real desde 1567 a 1584, fecha en que murió, continuando su viuda, en colaboración con Tomás Junti, las labores de la imprenta, hasta 1595. Francisco Sánchez trabajó de 1572 a 1590; en esta fecha, su hijo Luis, que empezó con pocos recursos, llegó a reunir los mejores operarios de su época.

Dos hábiles impresores, Juan Gracián, que editó el «Apparato y sumptuoso recibimiento con que Madrid recibió a la Serenísima Reyna D.^a Ana de Austria», de Juan López de Hoyos, y Guillermo Drouy, que imprimió múltiples libros escolares, trabajan en Madrid, aunque sin distinguirse por el valor ni la calidad de sus realizaciones, entre 1571 y 1579. Citemos, de paso, a Gerardo Quirino (1583) y José Iñiguez Lequerica (1583), que por encargo de los frailes de San Jerónimo el Real vino de Alcalá a encargarse de la

edición de las obras de Rodrigo de Yepes.

Gran preacuerdo alcanzó, unos años después (1586), la imprenta de Pedro Madrugal, donde, fallecidos éste y su hijo, de iguales firmas, actuó como regente el célebre Juan de la Cuesta, con la prerrogativa de estampar su nombre en los libros allí impresos. Cabe la gloria a la imprenta madrileña de haber editado la mejor novela de la Humanidad, y a Juan de la Cuesta el haber puesto su nombre junto al autor de «Don Quijote».

«QUIJOTES» MADRILEÑOS

Y ahora abramos un paréntesis para citar los nombres de los impresores madrileños que han hecho ediciones del «Quijote» hasta el presente: En 1605, 1606, 1608 y 1615, Juan de la Cuesta. En 1637, Francisco Martínez. En 1647, Imprenta Real. En 1655, Melchor Sánchez. En 1662, Mateo Fernández (Imprenta Real). En 1668 y 1668, Imprenta Real. En 1674, Andrés García de la Iglesia. En 1706, Antonio González de Reyes. En 1714, Francisco Lasso. En 1723, a costa de la Hermandad de San Jerónimo. En 1730, viuda de Blas Villanueva. En 1735, Antonio Sanz. En 1741 y 1750, Juan de San Martín. En 1750 y 1751, Pedro Alonso y Padilla. En 1764, Andrés Ramírez. En 1765, M. Martín. En 1765, Manuel Martín. En 1771, Real Compañía de Impresores y Libreros. En 1777, Manuel Martín. En 1777, Antonio de Sancha. En 1780 y 1782, Joaquín Ibarra. En 1782, Manuel Martín. En 1787, Viuda de Ibarra, hijos y Compañía. En 1797, Imprenta Real. En 1797-98 y 1798-800, Gabriel de Sancha. En 1804, Vega. En 1808, Viuda de Barco López. En 1819, Imprenta Real. En 1826, Miguel de Burgos. En 1829, Hijos de doña Catalina Iñiguez. En 1829, Ramos y Compañía. En 1831, D. J. Espinosa. En 1832, Fuentenebro. En 1832, El Libro de Oro. En 1833,

D. E. Aguado. En 1840, Imprenta de la Venta Pública. En 1844, A. Gómez Fuentenebro. En 1844 y 1845, Francisco de P. Mellado. En 1846, M. Rivadeneyra y Compañía. En 1847, Gaspar y Roig. En 1851 (?), Biblioteca Universal. En 1853-54, José Repullés. En 1855, F. de P. Mellado. En 1855, José Rodríguez. En 1857, Librería Española y Plus Ultra. En 1861, Manuel Galiano. En 1862-63, Imprenta Nacional. En 1862, Murcia y Martí. En 1864, Gaspar y Roig. En 1864, M. Rivadeneyra. En 1865, Gaspar y Roig. En 1867, Fernando de Castro. En 1868, Urbano Manini. En 1873, Fermín Martínez García. En 1875, Gaspar. En 1875, Biblioteca Popular Ilustrada. En 1875, La Propaganda Católica. En 1879, Gaspar. En 1880, Moya y Plaza. En 1885, M. de Santa Ana. En 1885, Sucesores de Rivadeneyra. En 1887, A. Juberá. En 1887, José Góngora. En 1887 y 94, Felipe González Rojas. En 1894, Viuda de Hernando y Compañía. En 1897, Viuda e Hijos de Tello. En 1889 y 900, El Arte. En 1900, 1, 2, 3, 4, 5 y 5, Saturnino Calleja. En 1904, Sucesores de Hernando. En 1905, Victoriano Suárez. En 1905, 10, 16, 19, 21, 23, 25 y 27, Sucesores de Hernando. En 1905, Sáenz de Juberá. En 1905, J. A. García. En 1905, Perlado y Compañía. En 1905, Hijos de M. G. Hernández. (Dos ediciones.) En 1905, Blass y Compañía. En 1905, Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. En 1905-908, edición del Centenario, por Blass (lujo). En 1905-908, otra de la anterior (corriente). En 1910-13, otra con notas de F. Rodríguez Marín. En 1911, Pueyo. En 1914, Blass, S. A. En 1915, Alén. En 1916-17, Revista de Archivos. En 1916-17, subvencionada. En 1920-21, Calpe. En 1922, Revista de Archivos. En 1924, Saturnino Calleja. En 1926, Saturnino Calleja. En 1926, Maestre. En 1926, Hernando, S. A. En 1927,

Saturnino Calleja. En 1927 y 28, Revista de Archivos. En 1928, Imprenta y Editorial Hernando. En 1930, Espasa-Calpe. En 1931, Gráficas Reunidas. En 1931, Saturnino Calleja. En 1932, Sáez Hermanos. En 1932, Espasa-Calpe.

FIN DEL SIGLO XVI

Reseñemos, a fin del siglo XVI, a los impresores establecidos en Madrid: Guillermo Foquel (quizá Vogel), 1593; Julio Junti, 1594; «Juan Flamenco», regente de Julio Junti (éstos imprimieron libros religiosos, entre ellos el célebre «Missale Romanum»); Pedro Várez de Castro, 1596; Lorenzo de Ayala, 1598...

EL SIGLO XVII

En 1597 se fundó en Madrid un gremio de tipógrafos, la Hermandad de Impresores, puesto bajo la advocación de San Juan Ante Portam Latinam, ya que su festividad había coincidido con la fecha del acuerdo. En 1604 la Hermandad cuenta con 60 trabajadores y dos imprentas con veintinueve prensas cada una, otra con veinte, dos con dos y una con una solamente. Abel Sánchez (1600) imprimió en sus cajas la «Relación de la venida de los Reyes al Colegio inglés de Valladolid», y el «Asno de Oro», de Apuleyo. También tuvieron fama la imprenta de Mateo Almans, el autor de «Guzmán de Alfarache», y la de Julián de Paredes, a fin del siglo XVII, impresor de almanques; la de Antonio Bordazar, que compuso el «Diccionario español», una «Ortografía castellana y latina» y un «Diccionario de Ciencias». Alonso Víctor de Paredes escribió una «Institución del Arte de la Imprenta», primer «Manual del Tipógrafo», concebido en España; mas no se atrevió a publicarlo, juzgándola el autor, con har-

(Continúa en la página 17)

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA,

Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEJAR, Marques de Gibralfar, Conde de Benalcazar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.



CON PRIVILEGIO, EN MADRID Por Juan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

Edición Príncipe de la primera parte, desconocida durante más de dos siglos.



LA GUERRA DE JUGURTA

POR

CAYO SALUSTIO CRISPO.



IN causa alguna se queixan los hombres de que su naturaleza es flaca y de corta duración; y que se gobierna mas por la suerte, que por su virtud. Porque si bien se mira, se hallará por el contrario, que no hai en el mundo cosa mayor, ni mas excelente; y que no le falta vigor ni tiempo, si solo aplicación e industria. Es pues la guía y el gobierno entero de nuestra vida el animo; el qual, si se encamina a la gloria por el sendero de la virtud, harlo

C. SALLUSTII CRISPI JUGURTHA.

ALSO queritur de natura sui generis humanum, quod inbecille, atque levi brevis, sorte potius, quam virtute, regatur. Nam contra reputando, neque majus aliud, neque praestabilius inventum; magisque natura industriam hominum, quam vim, aut tempus deesse. Sed dux, atque imperator vitae mortalius, animus est: qui ubi ad gloriam virtutis via grassatur.

Cayo Salustio Crispo: «La guerra de Yugurta». Imprenta Ibarra, 1772

MADRID Y LAS GUERRAS CIVILES

POR

Antoni Velasco Torra



TRAVES de los años y de los siglos, adentrando en el estudio de la historia de este pueblo nuestro, tan bello y tan mal entendido en casi todas las ocasiones, se ven los trazos del escenario en que infinitas veces se convirtió la villa, cuyas calles regaron con su propia sangre unos bravos sujetos que eran dignos antes que madrileños, y antes que madrileños españoles; y se acentúa el carácter indómito del español llano, el carácter independiente, heroico y lleno de fe, la fe que nuestros antepasados tenían puesta en los destinos de España.

Es Madrid el rincón privilegiado donde se sostuvieron las más reñidas pelazas, y que sirvió de turquesa a los apasionados vencedores para exclamar cándidamente: ¡De Madrid al cielo, y en el cielo un arcángel para ver a Madrid!

Adentrándose en la historia, digo, vemos que el hijo de Madrid, cuando no puede empuñar la navaja esgrime la sátira, y cuando no puede disparar un fusil dispara un epigrama. Es en todas las ocasiones valiente y generoso, desprendido hasta la demasia, amigo de fiesta hasta la exageración y tan entusiasta de su Patria como enemigo de todo lo extranjero. Se apresura a la lucha con el pensamiento puesto en sus imágenes predilectas: la Virgen de Atocha, la de la Paloma, el Cristo del Desamparo, San Cayetano, San Lorenzo, la Cara de Dios y la Virgen de las Maravillas. Y sostiene con el arma en la mano la primacía de sus santos sobre los otros, pensando que en los rasguños y heridas que recibía en el combate se hacía más meritorio a los ojos de su imagen predilecta.

Vemos también cómo la mujer madrileña toma parte muy principal en la lucha, llevando espaldas de tierra, construyendo barricadas, empujando los cañones, disparando los fusiles, peleando en los sitios de mayor peligro, dando ejemplo de valor a los hombres, decidida a morir por la Patria y poniendo en sus labios una canción.

Prueba de este aserto son las guerras civiles, la defensa del Alcázar madrileño en la época de las Comunidades castellanas, los episodios contra los soldados napoleónicos y los combates en favor de la libertad bien entendida.

La Historia documentada nos facilita datos fehacientes en el Alamillo, en el tiempo de la Ribera y en las huertas del Párramo. Es ello nuestra leyenda, la leyenda pasada de padres a hijos. Al calor de la leyenda, el pueblo se hace heroico.

La verdadera guerra civil señalada por la Historia es la de mediados del siglo XIX. De un lado, Don Carlos, apoyado por el clero, parte de la clase media y algunas militares; de otro, la princesa Isabel, por la que combaten la nobleza, el pueblo y el Ejército. Esta guerra se divide en dos periodos: el primero, desde los comienzos hasta la batalla de Luchana, el segundo, desde el triunfo de Espartero. Y son figuras culminantes de tal guerra Zumalacárregui y Villarreal, Espartero y Mina y el citado Espartero.

Martínez de la Rosa y el conde de Tolosa luchan también desde el Gobierno

con la Milicia Nacional, que se subleva y arrastra a las provincias. Se derrama mucha sangre, la sangre generosa que corre siempre por el honor de España. Madrid se convierte en un verdadero campamento. Según palabras de un testigo, se baila sobre el cráter de un volcán. El Café Nuevo, en la calle de Alcalá, es el centro de los noticieros y donde se dan o quitan reputaciones.

Luego, tras la conmoción general, sobrevino la calma, y Madrid, regido por el marqués de Pontejos, y con la ayuda económica de otro aristócrata, el marqués de Salamanca, entró en franco período de progreso, ganando en urbanismo, en civilización y en cambio de costumbres.

Otras muchas páginas y actos heroicos de que está cuajada la historia de Madrid son reflejos de guerras civiles: las guerras civiles que ya desde el siglo XIV se manifiestan francamente entre los partidarios de Pedro I y el bastardo don Enrique, inclinándose los madrileños por el partido del primero y distinguiéndose valerosamente los Ponces, Vargas y Luzones.

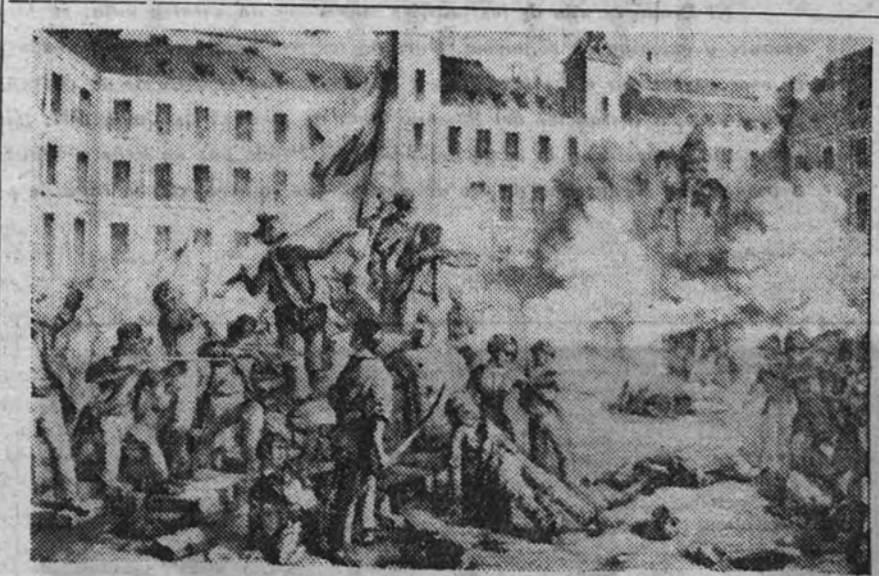
Del mismo se defienden los Dávilas, Manzanedos y Bozmedianos al frente de sus huestes un siglo después contra el intriguante don Juan Pacheco, marqués de Villena.

Por aquel tiempo Madrid defiende los derechos de la Reina Isabel frente a los de la "Beltraneja", y con el heroísmo peculiar, lealmente, traba rudo combate por su Reina, destacándose don Francisco y don Pedro Díaz Rivadeneira. Tras una época de tiranía y atropellos, el pueblo estaba desmalazado; pero, al rehacerse, la suerte le fué favorable para triunfar de los astutos embelezadores que con sus excesos habían llevado a la Nación entera a un verdadero estado de anarquía. Muy atentados los Reyes Católicos, adoptaron varias y muy importantes disposiciones para igualar en derechos a todas las clases sociales. Tuvieron Doña Isabel y Don Fernando una felicísima y ejemplar medida que los historiadores nos enseñan: separar de su lado a los antipatriotas, a los ineptos y encumbrados que no tenían más mérito que el de su cuna o el de su espada, y se rodearon de notables juristas, cultos y de sabios maestros en las ciencias y en las artes, enviando por delante, para su liberación, a la futura Corte de las Españas, unos caballeros sin tacha que se llamaban Pedro Ayala, Pedro Arias y Pedro Núñez de Toledo.

Se suscitan nuevas contiendas entre los partidarios del Archiduque Don Fernando, acudidos por Juan Arias, y el vecindario en masa, dirigido por los Lasso de Castilla y los Zapatas, fieles al testamento de la Reina Isabel.

Años después, al levantarse pendones por Doña Juana y Don Carlos, inquietáronse los espíritus y se desbordó el sentimiento popular, haciendo causa común con la nobleza y el estado llano, usando para la defensa alabardas, dardos, ballestas, picas y arcabuces, y viéndose, por lo tanto, Madrid ligado a las Comunidades de Castilla.

En los comienzos del siglo XVIII, ante las pretensiones del Archiduque Carlos, auxiliado por tropas inglesas y portuguesas, Madrid se sintió herido en su fuero, y tras una sorda pero elocuente protesta, cerrando todas las puertas, todos los bal-



Barricadas en la plaza Mayor.

cones y todas las ventanas, luchó hasta conseguir verse libre del Archiduque, obligándole a huir por los campos de Fuencarral y atravesar el puerto de Somosierra.

Un siglo más tarde, la silba estrepitosa dada a Murat en plena Puerta del Sol, al regreso de revistar sus tropas en El Pardo, es el primer incidente de la gloriosa jornada del Dos de Mayo, verdadera guerra civil y de independencia, que señala en la Historia una bella y trágica página. Hirieron su altivez, despertaron todos, todos los madrileños de Lavapiés y Maravillas, y se lanzaron a la lucha en aquella templada mañana de primavera, para caer acibillados a balazos, manchando con su sangre inocente las calles de la villa y maldiciendo en la hora suprema el nombre de Godoy.

La Historia está escrita, y todos la conocen. Quiero tan sólo dedicar un recuerdo a la memoria y admiración de Velarde, de Daoiz, de Ruiz y, sobre todo, de los héroes del pueblo: José Blas Molina, el cerrajero que dió el primer grito de independencia en la plaza de Oriente y el primero que penetró en el Parque de Monteleón y el que dirigió los primeros encuentros, siempre el primero y en primera fila, sin más armas de defensa que una navaja y un palo; y Manuela Osora, hermosa costurera de diecisiete años, que murió en el Parque de Monteleón en el momento de dar cartuchos a su padre, el chispero "Malasaña", quien, desde su casa de la calle de San Andrés, hizo fuego hasta consumir el último gramo de pólvora, teniendo a sus pies el cadáver de Manuela.

El ataque fué duro, y dura también la prueba. Crujía la metralla. Por todas partes se oían relatos sorprendentes de muerte y heroísmo. El espíritu valeroso de Madrid flotaba con las alas de la luz y se confundía con el sol vivificante que bajaba hecho ascuas desde el cielo profundamente azul. Se exacerbaban los ánimos y se sucedían las escenas violentas y desagradables, el movimiento general, los encuentros, la inquietud, la emoción que se desbordaba en aquel día memorable.

Mujeres desmelenadas, rotas y descalzas, después de relevarse en el servicio de los cañones, iban llorando a lágrima viva en busca de los seres queridos, y, sobre todo, de aquellos niños inocentes que cayeron entre los primeros muertos. Y sólo se ocupaban de acarrear agua y apósitos para los heridos que se refugiaban en los portales. El alma de Madrid se hizo mujer, mujer que era ideal de independencia y heroína en tan espléndida victoria del Dos de Mayo de 1808.

La campaña de la torre de Maravillas tocaba, volteaba, sonaba sin cesar, como si tocara a gloria, y a gloria repicaba su son en el corazón de todos los madrileños.

Sangre y fuego por doquier. Sol que se descomponía en fuego también. Mujeres en la vanguardia, abrazadas a los cañones, en el centro de las baterías. Mujeres que perpetuaban la raza y eran como sus madres y como sus abuelas: alma, musa, espíritu de bravura y de ingenio, inmortal como el amor, fuerte y valioso como la misma juventud.

Y seguía volteando la campana de la torre de Maravillas. Volteaba sin cesar. Parecía que iba a romperse. Tocaba a gloria. Su son excitaba más y más al pui-

sanaje. Ya no peligraba tanto, ya no peligraba tanto la independencia española. Madrid estaba en pie. ¡Arriba España! ¡Viva España!

En agosto de 1813, coincidiendo con las guerrillas de "El Empecinado", Madrid se echó de nuevo a la calle, luchando contra las tropas de José Bonaparte, lo mismo que poco después frente a los abusos del duque de Angulema.

Por aquellos días, en que quedó reducida a cenizas la iglesia del Espíritu Santo, situada en la Carrera de San Jerónimo, y tuvo lugar la entrada triunfal de Fernando VII, casi llevado en hombros por la multitud, Madrid se dividió en dos bandos: el de los falsos patriotas que, alardeando de ideas avanzadas, hacían gala de himnos y canciones chabacanas y de mal gusto, con las que pretendían sorprender y conquistar a la gente de buena fe, y el de los españoles honrados y creyentes, amigos siempre de la unidad, del orden y de la justicia, peleando por sorpresa, generalmente de noche, en una espantosa confusión de patrullas, voluntarios, rondas de barrio, serenos, vecindario armado con charrascos, y los soldados acuartelados en el convento de la Merced.

A la luz del sol Madrid ofrecía grata quietud, bajando hasta el Salón del Prado las personas sensatas, ya que dicho paraje era el paseo preferido, y en él se daban cita la elegancia y el ingenio. Pero tan pronto como se hacía de noche iban sembrando el pavor de una parte a otra las turbas, a las cuales se unían no pocos sospechosos y maleantes disfrazados que buscaban albergue en las casuchas miserables de los suburbios.

Frecuentemente se repiten los hechos en la vida y en la historia de los pueblos. Pasó todo aquello. Rodaba el tiempo. Estalló de nuevo la guerra civil, de que ya queda hecha mención.

Continuaban las revueltas y las discordias. Guerra civil son las barricadas de Antón Martín y Santo Domingo, en el período isabelino, batiéndose el pueblo, peleando con ardor, desempedrando las calles y, con los adoquines y carros, parapetándose en los sitios estratégicos, mientras el vecindario tapaba con colchones los huecos de las fachadas fronterizas a aquellos verdaderos muros de defensa. Y allí, como otras veces, la mujer madrileña, las heroínas anónimas de las barricadas, quienes, aprovechando un alto en la pelea, daban al aire sus canciones, desahogando con ellas la cólera que les envenenaba.

Y así hasta julio de 1936, en que, peligrando el honor de España, y para contener las hordas comunistas, surgió el glorioso Alzamiento nacional, reaccionando el carácter y la fe que, como he dicho al principio, desde tiempo inmemorial nuestros antepasados tenían puesta en los destinos de España. No se olvide que es ley histórica rigurosamente exacta que las reacciones engendran las sacudidas violentas del progreso. Surgió la raza altiva, briosa e indomable, como resurgió en toda su plenitud de espíritu y materia siglos atrás, templando sus nervios en el yunque donde templaron los suyos tantos y tantos héroes cuyos nombres, unidos a los de quienes dieron su vida por Dios y por España, comunican una emoción profunda a nuestra alma.



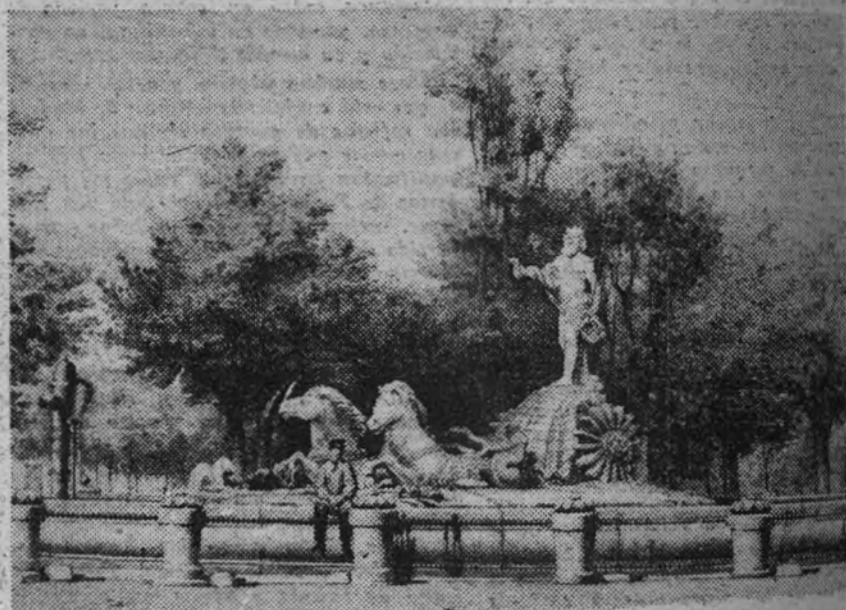
Las fuentes del Prado

El Prado es uno de los parajes más vivos de nuestra villa; su historia es la de la sociedad madrileña: espectacular, apasionada y locuaz, amante y enemiga de sí misma. Durante los Austrias corría sombreado por grandes literas de átomos...; era como un paseo castellano más, uno de esos paseos que entre lavaderos y huertas llevan al atrio de un convento. El Prado se urbaniza, se asoma a las artes urbanas, al diseño, a la perspectiva, a instancias del llamado "mal de piedra" de Carlos III. ¡Gran mutación de decorado! Nivelación de terrenos, apertura de calles... Un proyectado peristilo a lo largo del Salón del Prado, que no llega a realizarse... Croquis de fuentes... Museos de ciencias naturales y jardines de aclimatación. Es la edad de oro del Prado, que coincide con la edad de plata de España.



CUATRO FUENTES

que son las cuatro cardinales del Prado y una sola fuente—una sola inspiración—verdadera.



NEPTUNO

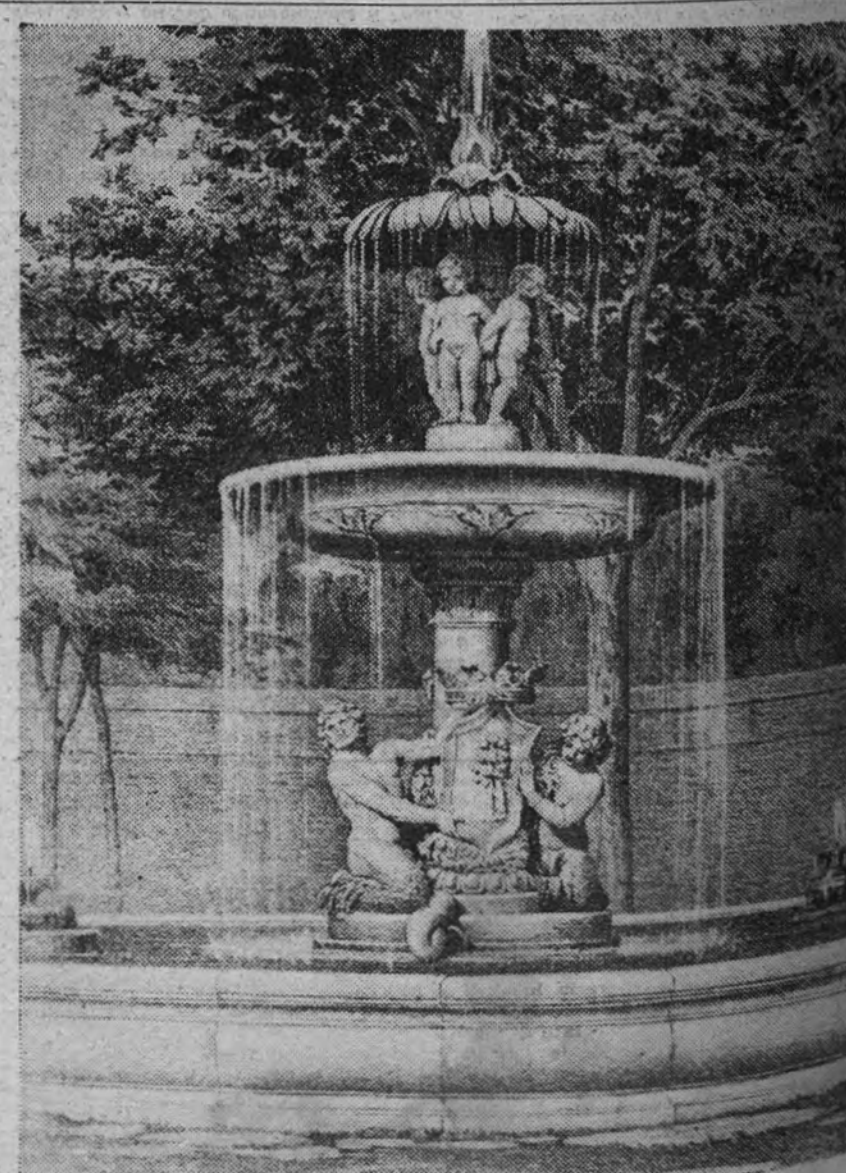
NEPTUNO

"Se representa—razona el maestro—el elemento del agua en Neptuno, montado en su carro, tirado de la viga de caballos marinos, como los describe Fornuto en el libro primero de la "Naturaleza de los Dioses", y puede atribuírsele también la representación del Mardiciano, de que España tiene la gloria de haber descubierto los límites del Occidente..."



POLO

Don Manuel Álvarez ha realizado el proyecto del maestro. Y dice el poeta Gregorio de Sainza: Álvarez, tus estaciones — nos presentan sus efectos, — en tan bellas actitudes — y modo tan verdadero, — que con toda propiedad — me parece que estoy viendo, — en primavera y verano, — el otoño y el invierno; — flores, espigas y frutos, — nieves, escarchas y hielos."



TRITON Y NEREIDA

TRITON Y NEREIDA

Continuamos viéndola en el Prado, que no debió abandonar nunca para ser fuente de la Acachofa, en un pasco hispanoamericano del Retiro... Y acompañarla a sus fluviales hermanas en la eterna gira mitológica.

MADRID DESDE EL PUNTO DE VISTA URBANISTICO

Por MARIANO GARCIA CORTES



El afán de que Madrid se coloque a la vanguardia de las ciudades mas sanas, bellas y económicas nos lleva con frecuencia a reaccionar contra las deficiencias que

ordenación y servicios, abufando el volumen y trascendencia de sus faltas, y a veces rebajamos los méritos de nuestra Villa; a la par que enaltecemos, adentrándonos en la hipérbole, los de las ciudades que acostumbramos a tomar como punto de referencia para establecer comparaciones.

Son muchos, legión, los que desconocen hasta los bienes que la Naturaleza prodigamente ha concedido a Madrid. No le computan ni las tres mil horas de sol que anualmente le baña, ni la excelsa calidad y la abundancia de sus aguas, ni la vecindad con sierras, veneros de salud y de belleza insuperable. ¿Cuánto darían por disfrutar de estos dones la mayoría de las grandes urbes que tomamos por ejemplo? Es seguro que se avendrían a trocar alguna de las excelencias de sus servicios por el sol, el agua y el aire que recibe Madrid.

Los defectos de nuestros servicios son fácilmente remediables. Es un sencillo problema de administración y de dinero; se soluciona con un poco de voluntad.

Como es sabido, la población es de los exponentes que más elocuentemente revelan la situación de un país. Sin los servicios básicos urbanos no es posible acondicionar en una ciudad grandes contingentes de vecinos. Madrid figura en el grupo de la cuarentena de capitales que congregan más de un millón de almas. Le aventajan en este respecto las aglomeraciones gigantes: Nueva York, con 10 millones de habitantes; Londres, con nueve; Tokio, con siete; París y Berlín, con cinco; Moscú, con cuatro y medio. También le superan en población Chicago, Osaka, Buenos Aires, Filadelfia, Shanghai, Leningrado, Río de Janeiro y alguna más, que reúnen de dos a cuatro millones de habitantes. Madrid, con su 1.150.000 almas en el término municipal y las 300.000 de los Municipios adscritos a su aglomeración, que en plazo breve integrarán el «Gran Madrid», se codea con Hamburgo, Roma, Barcelona, Detroit, Liverpool, Viena, Méjico, Milán, Nápoles, El Cairo, Glasgow, Calcuta, Bombay, San Pablo, Varsovia, Marsella y la otra media docena de ciudades que tienen más del millón de pobladores.

Madrid, consiguientemente, figura con justo título en el rango de las grandes urbes del mundo.

Para presentar el proceso de la formación del Madrid—gran ciudad—y del desenvolvimiento de sus servicios fundamentales es menester tener en cuenta que le integran municipalmente tres zonas—Interior, Ensanche y Extrarradio—y que pertenecen a la aglomeración los pueblos que participan en las actividades sociales y económicas del aglomerado. El Interior ocupa 7.775.482 metros cuadrados; en él radica la célula primaria de Madrid, la colina en que se alzó la fortaleza mora y donde después han construido el Palacio Real; una serie de ensanchamientos convirtió la aldea mora que se cobijó bajo el Alcázar en villa cristiana y, finalmente, en sede de la cabecera de la España imperial. En la cerca que mandó construir Felipe IV, y que se acabó un siglo después, se desenvolvió la capital del Estado; en cuyos dominios no se ponía jamás el Sol; de los 4.000 habitantes que tenía en vísperas del traslado de la Corte pasó a más de 250.000 en el siglo XIX, al promulgarse la ley del Ensanche.

En tan reducido espacio el vecindario se abigarraba. Larra, comentando el hecho, escribía que la Villa crecía hacia arriba y se desbordaba por encima de las tapias de la cerca como el chocolate al hervir se escapa por los bordes de la chocolatera. Madrid creció verticalmente; sobre los solares de las casas, a la malicia, se edificaron fincas de tres, cuatro y cinco plantas en superficies de 450 a 1.000 pies cuadrados; batió el récord de este tipo de construcciones la casa de la calle de Santa Ana de las «cinco tejass», así llamada porque este era el número de las que cubrían el alero del tejado, y cuya fachada media cinco pies y medio, y su solar 180.

El ministro de Fomento, marqués de Pidal, pretendió extender la urbanización

de Madrid a todo su perímetro, encomendando al ingeniero Merelo el cometido de hacer el proyecto correspondiente. Tan necesaria y plausible iniciativa se frustró. El gregarismo imperante se opuso a la iniciativa de Pidal; al frente de la cerca cruzada se puso el Ayuntamiento, mal aconsejado entonces por Mesonero Romanos. El argumento a que se esgrimíó fué el de que habiendo dentro de las tapias solares era impropio construir fuera de ellas. Formuláronse proyectos para promover la construcción en el Interior, entre ellos el presentado por Mesonero, en funciones edilicias, que tuvo excelente acogida; consistía en hacer una serie de rompimientos y destaponamientos, derruyendo las fincas que más estorbaban las comunicaciones viarias; con tales derribos se contribuyó a adecentar la Villa, en particular el barrio del Barquillo y los demás orientales, mas no se aumentaron viviendas ni la superficie edificable.

Como acontece siempre que el legislador no se adelanta a satisfacer las necesidades colectivas, la gente espontáneamente habilitó en las afueras de las tapias espacios para edificar. En 1857 habíanse construido 2.072 casas en el Campo de Guardia, 1.335 en el Canal, 2.508 en Chamberí, 661 en Las Delicias, 731 en la Plaza de Toros—la que hubo junto a la Puerta de Alcalá—, 934 en el Puente

y lograron del Municipio, que los terrenos que iban a destinarse a menesteres colectivos se emplearan en solares para casas. El Ensanche ha quedado limitado a ser una zona de viviendas.

Por otra parte, han contribuido a que la ley del Ensanche no rinda los beneficios deseados los defectos de la propia ley, la ausencia de una política municipal territorial, los egoísmos de los agiotistas, la desidia de los Ayuntamientos y la desprecupación de los vecinos, que han contrarrestado muchas de las ventajas que la referida ley ha debido producir. La certeza de nuestro juicio la demuestran con aplastante elocuencia los hechos. En 1869 había en el Ensanche 582 casas, incluyendo las de la barriada del marqués de Salamanca; en 1890 eran 822 los edificios; en 1900, 2.041; en 1923, 3.613; en la actualidad ascienden a unos 6.000. Quedan alrededor de dos millones de metros cuadrados de terrenos edificables y resta por urbanizar el 30 por 100 de la superficie viaria. Se han gastado en trazar las calles y plazas y en expropiaciones más de 250 millones de pesetas. Se ha aplicado tan torpe procedimiento, que el Ayuntamiento, con el dinero invertido en urbanizarle, ha encarecido los terrenos que tenía que expropiar. Con normas más ajustadas a la técnica económica y urbanista el Municipio podría haber subvenido a la urbanización del Ensanche con la «plus

te, a gusto y conveniencia de los propietarios del suelo. En la calle, en el Municipio y en el Parlamento se ha tratado el tema; han nombrado Comisiones municipales y extramunicipales para estudiarlo y solucionarlo; se ha editado el proyecto del Sr. Núñez Granés, que, luego de aprobarlo el Concejo y el Gobierno y de tributarle muchos elogios, ha sido arrinconado; se ha convocado un concurso internacional... No obstante, el Extrarradio sigue sin urbanizar. Y el Extrarradio mide 45.616.482 metros cuadrados, o sea dos terceras partes del área de la ciudad.

Al consolidarse la aglomeración madrileña, este problema se ha extendido a los pueblos de la periferia. Hoy no es el problema del Extrarradio, es el del «Gran Madrid». Ello impone proceder con más actividad de la que hasta el presente se desplegó.

Es de todo punto imposible recoger en el angosto marco de un trabajo periódico el estado de los servicios básicos de una metrópoli como Madrid. Nos contaremos a ofrecer un ligero esquema. Hanse abierto en Madrid 1836 calles, de las que 432 cruzan el Interior, 618 el Ensanche y 790 el Extrarradio. El número de plazas asciende a 195; en el Interior, 154; en el Ensanche, 31, y en el Extrarradio, 10. La superficie viaria ocupa 7.500.000 metros cuadrados, de los que están pavimentados más de seis millones.

El alcantarillado mide más de 450 kilómetros. Todo él es bueno. Más de 200 kilómetros se construyeron de veinte años a esta parte; el resto ha sido retocado. A él se debe seguramente el descenso de los índices de mortalidad, que es un 10 por 1.000 inferior al que había al comenzar esta centuria. Se economizan más de 10.000 vidas al año. El servicio se completará cuando entre en funciones la estación para el tratamiento de aguas residuales, en construcción.

La dotación de agua potable es suficiente, pues si hay veranos que se advierte escasez en ciertos sectores es por efecto de la deficiente distribución. La red de las cañerías no guarda la debida relación con los núcleos de la población. Las obras que realiza el Canal aseguran a Madrid abastecimiento para dos millones de almas. Cuenta, además, Madrid con el caudal de los Viajes Antiguos, propiedad de la Villa, y con el Canal de Santillana.

El alumbrado es, en general, excelente en épocas normales. Hay más de 23.000 faroles de gas y un par de millares de focos eléctricos para el alumbrado público. Cuando las circunstancias varíen se sustituirá el gas por electricidad en toda la población y se duplicará la intensidad lumínica. Y, según los autores del proyecto, sin aumentar los gastos presupuestarios.

El Servicio de Mercados cuenta con los centrales de frutas y verduras, de pescado, carne, aves, huevos y caza, y media docena de zona municipales y particulares y una docena que están construyéndose o en proyecto.

Hay un buen matadero, con elementos para regularizar la industrialización de los subproductos.

Se dispone de un excelente Laboratorio Municipal, que cuando le den «mimbres y tiempo» rendirá mucho más que lo que rinde; de él depende—o dependía—una excelente Estación de despiojamiento y de desinfección.

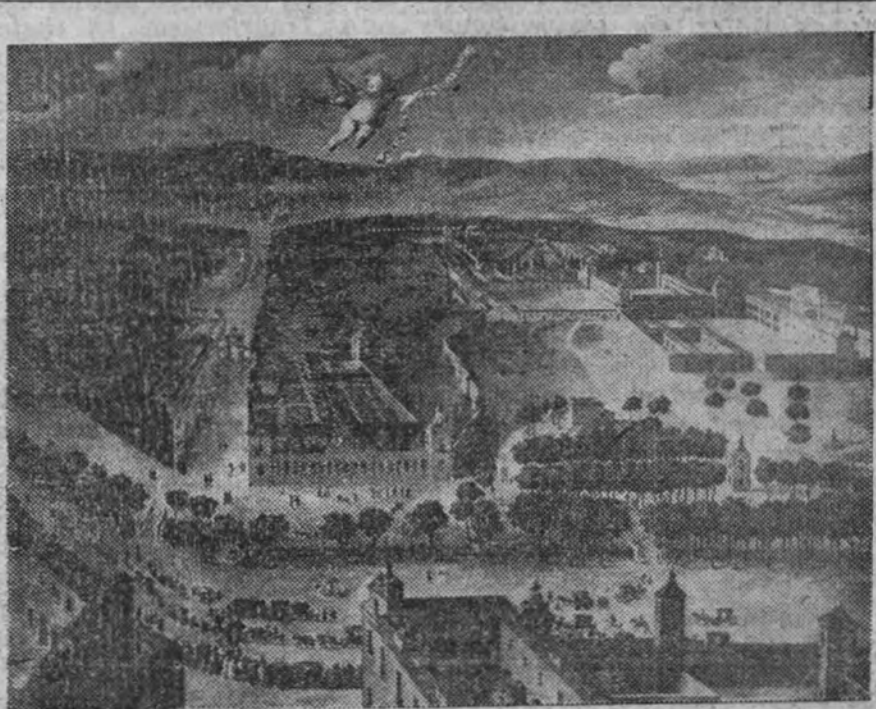
En transportes en común, en horas de normalidad se dispondrá de una buena red de tranvías, regido por el sistema de Empresa mixta; de la red del Metro que se incrementa considerablemente, y suponemos que se restablecerán los autobuses, tan útiles y que tanta prestancia daban a Madrid.

Respecto del Servicio de Limpiezas, la guerra interrumpió la tarea de organizarle con elementos bastantes. Mientras no se le dote del utillaje necesario se estará a la defensiva, rememorando tiempos pretéritos poco recomendables.

El Servicio de Incendios, que fué gala de la Villa, se estropeó durante la guerra y los años que la precedieron. Con los restos aprovechables y los recién admitidos volverá a ser lo que fué. Además, habrá que proveerle de material, pues el que tiene es escaso.

Las necesidades escolares se cumplen en lo que del Municipio depende. Es de presumir que no pase el curso de 1945 sin

(Continúa en la página 17.)



Paseo de San Fermín en tiempos de Carlos II

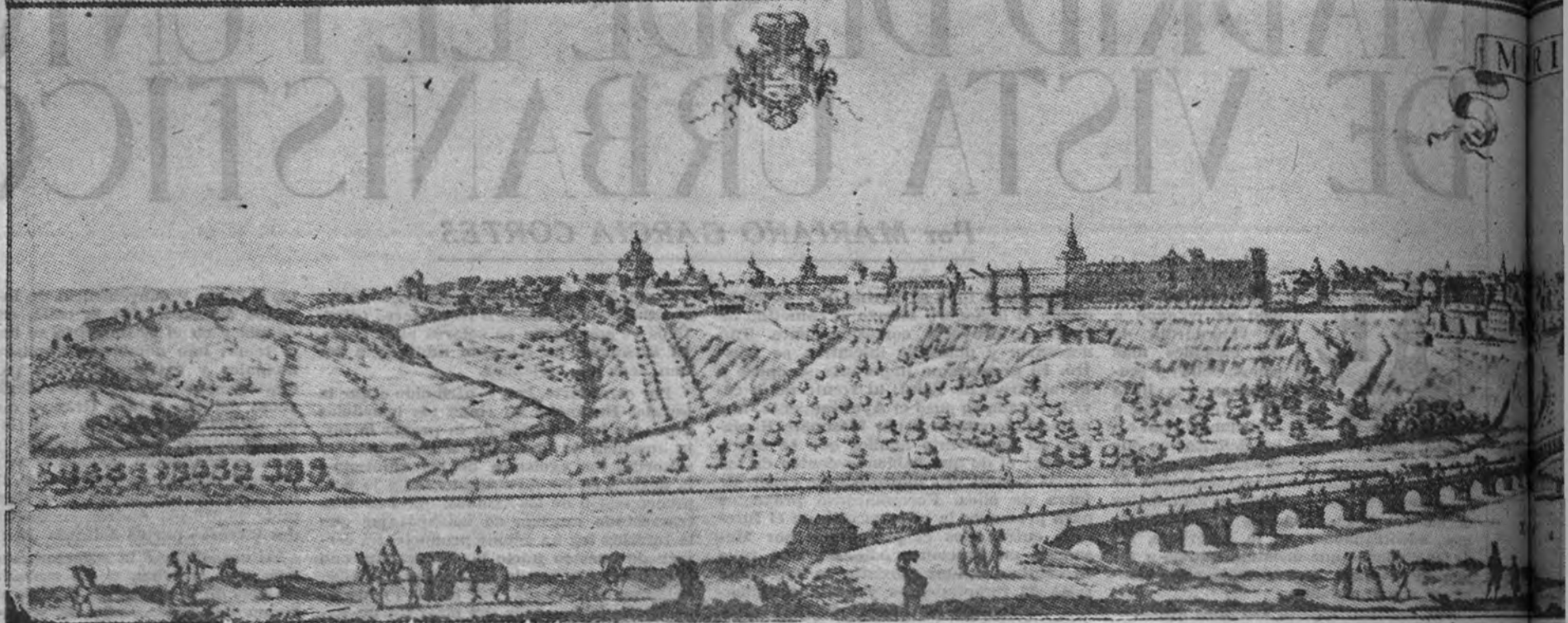
de Toledo y 318 en el de Segovia. La mayor parte de las fincas eran miserables, chabolas semejantes a las que han poblado el Extrarradio.

Frente a estas realidades se impuso acudir a soluciones legales. Moyano abordó el tema del Ensanche en 1857. Se encargó de formar el proyecto Castro, ingeniero y arquitecto; es el que está aplicándose, con perniciosas modificaciones, extrañas al pensamiento del autor. Afecta el proyecto a 15.164.734 metros cuadrados; es de mucho menos volumen que el de Merelo. Quizás indujera a formar proyectos de tan reducidas proporciones el fracaso del de Merelo. Incurrió, además, Castro en el error de calcular muy por bajo el desarrollo futuro de nuestra ciudad; suponía que a mediados del XX llegaría a tener 500.000 habitantes, y a fines del XIX se rebasó esa cifra. No obstante, el proyecto ha proporcionado beneficios positivos a Madrid; gracias a él se ha urbanizado esa zona con arreglo a normas científicas. Cortó la anarquía constructiva en el Ensanche. Desgraciadamente, háse reanudado después en el Extrarradio. Pero sus beneficios habrían sido mayores si el Ayuntamiento hubiera respetado el pensamiento de Castro; éste pretendía que el Ensanche fuera un centro de actividad ciudadana completo, para lo cual reservaba lugares para escuelas, mercados, matadero, canchales, o patios libres, hipódromo, etc.; mas se le opuso la codicia de los especuladores del suelo,

valías de los solares y hasta lograr ingresos en las cajas comunales. Por el sistema propuesto por el ingeniero Núñez Granés el procomún pudo adueñarse de la totalidad del Ensanche abonando en 1889 menos de 10 millones de pesetas. El valor de esos terrenos al presente excede de 900 millones de pesetas.

No debe silenciarse el derribo de la cerca de Madrid en 1868. Ha sido un factor eficaz para el desarrollo de Madrid. Merced a esta medida pudo conjugarse el trazado del Ensanche con el del Interior. Reforma tan sencilla y lógica fué censurada por los eternos enemigos de toda innovación urbanista.

Del mismo modo que el fracaso de las fragmentarias y entecas reformas del Interior—las de 1819 a 1870—determinó al vecindario a buscar espacio para acomodarse en las afueras de la cerca, el fracaso de la ley de Ensanche ha forzado a las gentes a instalarse en el Extrarradio antes de que la urbanización del Ensanche finara. Comenando lo ocurrido escribió Salaverry que en el Extrarradio se incidía en las mismas faltas cometidas siglos anteriores, al construir el Madrid moro. En efecto; se han trazado calles y plazas prescindiendo de toda norma urbanística; no se han tenido en cuenta ni la dirección de los vientos reinantes, ni de los rayos solares, ni la topografía del terreno; las anchuras y longitudes de las vías públicas se han fijado arbitrariamente.



CARACTER DE MADRID

Ledesma

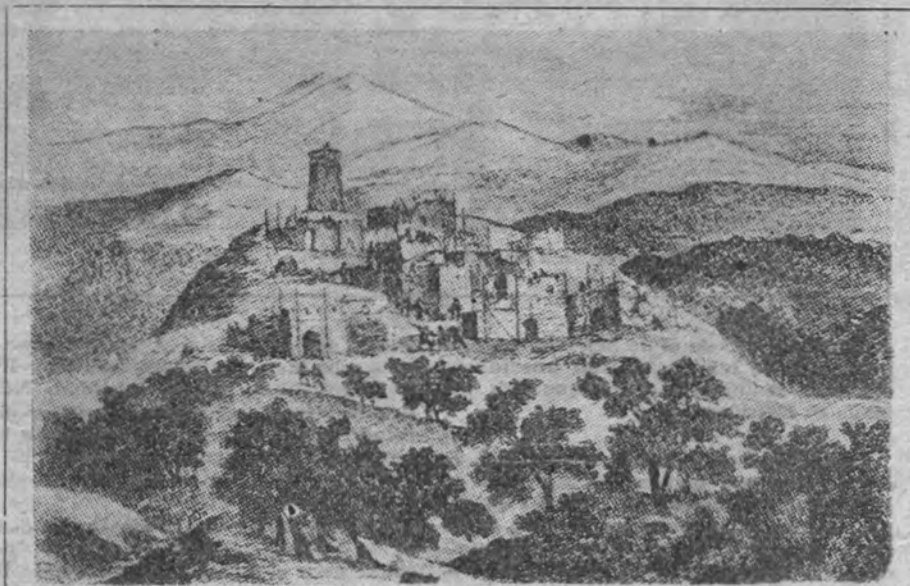


Urbe y tierra
HACE cerca de un siglo que un viajero experto en el arte de andar y ver, y tan amante de España como poco conocido de los españoles, Charles Mazadé, decía en su libro "L'Espagne moderne": "La ahincada permanencia de una reserva rústica en cualquier ciudad española no es sino reflejo de ese mundo esencial de la naturaleza hispánica, a cuyo remanente acudiré Europa un día, agotada su originalidad vital, gastada y vacilante."

Madrid ofrece el más vivo contraste entre esa naturaleza primitiva y uno de los conatos más vivos de civilización y urbanización que se hayan conocido nunca; es la marea rústica, gnegando el islote urbano del siglo XVIII. "Estando en Madrid —ha dicho otro visitante extranjero de nuestros días—, recuerdo siempre a Karakorum, el Tusculum de Genghis Khan: la ciudad está rodeada de un paisaje que tiene la rudeza, magnificencia y amplitud del Asia Central." Era la impresión que había hecho a Keyserling la plaza de Oriente, de tan frugal y rústica hermosura, y la asomado, desde el patio de la Armería, al augusto paisaje velazqueño de encinas y celajes. No muy lejos de allí, otro viajero, y éste español y catalán, aunque el libro a que hacemos referencia sea una "Vie de Goya" publicado en francés, oye una noche "au fond lointain de l'avenue qui aboutit presque au Palais Royal" un sordo rumor que se aproxima. "Por más que se distingan, a lo lejos, gritos guturales y estridentes silbidos, no es un rumor humano solamente." "Un rebaño avanza seguido de otro re-

baño y de un tropel interminable de rebaños. Y caminan custodiados por sus pastores-jefes y sus pastores-ayudantes, por sus mayores de a caballo, sus guardas y sus perros. Algunos carricoches abren paso a la retaguardia, al grueso de las fuerzas de dos y de cuatro pies. Ese grueso de vida transhumante y campestre, circulando, al amparo de la noche, por el corazón de la moderna ciudad (y la medida administrativa que constituye el designar "camino de cañada", sin el menor obstáculo de urbanismo, a las calles que hagan falta) aporta una nueva confirmación a la dualidad de significados de Ma-

ballero en su asno, pronto los asnos, mulos y caballos reemplazaron a los cerdos en la festiva algazara. Transformada en fiesta de equinos y asnales, fué la primer celebración de todas, y partía del arco de enero, tirada por alegres y piafantes animales a las suaves laderas del buen tiempo. Los valles de Mantua, ricos de encinas y alcornogues, perdieron espesor, y el artesano de la ciudad consiguió la extraña elegancia del chispero. A los mejores alazanes de la corte saltaron los más apuestos jinetes; calesas y literas se uncieron al cortejo. Y la eterna Amaranta, composición bellísima y sencilla de es-



"Castillo famoso", como es de rigor, pero, más profundamente, cabeza de un imperio de pastoreo...

drid: es una capital, pero también una majada; "castillo famoso", como es de rigor, pero, más profundamente, cabeza de un imperio de pastoreo..." etc.

Desde los más remotos tiempos nuestra ciudad, que era "lugar de grandes términos y campos muy fértiles" (Sículo) y de "buenas condiciones campesinas" (Andrés Navajero), celebró en el día de San Antón la fiesta de los cerdos. Concurrían a ella los porqueros del término municipal, capitaneando sus lucidas pjaras. Como el porquero-rey presidía el cortejo pecuario ca-

puma de artesanía y liviandad citérea, apareció en el joyel de su calesa de oro, presa en la basquiña de palorrosa y la media de nácar, compendio y cifra de una edad cuya juventud aún sorprende y encanta. He ahí cómo el islote urbano del XVIII, cómo el Madrid de las luces gana una gran batalla al oso mantuano. La ciudad rechaza a la pjar, los animales más nobles sustituyen a los más groseros, el porquero se hace galán de la cuatropa, y el agua lustral de las Escuelas Pias bendice las flores, los frutos y los piensos.

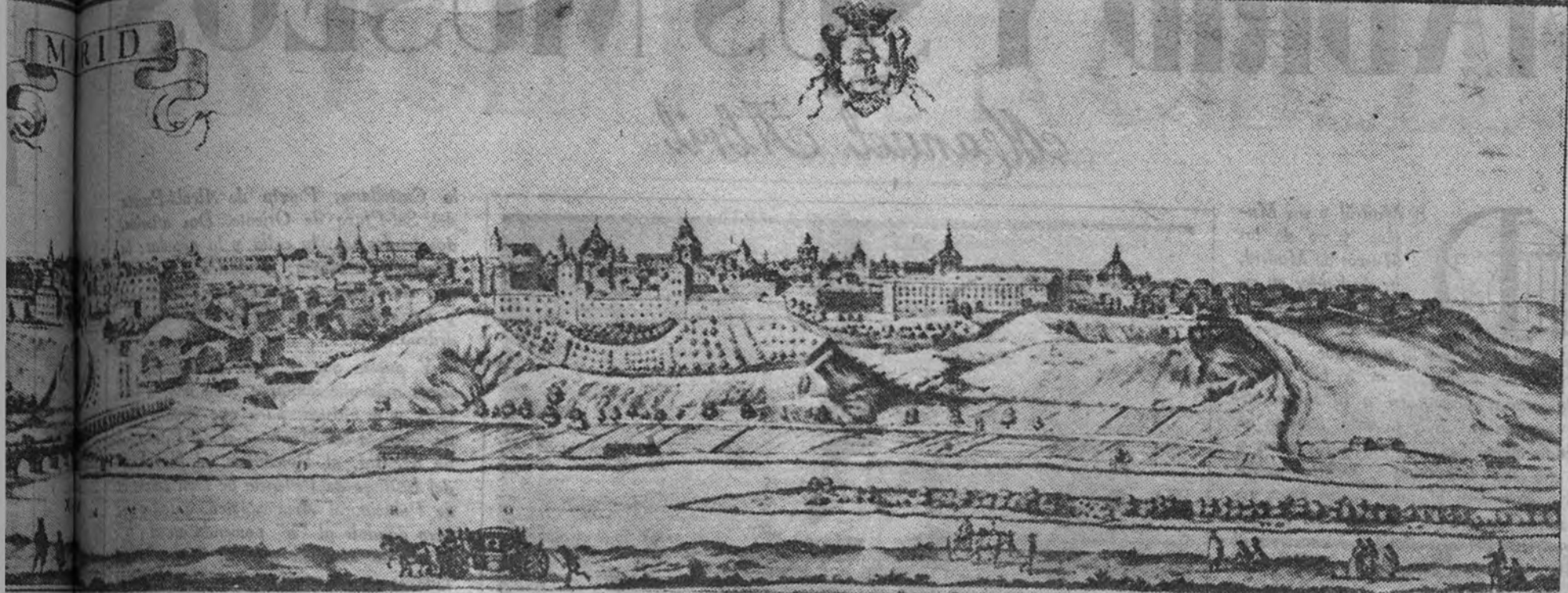
Pueblo y urbe

Antes del XVIII es pronto todavía. Madrid estrena la capitalidad en el siglo de oro. En el siglo de oro nace y es niña. Sus horas mozas discurren en el crepúsculo: el barroco es una forma crepuscular. Madrid no tenía piedras madres, ni puentes romanos—¿para qué?—ni catedrales góticas. El madrileño, como tal, carecía de recuerdos. Ni recuerdos romanos, ni góticos, ni casi árabes. Los grandes monarcas españoles gobernaron el reino desde otras capitales hasta que Felipe II, por razones que los historiadores llaman "ocultas", vino a Madrid para asomarse al poniente de su Imperio. Sevilla, Toledo, León, Burgos, Salamanca eran muy viejas—verdaderos archivos de recuerdos—cuando Madrid hacía pinitos de pueblo importante. El barroco es una esgrima virtuosa y diestra, en la que el brazo juega, con cierto automatismo, sin sujetarse al corazón ni a la cabeza; es el último grito del Renacimiento; late en él una vida sensorial y pintoresca; tiene alma, mas no espíritu. Muy importante es el barroco madrileño. La plástica



y el teatro. Madrid da al ambulante teatro nacional posada fija... Magníficos chispazos iluminan el cielo de nuestra noche rural, entre manchega y alcarréña. El siglo XVII es en Madrid eminentemente teatral: el siglo de reyes entrantes y salientes, desposorios de príncipes ex-





MADRID EN DOS ETAPAS

desmiranda

tranjeros, recepciones de legatarios, exaltación de validos; de las comitivas alegóricas y pastoriles de la Corte letrada a la constelación y orfebrería de la Minerva. Pompa oriental de rosas, hacchones, estofas y destellos; ondulando en el cielo madrileño de los últimos Austrias... Pero la villa, como unidad y como espíritu, no existe todavía.

Bajo Carlos III, Madrid se asoma a las artes urbanas, a la perspectiva, a la alineación, a esa armonía viviente que es el organismo de una gran ciudad. Sucede con las urbes, como seres vivos que son, lo que con los individuos humanos: inician un viaje, un largo viaje de exploración y búsqueda de sus resortes secretos, y los encuentran. Una minoría ilustrada se atribuyó, entonces, el mérito de haber sacado a Madrid de las tinieblas; y la oscura noche (mejor, noble crepúsculo) se agazapaba en la crispación del barroco. Pero el barroco había llegado a ser un arte nacional con gran riqueza de modulaciones his-



pánicas. Todo arte romántico se propaga a los espíritus con mayor rapidez que todo arte académico. Y aún más a los espíritus españoles, ganados por la acción y la libertad. La reacción ilustrada del siglo XVIII fué exclusivamente minoritaria y erudita. Quedó confinada en la Academia, y en todo un aspecto de la acti-

vidad cortesana y social. Fué como un islote. Una utopía. Hay "incones de Madrid que aún evocan aquel "aislotado" ensueño. Mas consolidó el gran cruceiro de la ciudad, el de la calle de Alcalá y la transversal del Prado y Recoletos, el esquema urbano de la Ilustración. Un lindo grabado de la colección de D. Félix Boix nos muestra el Prado del XVIII, despejado, abierto, "graciosamente monumental. Desde la fuente de Apolo se atisba la Puerta de Alcalá, entre la tupida fronda del Retiro... Y el mismo panorama abarca la Puerta de Recoletos y la de Atocha. Los

medas (Prado de San Hierónimo, Prado de Atocha) a extramuros, pero sin el abolengo histórico ni la primacia monumental de gran parte de ellas; la hegemonía de Madrid—capitalidad—sobre otras ciudades españolas está en la absorción—y refinación—de "la reserva rústica que hay en la naturaleza hispánica" mediante un intenso cultivo civilizador y cortesano que a todas las expresiones y realizaciones espirituales de España da una forma universal de europeidad. El siglo XVIII, el siglo filtro, el de la cultura oficial, pone desde Madrid un marchamo a la obra crea-

ca" al "islote" erudito y académico, lo ha incitado siempre a esos tornasoles, a ese juego de contrastes que es la esencia de una vitalidad renovada.

El alba y el oso mantuario

Todo el que se despegue de Madrid y vuelve a sus ámbitos se pasma de la increíble luz, del "sereno y feliz espacio de cielo" de que habla Lucio Marineo Siculo, de la conjunción deslumbradora de industrias y materias claras, del cromo, del tapiz alegórico, de la porcelana del Retiro. Del agua de Lozoya. Del al-billo. Uvas y aguas de los más finos cristales. Y del acento cortesano risueño como un silbo. Madrid está siempre amaneciendo. Respira un eterno mayo. Son sus días los de la agraz y revuelta primavera que adviene para el rocío de las violetas y el frescor de la fresa y de los claveles.

A veces, en la aurora, se nos ha revelado un nobilísimo Madrid que no quisiéramos olvidar. La noche se ha deslizado en el café nocturno, hijo próspero de la botillería, entre los bronceos alegóricos del Te y del Cacao, que portan lámparas de gas en cuernos de la abundancia, simulando frutería,alandecientes, y viven un clima de conchas, ninfas y delfines, multiplicado en infinitos espejos. Un sueño confuso de humo y espejos disuelve artesonados y pinturas, como el temporal destroza el aparejo de una nave y la arrastra a la deriva. El café es entonces como el último estertor del barroco.

Fuera, una ciudad ha nacido. El alba tiñe de púrpura la Puerta de Alcalá, el arco de Sabatini. Todo el esquema de Madrid, todo el cruceiro se dora con ardor. El oso mantuario es el mejor contraste de esta aurora civilizadísima.



"Cuando Madrid sigue la tradición española es uno de tantos pueblos castellanos..."

grupos de fuentes y arbolados no difuminan y oscurecen, como hoy, en caprichosas vaguedades las líneas vivas, armoniosas y claras del Real Museo, la gran realización de Villanueva. Los espíritus de Rodríguez y Villanueva parecen aletear gozosamente sobre este conjunto ciudadano.

Madrid se presenta como una ciudad cuyo carácter rompe la tradición española. Mientras la sigue, es uno de tantos pueblos castellanos con su Plaza Mayor, su consistorio de chapiteles herrerianos, sus ala-

dora de España; su aportación consiste en una actividad morfogenética que hace expansivas y circulantes todas las manifestaciones espirituales e intelectuales españolas. No es otra la misión de las culturas de última hora, de las Alejandrias y Venecias sobre los mundos que las han precedido.

Pero si el barroco—con todo su fuego exterior—es automático, el neoclásico es helado. El Madrid de la Ilustración es Villa-Helada. La oposición del pueblo—Dos de Mayo, motines, historia de la Puerta del Sol, etc.—y "su reserva rústi-

MADRID Y SUS MUSEOS

POR

Manuel Abril



DE Madrid y sus Museos, y no de los Museos de Madrid, he de hablar en este artículo. La razón del distingo se verá después de leer lo que sigue.

Los museos pertenecen a las musas, y las musas pertenecen a lo sobrenatural: o están fuera de la vida, o están en la vida eterna: en la vida de los mitos y los dioses... Los museos, recintos sagrados o almacenes oficiales de las artes, representan en la vida una de dos: o salas frigoríficas del arte donde se conserva al genio con asepsia perfecta de quirófano, o templos donde está la eternidad, hecha cuadro o hecha estatua, en cada obra. En uno y en otro caso el museo es mundo aparte; hay vida en ellos, sin duda; más vida, acaso, que la vida de la calle; pero vida de otra clase, más químicamente pura; quintaesenciada, depurada, alquitarada; fuera de lugar y tiempo, hecha inmortal y universal: Olimpo o Gloria; demasiado, en todo caso, para que pueda armonizarse con Madrid, que es ligero, callejero, campechano, y se interesa por la vida que se vive "pasando y matando el tiempo", no con lo que se eterniza, se immortaliza y se endiosa. Las diosas no están en Madrid en museos, sino en plazas; como quien dice, en medio de la calle... Ahí tienen la Cibeles como ejemplo.

Este ejemplo endereza la cuestión con rumbo cierto. El genio de Madrid es refractario a cualquier actitud artificial de encopelada presunción y empaque enfático. Gusta de lo natural, de lo corriente y sencillo; y cuando alguien se quiere dar tono, el madrileño le descarga en las narices, a modo de matasuegras, el soplo irreverente de su chunga.

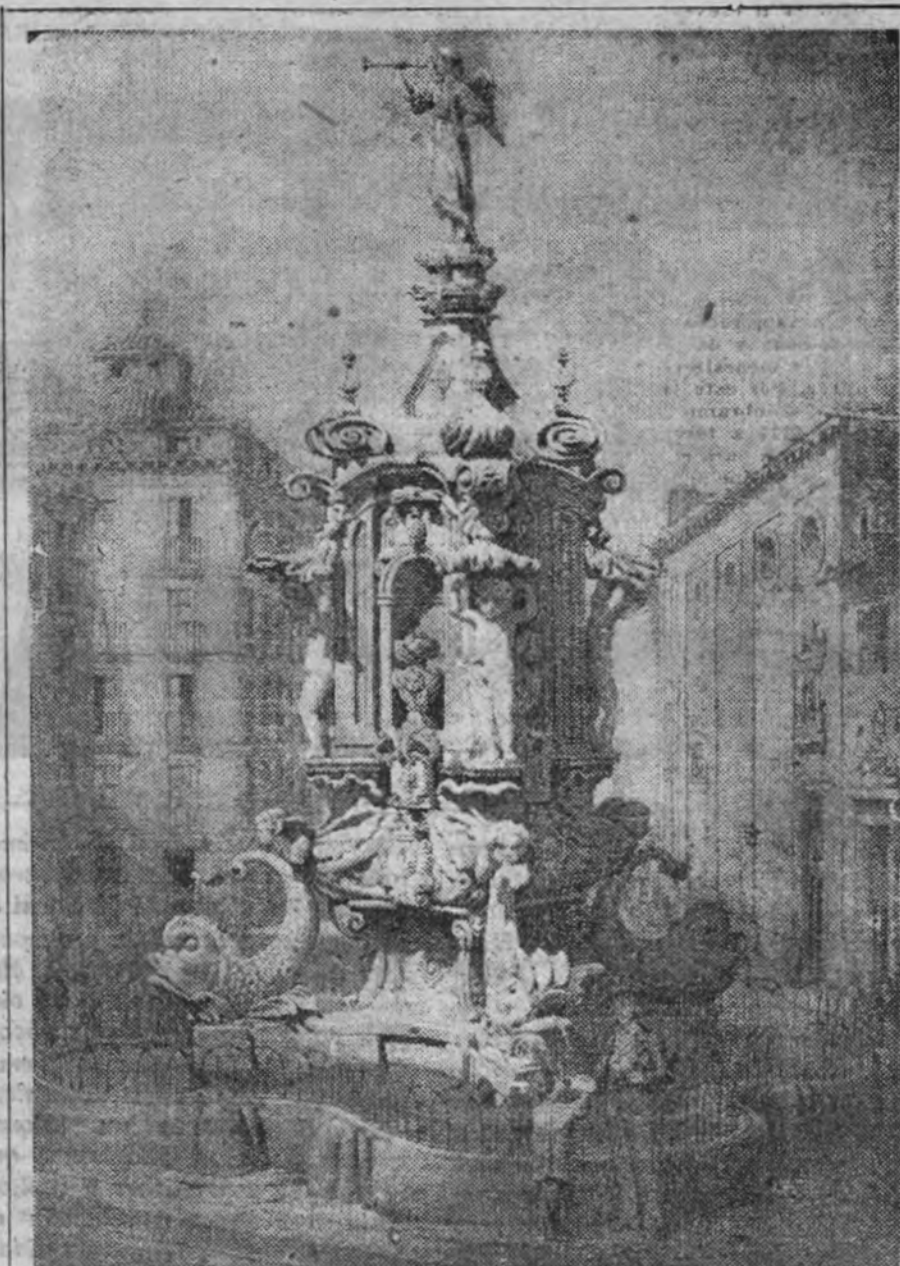
El español, en general, procede así: no toma en serio jamás lo aparatoso y externo; prefiere la llaneza a la hinchazón; pero, una vez en lo llano, se eleva cuando es preciso y da altura a lo que es alto, no a lo que quiere empinarse con empingorotamiento. Recuérdese lo hecho por Velázquez con los dioses del Olimpo: Vulcano es para Velázquez un herrero de barrio cualquiera; pero un herrero cualquiera — y hasta un cualquiera a secas, sin herrero, ni oficio, ni beneficio — puede ser para Velázquez inmortal como los dioses.

Así, en España siempre y para todo. A los leones, España los convirtió en "perros chicos"; pero no quitó por eso a los "perros" su importancia; la conquista, no del duro, sino de la perra chica, constituye un tratado del vivir: no es otra cosa la novela picaresca.

Esta condición de España se hace en Madrid más propia y distintiva. Los leones españoles que la calderilla de antaño convirtió, para el pueblo, en perros de aguas, son los leones madrileños del Congreso y los aun más madrileños de la Cibeles, patrona de Madrid, diosa del pueblo.

No hay madrileño que no tenga a la Cibeles por algo imprescindible suyo: representativo y propio. Si estuviera más en alto quizá no fuese tan de todos la Cibeles; este pueblo necesita "alternar" con lo que adora, mano a mano; mezclándose a su vida y en la calle, no en museos; por eso la Cibeles está en el corazón del madrileño como está en el corazón de la ciudad; porque es ese el corazón de la ciudad: el cruce de las dos grandes arterias que polarizan su vida.

Dos arterias, en efecto, dividen y cruzan Madrid como cruz e ideal de su existencia: Norte-Sur, Este-Oeste; El Prado-



Fontaine de los Tritones



Antiguo convento de Montserrat

la Castellana; Puerta de Alcalá-Puerta del Sol-Plaza de Oriente. Dos arterias, dos tendencias; la culta y la popular; la selecta y la brava; la clásica y la castiza; corrección y exuberancia; neoclásico y barroco: la cruz de la existencia madrileña.

Y puesto que se trata de Museos, no tengo más que invitar a cada uno, a lectores y a turistas, para que vayan, desde luego, a los Museos—al del Prado, al de Madrid, al Romántico, al Naval, al del Instituto de Valencia de Don Juan, al de Palacio, al Arqueológico, a todos—; pero dándole al "ir" poniendo en el "ir" la misma atención que en "entrar"; fijándose en el camino y en los edificios mismos antes de ver lo que pueda haber en ellos. Por dentro verán el arte; por fuera verán Madrid: verán el neoclásico en el Prado, el Museo Nacional por excelencia; y verán el barroquismo en el Municipal, el de Madrid, en la puerta del antiguo Hospicio. Con ello bastará para orientarse.

La orientación es precisa, porque formándose el carácter de Madrid con dos fuerzas encontradas, que juegan sin cesar al balancín, equilibrándose entre ambas, no siempre se equilibran, sin embargo, y y de esto se derivan confusiones que es precisa atajar, pues son dañinas y atañen a la casta y sus variantes.

La casta es algo sagrado; nadie debe renegar de la casta, que es la entraña, la sangre misma del solar y de los padres; la historia hecha carácter y hecha vida; pero al lado de la casta tenemos el casticismo, avispado de peligros y de equívocos, donde el balancín se atasca, interrumpiendo la razón de su existencia, que es la de subir y bajar, en ritmo de constante vigilancia.

El casticismo ha hecho estragos en la casta. Madrid tuvo siempre ingenio y alegría peculiares—de gorrión popular, de canario cántaro que acompaña con sus trinos al repiqueo animoso de la máquina de coser modisteril, vivaracha, parlara y activa, como la modista misma—; el aire de Madrid era clarísimo, y su simpatía, igual: de cristal limpio y fino. Madrid inventó una música que se llama "pasacalle", porque, sin duda, el paso por la calle, los "andares" madrileños, eran obra de arte y de música, de garbo y de compás, leve y ligero. Tuvo su músico: Chueca, como antes lo tuvo: Barbieri... Y no fueron, por cierto, los únicos: Chapi, Bretón, Giménez... Chueca dió voz y dió música al Caballero de Gracia. La caballerosidad y la gracia andaban juntas; lo espontáneo y lo medido; la educación y el natural andaban juntos. No faltaban, desde luego, los llamados "barrios bajos", y en ellos, las verduleras de armas tomar y desgarró, así como el otro gremio, polvorín del casticismo, poder incluso político a las veces: el gremio de cigarreras. Pero estaba todo ello confinado en la zona extramuros de unos barrios que eran bajos, y nadie pretendía lo contrario.

Luego, han cambiado las cosas. Del chispero nació el chulo, y del chulo ha nacido el chalángano, que es el chulo no contento de ser chulo, sino queriendo, además, hacerse el chulo...

No hay cosa peor en la vida que empeñarse uno en ser lo que ya es por natura. El burgués gentilhomme supo un día—con asombro y entusiasmo por su parte—que hablaba en prosa, sin saberlo, desde niño. Ese día—estoy seguro—no pudo ya el pobre hombre hablar en la

(Continúa en la página 20)

LA FUENTE DE LA CIBELES

Por JOSE RINCON LAZCANO

N el capítulo primero del «Viaje al Parnaso» escribe Cervantes:

«Adiós, dije a la hu-
[milde choza mía;
adiós, Madrid; adiós, tu
[Prado y fuentes,
que manan néctar, iloc-
[ven ambrosia.»



Pero las fontanas a que alude el glorioso manco no son otras sino aquellas que minuciosamente detalla un manuscrito inédito, estudiado por Fernández de los Rios en la Biblioteca escurialense, describiendo el Prado de San Jerónimo tal y como estaba en el año 1574. «Tiene —afirma el documento— las más y mejores fuentes y de mejor agua que se hayan hasta ahora visto.» En el lugar de referencia había cinco fuentes de singularísimo artefacto, además de otras que se alzaban en diferentes puntos del llamado paseo de Trajineros, como eran: una detrás del convento de Jesús, otra en la esquina del palacio de Medinaceli, otra al comienzo del jardín de Villahermosa, otra hacia donde hoy se alza la de Apolo o de las Cuatro Estaciones, otra antes de llegar a la iglesia de San Fermín y otra en el arranque del jardín de la casa del duque de Sexto. En el lado contrario también había siete fuentes: una a la bajada del monasterio de San Jerónimo, casi en el ángulo que formaba el Tivoli; otra en el eje del Prado, frente al palacio de Sexto, y cinco en el sitio denominado Huerta de Rey, frontero de la calle de Alcalá.

Como se aprecia, esta parte de la Villa del oso y el madroño estaba en el siglo XVI bien dotada del líquido elemento, y, además, puede que cuidada con algún esmero.

Corroboran nuestra conjetura las palabras del maestro Juan López de Hoyos, que hacia 1569 escribía: «Esta planicie y llanura llega hasta la entrada del pueblo, donde se ha hecho una de las mejores y más delectables recreaciones públicas que hay en todo el reino, porque es una salida a Oriente junto a uno de los muy reales y aventajados monasterios, así en calidad y aposento de Su Majestad como en la mucha religión que en él se profesa, de la Orden de San Jerónimo. Esta sana vecindad hace esta recreación pública muy calificada, y a esta causa le llaman el Prado de San Jerónimo, en el cual se ha hecho una calle de más de dos mil pies de larga y ciento de anchura, plantada de muchas y diferentes suertes de árboles muy agradables a la vista.» Al lado izquierdo de esta calle existía otra de la misma longitud, también con frondosos árboles. Las entradas y salidas de ella estaban decoradas con cuatro fuentes, según el citado maestro de Cervantes.

Delicioso y ameno lugar debió de ser este del Prado, según los testimonios que nos llegan por vías tan seguras como las de Pedro de Medina en sus «Relaciones», por Lope de Vega en su comedia «El acero de Madrid» y por Zabaleta en sus escritos. Pero al lado de los elogios alzáse la burla del satírico Villamediana en sus conocidos y manoseados versos:

«Llego a Madrid, y no conozco el Prado,
y no le desconozco por olvido,
sino porque le veo que es pisado
por muchos que debiera ser paeado.»

Sin embargo, lugar y paseo tan deliciosos y tan preferidos de los madrileños de antaño, no deberían ser cosa mayor en punto a ornato, comodidad e higiene. El paseo, como es sabido, comenzaba real-

mente en el convento de Atocha y terminaba en la Puerta de Recoletos. Y, si hemos de creer a otros cronistas, no era—y respetamos las opiniones que preceden—ni más ni menos que un húmedo, mal sano y peligroso carranco que era preciso convertir a todo trance en ameno, saludable y regio lugar.

Así lo entendió el Rey Carlos III, quien, heredero del trozo de España, fue proclamado en Madrid el martes 11 de septiembre de 1759. Desde el primer momento su preocupación fue la de mejorar en todos los órdenes nuestro pueblo. Verdad es que supo rodearse de hombres fieles a su persona y de capacidad notoria para los altos menesteres que se les habían de confiar. Por esto fué un acierto indiscutible el nombramiento hecho en 29 de enero de 1777 a favor de D. José Antonio de Armona para el Corregimiento de Madrid, cargo que ejerció tan benemérito patriótico hasta el 25 de mayo de 1792. Identificado con los deseos del Monarca y amigo fraterno del conde de Aranda, disfrutaba de gran aflujo en las alturas para la consecución de sus bien meditados planes.

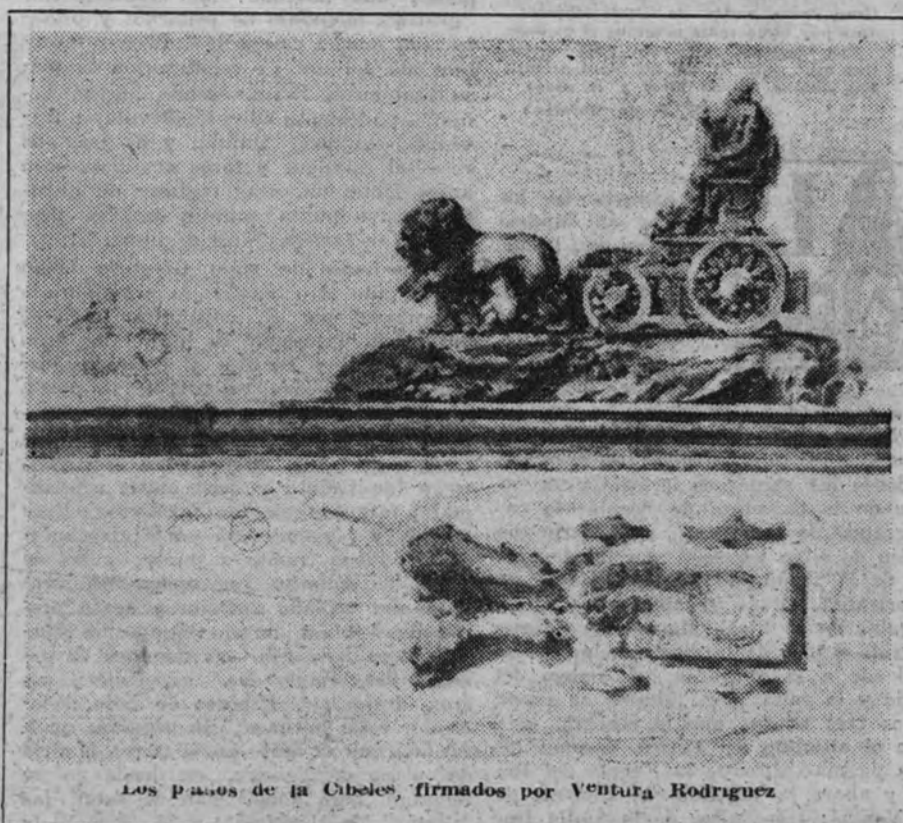
Abrióse un concurso para regularizar el Prado de San Jerónimo, y a él acudió el ingeniero y arquitecto D. José Hermosilla, cuyos trabajos fueron preferidos a los de otros profesores, connotándose además para la realización de la gran obra con el maestro mayor de la Villa, don Ventura Rodríguez.

Comenzó la construcción de esta fuente de Cibeles en 1781 conforme a los planos y dibujos del citado D. Ventura Rodríguez, originales que cuidadosamente se exponen en nuestro Museo Municipal.

En la «Razón de todas las obras proyectadas y precisas para la conclusión de nuevo paseo del Prado», fechada en 7 de marzo de 1777, se hacía el maestro mayor esta curiosa aclaración: «En el número tercero se representa el monumento de la Tierra en Cibeles, sentada en su carro tirado de la yega de leones según describe Bocaccio, libro tercero de la Genealogía de los Dioses. Y los que no tengan esta noticia interpretarán que esta figura representa a España por la corona mural, que parece castillo y por los leones, atributos de las armas de España en sus cuarteles de Castilla y León.»

Castelar, que no pudo recoger nunca que la plaza que lleva su nombre fue a la misma donde se alza esta preciosa fuente, escribió en «Las capitales del mundo», al hablar de los ejemplares de arquitectura hidráulica del Prado, estas cumplidas palabras: «Y allí está, sobre su carro tendida y de un castillo coronada, con sus leones delante, la gloriosísima estatua de Cibeles, a cuyo pie fluye la mejor agua del mundo.»

Y todo llega. Se procedió a la saca o extracción de la piedra necesaria para comenzar la obra, tarea que se encomendó, conforme a otra «Razón» del «Parte de la Villa, al maestro D. Domingo Pérez. Los trabajos y detalles escultóricos fueron confiados a diversos artistas de reconocida fama. Y por ende, es el señor D. Francisco Gutiérrez escultor en mármol cárdeno de 28 años de Montesclaros la primorosa estatua de la diosa, hija del Cielo y de la Tierra y mujer de Saturno, estatua que tiene una altura de once pies puesta de pie derecha. También hizo Francisco Gutiérrez las cuevas del carro, abasteciéndose por sus trabajos 63.000 reales de éllo. Los doce leones que figuran arrastrar la carroza de triunfo fueron ejecutados en mármol de las mismas canteras por el escultor de Su Ma-



Los planos de la Cibeles, firmados por Ventura Rodríguez

jestad, D. Roberto Henel, que dirigió a su vez la talla del terrazo, tallándose su trabajo en 70.000 reales. Don Miguel Almézar contribuyó al conjunto de la obra con la realización de los adornos esculpidos en el carro, y el escultor D. Alfonso Bergaz labró un oso y un dragón, como símbolo de las armas antiguas de Madrid. Estos ornatos escultóricos, por completo, el pensamiento alegórico de la obra, desaparecieron al producirse que la fuente tuviera carácter público y orden al abastecimiento de la población.

En algunos dibujos y en algún cartón de tapices que se conservan en nuestro Museo Municipal puede apreciarse este detalle y aun aquél otro del primer servicio de abrevadero a los ganados.

Todavía en el año de 1841 figuraban asignadas a la fuente de Cibeles, del Juzgado del Barquillo, «fuentes, plazas de aguadores; y de los dos canales de que constaba, uno era destinado exclusivamente para el suministro público. Su dotación consistía en treinta reales por los niños del Viaje del Paje Abroñiga.»

La fuente estuvo en el primitivo lugar de su emplazamiento—a la entrada del paseo de Recoletos—desde su construcción hasta que el Ayuntamiento acordó, el 10 de abril de 1891, realizar las obras imprescindibles para la formación de una gloriosa elipse en el cruce de la calle de Alcalá con el antiguo paseo de Trajineros, obras que habrían de hacerse bajo un presupuesto de 466.352 pesetas. El ilustre arquitecto D. José López Salaberry—de feliz memoria para Madrid—era el autor del estudio, meditativo y concienzudo, en el que se proponía la variación del proyecto inicial y con ello la traslación de la fuente de Cibeles al centro de la elipse que hubiera de resultar.

El 30 de diciembre de dicho año de 1891 aprobó el Consistorio municipal la propuesta, que cifraba los gastos en pesetas 359.000. Y empezaron las obras, y con ellas tantas y tan apasionadas discusiones, que llegaron hasta los escaños del Congreso de los Diputados, cuyo Cuerpo colegislador hubo de recurrir al Concejo el expediente. No se hablaba en Madrid de otra cosa.

Por su parte, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, sorprendi-

da—y con razón—de no ser consultada en trance de tanta monta, lanzó su protesta el 10 de mayo de 88. Sin embargo, consultada más tarde, emitió su dictamen el día 30 de junio. Pero el tiempo corría; los comentarios, malévolos, tendenciosos, maldicientes, hacían su camino, y los deseos de que el traslado estuviese hecho antes de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América no parecían de fácil realización.

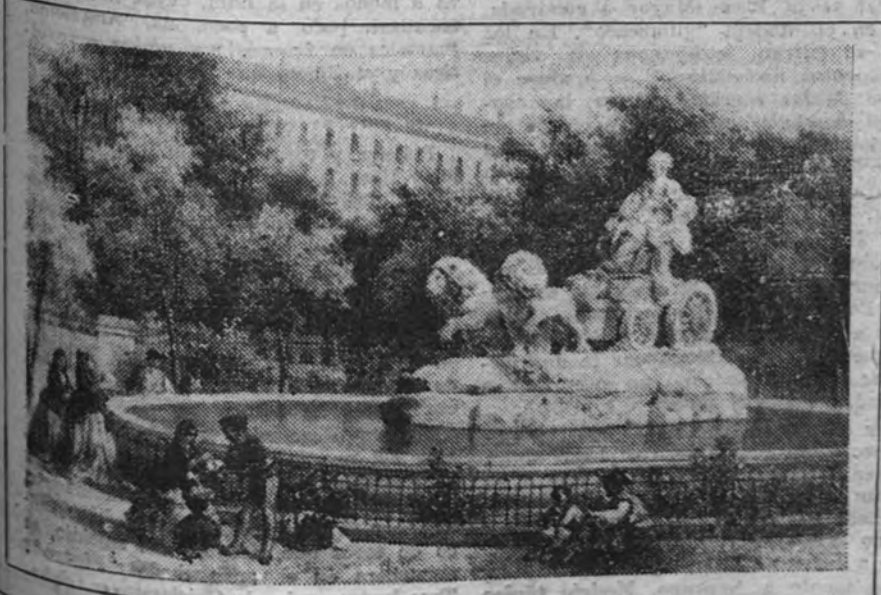
Los trabajos, a iniciados, se paralizaron. Nuevas dificultades. Seguía la discusión, el comentario, la censura, en todas partes. Y nadie se enteraba a fondo, o lo que era peor, no quería enterarse. Un buen artista madrileño, con los mejores propósitos, indicaba que el sitio de la fuente de Cibeles debía ser ocupado por un monumento que se erigiera por suscripción popular entre los hijos de esta heroica Villa y dedicado al pueblo del Dos de Mayo.

Pero, en fin—como dice el refrán—, no hay mal que cien años dure, y todo pasó. Aquietados los espíritus, fueron cesando las controversias y las murmuraciones, y el día 5 de octubre de 1894 se aprobó definitivamente el asunto.

El presupuesto del traslado de la fuente ascendió a 56.038,05 pesetas, incluyéndose en esta suma, ciertamente modesta, las 15.000 pesetas que se entregaron a los escultores D. Miguel Ángel Trilles y D. Antonio Parera por su boceto, elegido en refuero concurso, del grupo escultórico de Amorcillos que esculpido en mármol había de colocarse, como se colocó, detrás del carro triunfal de la diosa, en evitación del desagrado que resultaría al mirar el monumento por su parte trasera.

Y nada más. ¡Ah, sí! Existió en Madrid una entidad, denominada Junta Consultiva de Arte Público, que en el año de 1906 acordó nada menos que se procediera a estudiar un proyecto suyo encaminado a que el monumento que se erigiese a Cervantes fuera emplazado en el lugar que ocupaba—y ocupa—la fuente de Cibeles, trasladándose ésta a los jardines del Retiro o los de la Moncloa.

Con todo respeto y veneración para Cervantes y su monumento, diremos que la idea fracasó. ¡Afortunadamente!



Explotación general de trapos de todas clases
FABRICA DE CUBOS Y BAÑOS GALVANIZADOS

ANONIMA FARGE

CABOS DE ALGODON Y TRAJOS
PARA LIMPIEZA DE MAQUINAS
TUBOS HIERROS Y
METALES VIEJOS
DESPERDICIOS DE GOMA
ASTAS, HUESOS,
PEZUNAS Y CHINES

OFICINAS:
EMBAJADORES, 110
TELEFONO 71510
—Agarado 31—
ALMACENES:
Ribera de Cuidadores, núm. 29
M A D R I D

LAS "PLAZAS" DE MADRID

Por R. CAPDEVILA

Ni en silencio pasarte corresponde.
Gran calle, andén de olivo jebuseo.
Que hoy tanta regia máquina le esconde.
Tus hijas llegan con feliz deseo.
Que ven venir el sol del claro oriente.
Las damas de los toros y el paseo.
(N. F. de Moratín.)



mente

La historia de los toros en Madrid es casi casi la historia de los toros en España y ofrece la curiosidad de que su ciclo documental superior hoy en día a tres siglos—determina un proceso que discurre sin desviación sensible, de poniente a levante: arranca, en cada paso, desde las bardas de la villa y va explorando la carretera de Alcalá; la calle grande de la capital, el moratiniano "andén de olivo jebuseo" por donde vienen de la fiesta las damas, "claro sol de oriente". Desde el amplio toril rectangular de la Plaza Mayor del antiguo Madrid, el toro de la fiesta en gestación desciende a la garganta del arroyo del Prado y lo salta para lidiarse en ruedo en los tres tercios que le marcan, primero el altozano del Retiro, después los altos ya más altos de la Fuente del Berro, y ahora la vaguada sin aliciente de las Ventas: tres saltos de la anilla tintinera en el juego, tres rebotes de ese tendido alegre y circular como un multicolor pelotón infantil en el parque, tres tiempos de laja tirada muy panda a la nata del agua—por mano de la Alegría sobre la mar del Tiempo—.

Y todo en los cuatro kilómetros o poco más, mediantes hasta la arruga del Abonigal desde el viejo Arrabal de Madrid en pleno siglo XV, que el rey Juan II nos quiso trocar, extramuros de la puerta de Guadalajara, en una plaza nueva, una

PLAZA MAYOR

¿Se corrían ya toros, según dicen, en otras plazas de la villa? Se corrían ya toros en todas las plazas de todas las villas. Y en todo el XVI. Ya a fines de éste, treinta años duró aquella pugna de Felipe II—escasamente aficionado, sin embargo—y las bulas del Papa: Pío V (1567) prohibiendo la fiesta y S. M. publicándolo prudentemente sólo en Évora; Gregorio XIII, luego; Sixto V, intermedio; Clemente VIII (1596), al fin, autorizándolo—y extendiendo permiso de asistencia al clero de Ronda—, mas no sin condenar, por otra parte, ingenuidades populares en tradición del toro de San Marcos. Pero dejemos todo eso...

En XVII es el que marca el auge de los toros, y hay que ceñirse desde aquí a un mero índice. Con Felipe III, aficionado, Madrid crece (portillo de Alcalá, de dos torretas, a media cuesta más allá del Prado.) La Plaza Mayor es chica para justos y fiestas de toros. A éstas, todavía jinetas en sí, ya se le apuntan otras suertes: los saltos de testuz, el moncorneo de alguna región española, el enmaromado y ensillado que nos exportan las Indias. (Ya hay público... y primera concesión empresarial: por "tres vidas", Valencia, al precursor Maschino). Se impone y se realiza, previa corrida de unas reses "para probar el ancho y largo", una auténtica Plaza Mayor que dirige Juan Gómez de Mora: 900.000 ducados cuesta, 50.000 espectadores le caben, y se inicia en el año de 1617. (Mientras, corridas en la Puerta del Sol y patio del Alcázar; dicen también que en las Descalzas). Inauguración. Y tasa de balcones—precios—: "desazones en los tablados".

Las fiestas de la villa han sido año tras año, San Isidro, San Juan y Santa Ana. Felipe IV, muy aficionado, les añade entre oposiciones incipientes del clero, el calendario—irregular, pero fastuoso—de las fiestas reales. Apogeo: pintoresquismo de Villamediana y balcones de Marizápalos; comentario de poetas y presistas que ya esbozan la fiesta a grandes rasgos: Advertencias, Cartillas, Reglas y Artes, Jinetas para torear; minucioso establecimiento de "Plantas" o distribución de puestos oficiales; pleitos y pleitos sobre derecho a balcón; en lidia, rigorismo del empuje de u gale. Y en una de esas fiestas—la de Gales—, el Corregidor Castro Castilla que im-

planta una novedad: las mulillas, con "grandes montones de penachos y pretales con mucha cascabela". Primer incendio: ala del sur. (Y construcción de plaza real en el Retiro—donde, ¿actuó Felipe?—; incidente Olivares-Revilla, a través del Alguacil Quirós; y despeno de reses al estanque y toros acuáticos—con antecedentes en otras regiones de España—, cuya punta sobra se lidia después en la famosa "Tela de justar").

A mediados de siglo, Gregorio Gallo aporta aún otro detalle: la espinillera o gregoriana—por él, caballero regio—, origen de "la mona" de picar. Con todo lo ya dicho y escritos y estampas del tiempo, se pueden reconstruir la plaza, el toril, los tablados: el orden del espectáculo en el que hay desfile previo de carrozas, despejo (por fuerza armada), riego (de treinta y ocho cubas con ramaje), entrada de los caballeros, llave corrida y alguaciles en plaza; las suertes de jineta, punto a punto; y las de a pie, de entonces, que aparte las mentadas del reinado anterior y acaso procedentes de ese mismo tiempo, se describen ya aquí con sus nombres de dominguillos, empozados, arponcillos, perros, desjarrete. Esbozos de lidia, solamente, estos últimos; sin rigurosa pauta, anárquicos. Que—en el parvo Madrid del plano de Texeira, en donde no se apuntan, pero donde han de estar las "plazas" de Lavapiés y la Priora—la fiesta es todavía montada y bien montada, con su "coleta de meriendas".

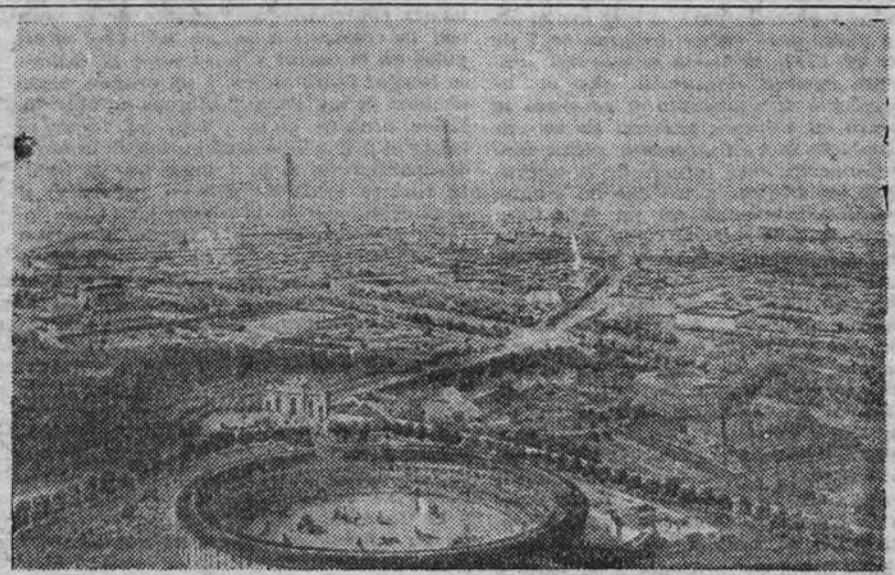
A poco de venir Carlos II y con an-

co y galante de las lides montadas, y merma en el rango de los caballeros que aún siguen en plaza, acentúan a todo lo largo del reinado de Felipe V la emancipación y la creciente iniciativa de los auxiliares de a pie en las fiestas municipales, con paralela aceptación por parte del gentío. Los festejos reales se dan de lustro en lustro, o más. De Novelli a Melcón, la cabalgada viene tan a menos que acaban por Hortaleza y por los pueblos, caballeros a medias y a soldada. La Plaza Mayor de las Fiestas es plaza menor de mercado diario. Se cambian los lugares y forma de los cosos. Su gala Majestad prohíbe los empeños de a pie a los jinetes. Más: suprime la fiesta. Ni está en el barrio ya, porque el Alcázar arde un día y la Corte se marcha al Retiro.

Pero el Erario ladra ahora (1743) y allí—junto al Retiro—, el Rey ordena levantarle a Madrid su

PRIMERA PLAZA DE TOROS

de verdad. ¡Redonda! De madera. Y con pleitos. ¡Menuda la han armado de latinaos macarrónicos y de jurisprudencia en citas curiales, sobre jurisdicción, la Sala de los Alcaldes y la de Regidores de Madrid! Al fin, inauguración. Y seguidillos de Benegasi. Y banderillas de fuego, vara de detener y espadas y estochos. Que continúan y prosperan hasta que el buen Fernando VI, de su propio peculio, principia a reedificar ya en firme la plaza para el Hospital: la dirige Fernando Moradillo y el ilustrado Ventura Rodríguez, vale por cima de 85.000



La primera plaza de Toros de Madrid (1754-1874), después de la primitiva de madera que hubo en el mismo solar (1743-1749)

escudos de oro, alberga 12.000 espectadores y tarda en construirse desde el 49 hasta el 54. Es filo del medio siglo. Cuando García Baragaña, ya (1750), dice en las primeras reglas para torear a pie—de su "Noche fantástica o ideático divertimento..."—que "Hecho el despojo de plaza deben salir los toreros vestidos de ante fino..." La fiesta ha descabalgado, definitivamente. (Debe ser al socaire de otras plazas menores—Moncloa, Luzón, Antón Martín, Medinaceli, Atocha—, que escoltan con su conselación la ya iniciada órbita del caminito de Alcalá).

Carlos III, a vueltas de algún festejo real en la Plaza Mayor o cuadrada, está en el Madrid "villanesco". En los toros se filtran mojigangas—de viejos antecedentes nacionales—, se produce el desuso de las corridas mixtas, las cuadrillas de chulos comienzan a contratarse así, las banderillas son a pares, y ha aparecido la muleta. Pero es una zona obscura todavía—la de Juanjón y los Potra, los Fraile, y los Palomo, Leoncillo y José Cándido—a pesar del censo o relación que forma Medinaceli y de que Enseñada constituye la profesión en gremio. Porque el cartel alumbrador al que antes abrió paso la murga y el cohete—y del que ahora va a arrancar la antigüedad de las ganaderías—, no se encuentra en Madrid hasta el 1765.

Diez o doce años más. Madrid contemporáneo de la Puerta de Alcalá que ahora se acerca hacia la Plaza y le tira a su bita un cabo polvoriento de arbolado; de la Cibeles cuyo carró, en el hoyo del Prado, no acaba de tomar la riada del público a los toros, por seguir contemplando de frente a Neptuna. Madrid

de tonadilleros y corrales, Corregidor Armona y fonda de San Sebastián; de muchas Ordenanzas, muchas de ellas de toros—con pregonero previo en plaza y verdugo en el espectáculo para azotar al que alborote—, como aquella del ala de sombrero en el sol, reciente lo de Esquilache; de iniciación al cabo de ellos, de una nueva campaña antitaurina (que por lo visto es mal de fin de siglo, siempre), y tropiezos con diestros que rehuyen a Madrid; de carteles heteróclitos aún, con algún rezagado caballero particular, picador a hombros, suertes de indio y perros en competencia. Varilargueros libres, todavía. Discusión incipiente de escuelas: Costillares e Illo, y los Romero. Cuatrocientas cuarenta corridas y 4.500 toros desollados se deja tras de sí—de discreto, que no de aficionado—el Rey Alcalde, que a última hora claudica con una suspensión parcial: las no benéficas.

Aficionado, Carlos IV, cuyo Consejo y Cámara de Alcaldes siguen nariceando en toros. En sus fiestas de jura—Plaza Mayor, que luego ha de sufrir tercer incendio—Costillares e Illo (nos cuenta Romero) le han puesto peros a los toros de Castilla: ¿primeras pegos de los diestros mandones? No lo dice la crítica taurina, que empieza por entonces: contemporánea del dibujo de toros de Goya y Carnicero, de Nosseret y de la Cruz que nos presentan banderillas en cesta y nos muestran picadores en toda la lidia. Fin de siglo: concesión a la Plaza para novilladas (1794); la Tauromaquia de Delgado, pero también el "Pan y toros" de don Gaspar Melchor (1796) como cimera de la campaña anti: retirada de Pedro Romero en el 99, fallecimiento de Costillares al cerrar el XVIII.

En el año inicial del XIX, muertes de Illo y del Alcalde de Torrejón en cuya instantánea goyesca—como en el salto de Apiniani—se aprecia aún en su detalle el maderamen del tendido de plaza. Con esas desgracias y las nuevas tragedias de Peruch y de Antonio Romero en provincias, poco tiempo después, los toros sufren técnica y socialmente un quebranto que aprovecha la intriga de Godoy—escudado en Campomanes y Montarco—para ganarle el tanto a Alba y convertir en absoluta prohibición las tasas anteriores Pragmáticas. Del 805 al 808 ya no hay toros. ¡Independencia! "Suprimid con la imaginación el barrio de Salamanca... figuráos aquella... desnuda planicie poblada... por tropas francesas... con dos frentes que operan contra el Retiro y la Plaza de toros..."; Napoleón en Chamartín. Boquetes en la Puerta de Alcalá y en la plaza, sin duda, junto al Parque y Palacio que luego verá "...sus regias habitaciones demolidas o trocadas en baterías, cuarteles y establos, sus jardines en terraplenes... regados con la sangre de los mártires". El rey José, no obstante, dará corridas "gratias a su pueblo" (1811); la afición madrileña no acude y se hacen levas de público por los alrededores...

1815: renacimiento de la fiesta, defensa de Capmany, aumentos de recaudación. 16, subida de precios. Curro Guillén se borda el traje de sedas de colores; el Sombrerero, J. Romero, Juan León, el Morenillo... 21, en período de crisis artística, las corridas se quedan en medias corridas, de tarde: varilargueros en cuadrilla, por ahora, que el oficio va a menos en la lidia, cuyas normas se encauzan poco a poco. 23, Angulema, ¡carteles en francés!; y globos aerostáticos y el soneto que empieza

"El circo hispano que cubierto un día se miró de cadáveres helados..." (?)

Política y toros: absolutistas, de blanco, y liberales, de negro; incluso los caballos juegan el color. 28, tragedia de Parra. Y de Madrid para Sevilla, Escuela de Tauromaquia (y cierre, luego, con más campaña anti). Pero... ¡Francisco Montes!—cumbre—; que viene de allá y trae que se trae la montera andaluza y el traje de luces. Merimée, por aquí. Reformas en la plaza: edificios adyuntos, tendidos de piedra, aunque no lo detalle el circunspecto Mesonero.

Muerto Fernando, novedades: supresión del pregón, esto sí. Lidia en regla, cristalizada ya por el mismísimo autor de las reglas de lidia: la Tauromaquia de Paquiro; ¡es este, acaso, el libro único de toros que, después del suicidio, se encuentra en el anaqueo de "Figaro"! Tres lustros más, de Chidlanero y Cár-

"Supongo que ya estoy en talanquera y que en el sitio de los doctores dejo, porque me duele el sol toda el pellejo y me hace chicharroz la sobra..."

relegación de aquel sustrato entre horca-

res. Y muerte de "Rigores" (1843). Sociedades taurinas y placitas—por cima de la plaza y caminito de Alcalá—. *Reglamento embrionario*, cuadros de Elbo, apuntes de Alenza, pinturas de Lucas. Y Adams y Lake Price, de avanzadillas de Gustavo Doré.

Y estampa Isabelina—que la Señora inicia con su boda, celebrando los toros en última fiesta real de la historia de la Plaza Mayor—. A caballo en el centro del siglo, gravísimo incidente del usia conde de Vistahermosa con el empresario Palacios. Un poco más tarde, Justo Hernández remoja el billete y los carteles; se implanta la música, el público bautiza al monosabio, y se aquilatan cosas en el tendido 5; en el ruedo el Gordito, el madrileño Sanz y el señor Desperdicios. Han muerto el Cano y Barragán. Desaparece el brindis real rodilla en tierra, lo mismo que se suprime el saludo de despedida del piquero dejando caer la garrocha, e igual que se cede a los golillas el despejo que antes hacía la fuerza militar. Prolífica prensa taurina. Caballero, gran lápiz, recoge en dos años tres cientos de apuntes en plaza. Ferrant, Reyes, le sigue. "Jocinero" ha matado a Pepete y se convierte en mito más o menos lírico:

"Pantoja, ten valor, salta la valla. Luce, luce en tarjeta y en membrete, que cabe al toro que enganchó a Pepete, has de vivir en tiendas de quincalla!"

Lagartijo está ahí ya, como quien dice. Frascuelo se ha apuntado con embolados de "Antoñeja"—que estamos en los tiempos de Lunardi y de Arban con sus globos, de Pucheta y de Cichares políticos, de los pegadores lusingos de Alegría en las nocturnas (tampoco nuevas) de los Campos Eliseos que fueron Jardinito y Lid Taurómaca, y hasta del perro Paco—. Y Salamanca, en fin, el millonario, contra marea y Municipio empieza a urbanizar su barrio; junto a la plaza—ay—y frente al parque que le cede a Madrid, Isabel.

Cuando Isabel se va, cuando termina el Tato, cuando Amicis y tantos difunden los toros por el mundo, la antiquísima plaza está acabando. Le quedan contados los días—garrocha de limoncillo, por entonces; Casiano, de empresario—, cuando la Historia le hace honores de página político castrense (abril del 73). A la salida de Amadeo, Serrano y Letona acantonan sus fuerzas en la plaza, llegan a ella y las arengan; pero Socias los envuelve, los cerca y los rinde.

A menos de un año, Pavía. Y el 17 de agosto, conclusión: un festejo sin vuelo. la plaza donde fraguó el toro sobre los dos sillares en tratado de Pepe Illo y de Paquirri! Cuarenta mil toros a espada. para ocho cogidas mortales. De la jine-ta moribunda, a la pareja Lagartijo-Frascuelo. Que es el eslabón con la

SEGUNDA PLAZA

la del imponderable "no ay sol oi" que perpetró Casiano en su apertura. La que ha conocido Madrid casi del todo y se ha quedado ya en el fondo de las máquinas fotográficas. Edificada en dos años, con 13.000 localidades, por Don Lorenzo Alvarez Capra y Don Emilio Rodríguez Ayuso. Es—y será—"la catedral".

Una plaza que dejan deslindada, en seguida en cuanto a competencias administrativas, por disposiciones del 77. Que el 78 tiene fiestas reales de bodas. Donde el año siguiente, Casiano, el inefable, vuelve a hacer de las suyas

"...gastando medio duro en perros chicos para rayar de nuevo los asientos y que en lugar de cuatro salgan cinco..."

al tiempo que el Guerra se apunta en los Campos Eliseos y Mazzantini luce ya, bien poco antes de que se inicien oficialmente diversas estadísticas encaminadas a una reglamentación decisiva de la Fiesta. Pontificado Neira...

En esa bella plaza se lidia "Jaquetón". Se implanta el sorteo de reses. Se numeran, a poco, las filas altas que eran las generales de tendido. Se celebra—y fracasa económicamente—con motivo del tercer centenario colombiano, una fiesta reconstructiva de los distintos ciclos del toro. Se plantea el sistema de las escrituras abiertas. Se manejan, en fin, los pañuelos rojo y blanco, sin que se mencione el verde. Se mantiene el buen tono del público. Se ennoblece la crítica. Se embellece la Prensa taurina. Y se dobla por último—al paio de otros anillos de suburbio—el cabo del siglo que nos engolfa en éste donde estamos. El Guerra, nuevas normas. El Espartero, en el recuerdo. Reverte, junto a los dos. Son los últimos diestros que andan en coplas.

De entonces acá, los cimientos de una unión ganadera. La pareja del Bomba y Maclaco. El Montepío de Toreros, con fiestas que principian a ser tradicionales, como la Prensa, la Cruz Roja, Beneficencia y otras. Los Anuarios. Los miras. Pastor y la oreja. Benlliure y Domingo. El traje descargado de José—la



Demolición de la segunda plaza de toros de Madrid (1874-1934).

pareja de Juan—. El Reglamento, ¡al fin!, el 17.

Y entonces, en el momento cumbre del toro, que sin duda ha marcado su ápice aquí, proyectos de nueva Plaza que va a venir ya pronto. Granero, en un instante.

A poco más de ahí, primeros sindicatos de subalternos y de espadas. Después, la gabardina, el peto, la caperuza que no cuaja; la coleta que pasa a la historia y se cae en un bache turbio del arte. Se amanaera el toro: Se malean los públicos. Se vicia ya la Prensa. Se mercantiliza el Arte. Se tuerce, en fin, la Fiesta. Gitanillo, una enorme agonía.

Y pleitos que se embrollan: de criadores, de diestros del país con mejicanos...

Sin advertirse apenas, en el tercer rebote de la fiesta de toros en Madrid, la

PLAZA NUEVA

está ahí abajo, a la mano y memoria de las últimas promociones de nuestra afición. Ha costado unos doce millones de pesetas, la firma Don José Espellus. Anduaga y Don Manuel Muñoz Monasterio, y permite el acceso de más de 22.000 espectadores.

1931: apertura repentinizada. Una corrida extraordinaria, cuando aquel sarrafin de las mises. Y mítines. Y ya en el 34, para otoño, inauguración oficial. 35, preñado de dificultades. (Prehistoria y despejo confusos).

36...: la horda que devasta.

MADRID DESDE EL PUNTO DE VISTA URBANISTICO

(Viene de la página 11.)

que se pueda asegurar que en Madrid no hay un infante sin escuela y sin maestros.

La Biblioteca, el Archivo de Villa, el Museo Municipal, la Hemeroteca y las instituciones culturales semejantes honran a Madrid.

La superficie verde cubre más del 33 por 100 de la superficie total de la Villa; pero está mal distribuida, y hay que plantar muchos, pero muchos millares de árboles y que establecer el sistema de parques y jardines.

La situación es menos favorable en otras categorías de servicios. En los de índole benéfica hay que aumentarlas y, sobre todo, que coordinar los esfuerzos del Estado, la Provincia y el Municipio.

Aunque incompleto, el panorama urbanístico que brindamos de Madrid es lo suficientemente expresivo para dar idea aproximada de su situación. No estamos urbanísticamente como quisiéramos; pero no hay motivo para que se vitupere a Madrid tan despiadadamente como lo hacen los que le niegan el agua y el fuego.

Pero el problema de Madrid no se reduce a su término municipal; afecta también a su zona de influencia, a los pueblos del aglomerado urbano.

Precisamente en los actuales momentos los técnicos municipales lo estudian. Abarca los pueblos siguientes: Chamartín, Villaverde, Canillejas, Canillas, los Carabanchales, Vallecas, El Pardo, Fuencarral, Vicálvaro, Hortaleza, Barajas, Coslada, San Fernando, Ribas, Getafe, Pozuelo y Aravaca. Y habrá que extender aún más sus límites una vez que las nuevas organizaciones comarcales estén en marcha. Así se desprende de los decretos dictados por el Sr. Serrano Súñer acerca del particular. Para acometer la formación del «Gran Madrid» y empezar a instalar las instituciones adecuadas habrá que invertir 1.240 millones de pesetas.

No debe arredrarnos la grandeza de la empresa. Otras semejantes se han hecho y se están ejecutando en otras ciudades extranjeras. Y a ellas deben haber escalado la cumbre del progreso y de fama. Para hacer el París moderno, Haussmann gastó 2.500 millones de francos oro. ¿Por qué lo que hicieron hombres de razas distintas no hemos de poder realizarlo los españoles?

Ahora bien; la empresa no es cuestión de dinero únicamente. Hacen falta leyes: la especial para el «Gran Madrid», la de servidumbres artísticas y las necesarias para implantar una política territorial municipal.

Y es asimismo necesario que los españoles se convengan de que la formación del «Gran Madrid» es una empresa nacional. Como lo son cuantas tocan a la capital del Estado. Madrid no es de los madrileños; lo han poblado e incrementado gentes de todas las regiones: en su vecindario somos mayoría los provincianos e

hijos de provincianos. El madrileño verdad, el de cuatro abuelos madrileños, es casi una «entellequia». Y, además, Madrid sirve a España y depende directamente del Estado, ya que como cabecera le incumbe cumplir las funciones aglutinadoras inherentes a la capitalidad.

No está de más que se rechace la temeraria afirmación de Vallaux, que coloca a Madrid entre las capitales «artificiales»; lo fué en siglos anteriores, al mudarse aquí

¡Y la victoria, al fin! Al ruedo de Madrid que a esa hora aparece trocado en medio estercolero y medio huerta, se le abre su historia en realidad en mayo del 39. No es tiempo de esbozarla todavía. Pero sí es tiempo ya de apiñar estos

RECUERDOS TAURINOS MADRILEÑOS

entre los que acabamos de correr.

Dejemos la Plaza Mayor: cuadrada y cabalgada, es plaza de torneo y cabaleros. Pertenece a la villa y corte viejas. Y está sobre el poniente, más allá del arroyo del Prado y de los dos últimos siglos.

Las Plazas redondas, de toros, son tres: la de la Puerta del Retiro, la del alcor del Berro, la del halda—quizás esclavina espaldera—del moderno Madrid. Todas tres le han trazado un pespunte a la realenga de Alcalá—independientemente de teorías de ruedos satélites—como una sutura de herida. Y yo no sé por qué su posición, su historia, me sugieren un tema de siempre: el de las tres edades, o tres tiempos—puesto que hablamos de toros—de tomar, de llevar y dejar. La de la Puerta del Retiro—primitiva y goyesca y luego isabelina—está rampante y joven en su ímpetu; la del alcor del Berro—alfonsina de pies a cabeza—se ha quedado presente en su altura crucial; la del halda espaldera del nuevo Madrid—nacida en tiempos turbios—decae por rampas de olvido hacia horizontes tristes de miseria y de muerte. Esta última plaza, a trasmano de su derrumbadero de matutes, parece así como escamoteada a la atención del vecindario madrileño. ¡Habrá que sacarla, sacarlos, sacarnos de allí!

Breve elenco de la antigua imprenta madrileña

(Viene de la página 8)

ta probidad por su parte, una obra deficiente.

EL AUGE DE LA IMPRENTA: EL XVIII

Con Joaquín Ibarra (1725-1785) llegamos al apogeo de la imprenta madrileña. Ibarra acertó a realizar composiciones que no se han superado en España. La satirización del papel, las combinaciones de las tintas para dar mayor riqueza a las tonalidades y otras innovaciones y perfeccionamientos en la técnica de la impresión y en los útiles de imprimir, a él se deben. Fué impresor de cámara de Carlos III, tipógrafo impresor de la Real Academia, del Supremo Consejo de Indias y del Arzobispo Primado. Las ediciones de la «Biblia» del «Breviario Mazarabe», del Salustio, del «Quixote», de la «Historia de España» por el P. Mariana, del «Diccionario de la Real Academia», etc., han sido comparadas con las más perfectas obras de Bodoni, Didot, Barquerville, etc., y otros famosísimos artífices. Allí califica la imprenta de Ibarra de «la più insignie stamperia d'Europa». Sucede a Ibarra en importancia los dos Sancha, Antonio y Gabriel Sancha, padre e hijo. Las ediciones de Sancha—«Descripciones y láminas de los nuevos géneros de plantas de la flora del Perú y Chile» (1794)—no

ceden en primor a las mejores impresiones de Ibarra. El ombre de Sancha, ostentado por los herederos, va asociado a la romántica publicación «El Artista» (1835), de Eugenio de Ulloa y Federico de Madrazo, de tan grata memoria.

Escrupulosos y elegantes impresores fueron Juan Sanz y sus sobrinos Antonio y Vicente, que hicieron la «Guía del Forastero», hasta que en 1769 adquirió el Estado el privilegio de dicha publicación. A Pradell, nacido en Ripoll y establecido en Madrid, se atribuye el origen de la fundición tipográfica.

Imposible dar un cuadro aproximado, dentro de estos reducidísimos límites, de tantos y tan ilustres artífices como, a partir de estos egregios nombres, han cultivado la imprenta madrileña. Un vistazo a la Prensa desde la primera «Gaceta de Madrid» (1661) y las obras de la Imprenta Nacional, los «Diarios de Avisos», etc., a nuestros días, nos hacen renunciar a la reseña de tan vasto cúmulo de importantes realizaciones.

Remitimos a los lectores interesados en la historia de la imprenta madrileña a los trabajos de D. Cristóbal Pérez Pastor, don Cristóbal Espejo, D. Antonio Esteban del Olmo, D. Ricardo Fuente y singularmente a la «Historia de la Imprenta en Madrid», de D. José del Campo, cuyo resumen es de utilísima lectura.

M.

Almacén al por mayor y menor de frutos secos VIUDA DE ALFARO

TOLEDO, 65, y MALDONADAS, 8.—TELEFONO 72421
TOLEDO, 62, y SIERPE, 2.—TELEFONO 73350

PLAZA DE CASORRO, 17, y RUDA, 2
TELEFONO 70303 — MADRID

Seis edificios religiosos desaparecidos



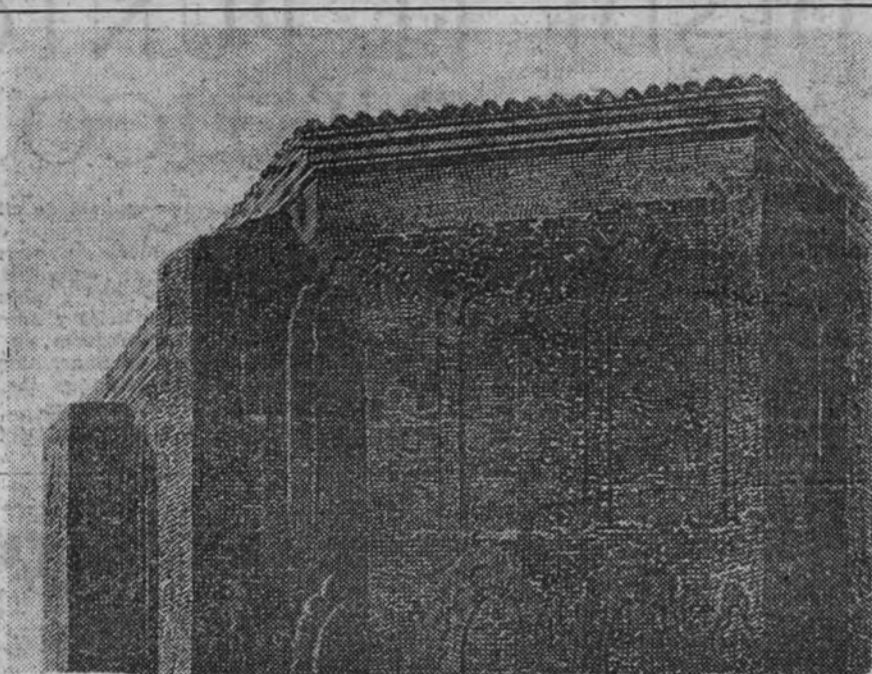
NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD O DE LA VICTORIA

He ahí el templo cuya grácil torre, pareja a la del Hospital del Buen Suceso, compone la vieja estampa de la Puerta del Sol, de tan venturosos recuerdos. En él se dió culto a la imagen de Gaspar Becerra, que representa a Nuestra Señora de la Soledad. Fundóse en 1561, y fué demolido, con su convento, a raíz de la supresión de las Ordenes religiosas.



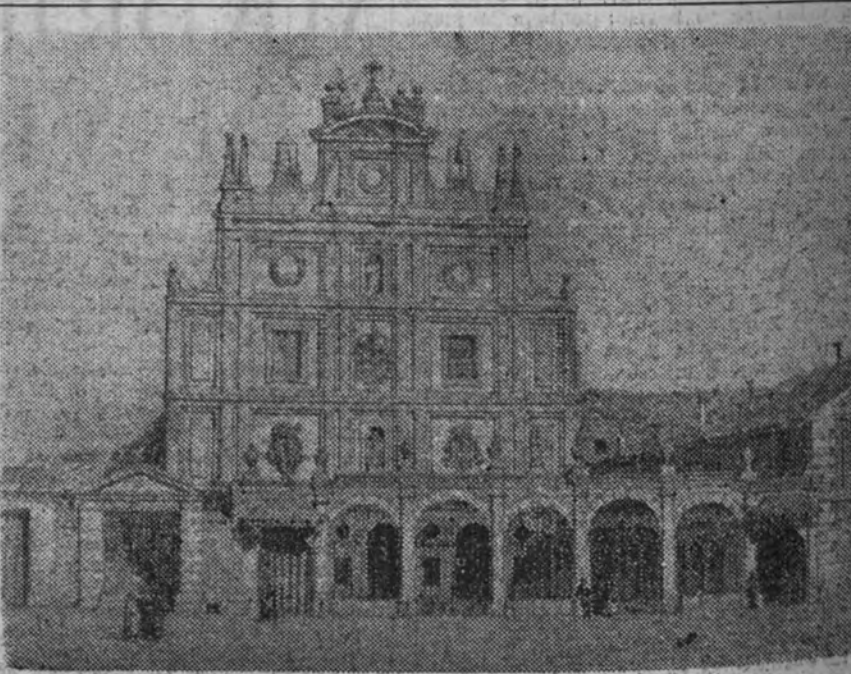
IGLESIA - CONVENTO DE LA MERCED

En el terreno que hoy ocupa la plaza de Tirso de Molina (antes del Progreso) se hallaba esta iglesia y convento de la Merced Calzada. Fué religioso de esta casa fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina). En el crucero de esta iglesia hubo un suntuoso sepulcro, de gusto clásico, que guardaba los restos mortales del marqués del Valle, nieto de Hernán Cortés. La capilla de Nuestra Señora de los Remedios con sus pinturas al fresco eran dignas de admirarse en este templo.



NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA

En el lugar de esta iglesia y convento—prado de atochar—se dio culto a la Virgen de Madrid, de apostólica tradición. Es fama que el pueblo la ocultó ante la maleza del prado para huirarla al furor sacrilego de los sarracenos invasores, y que Gracián Ramírez la descubrió en la hora de su fabulosa reconquista de la ciudad. Ahí se alzó, a instancias de Carlos V, el convento de Religiosos del Orden de Santo Domingo, y en el punto en que estuvo la ermita, el rey Felipe II mandó edificar la capilla, cuyos muros han ostentado los trofeos de las guerras de Flandes, y más tarde las banderas de la Independencia.



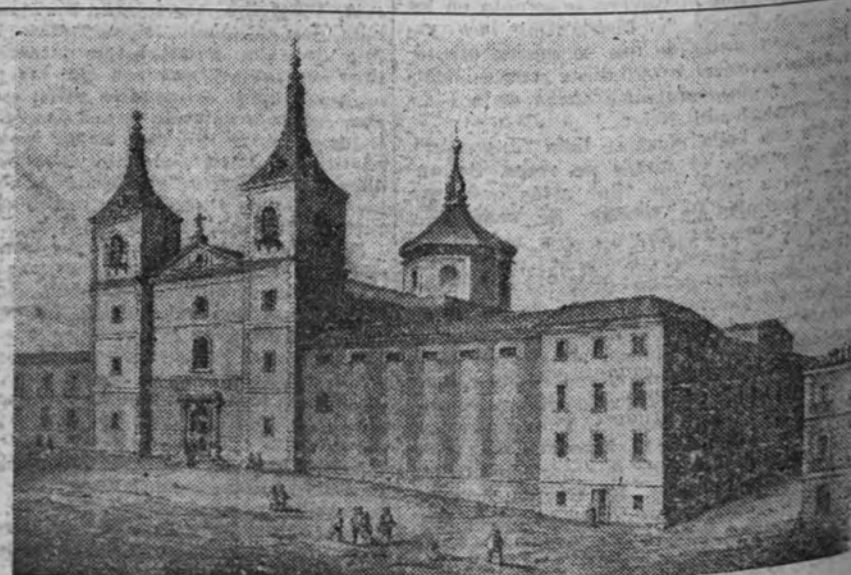
SANTO DOMINGO EL REAL

Era fundación de Santo Domingo de Guzmán. Fernando III el Santo hizo donación a las monjas de este convento de una huerta que llegaba a las inmediaciones del Alcázar y que se llamó más tarde de la Priora. Guardaba los restos de don Pedro de Castilla, de su hijo don Juan y de su nieta doña Constanza. Tuvo elegante coro de Juan de Herrera. Y conservaba la pila en que fué bautizado Santo Domingo. Escapó a las exacciones de los comuneros, pero no a la piqueta de los demolidores de 1870. He ahí un dibujo del ábside de estilo mudéjar.



SAN FELIPE EL REAL

En el atrio o lonja de este convento, sito en la calle Mayor, al lado de la Puerta del Sol, se erigieron las famosas gradas, mentidero de Madrid durante el siglo XVII. Luego fué palacio de los condes de Oñate. (Su puerta barroca se ha reconstruido en la Casa de Velázquez.) Delante del palacio de Oñate exponían al público sus obras los pintores madrileños, contemporáneos de Velázquez.



IGLESIA Y CONVENTO DEL ESPÍRITU SANTO

Fueron demolidos en 1842 para dar lugar al Congreso de los Diputados. A consecuencia de un violento incendio ocurrido en 1823, mientras se decía una misa ante el duque de Angulema, el edificio quedó medio derruido, y los religiosos PP. del Espíritu Santo hubieron de abandonarla para trasladarse al de Porta Coeli.

LOS PARQUES

Por TRISTAN YUSTE



En los pueblos, la calle es de todos, y si hay una panda de chavales gallitos que intenta cobrar el barato en el juego o estorbar a los que manejan las bolas o la trompa, las piedras, brincando, claman justicia. En Madrid, capital de España, es distinto.

La calle, o es de las verduleras, o de los coches, o de los niños, porteros y similares. Los otros chiquillos pierden pálidamente sus días jugando en los patios de sus casas o saliendo en familia—perfecta patulea de mamá, hermanita mayor, hermanita menor, Periquito y Luisito—en busca de la resina del monte higiénico de la Dehesa de la Villa. La reclusión, el aislamiento de estos niños no tarda en ganarse el odio de los otros, de los de afuera, de los callejeros. Llegado a este punto, ¡que no se le ocurra a uno de estos chicos enclaustrados asomarse siquiera al tranco de la puerta de su casa, pues se le echarán encima, encoñadas de rabia, las fieras pueriles del barrio; fieras pindongas, que, tal vez, le obliguen a comprar, en una cacharrería, de prisa y corriendo, una escoba con la que barrer las liendres de los que le hacen imposible la vida en su calle!

Con todo esto, al chico no le queda otro remedio que crecer cosido a las sayas maternas, viendo nada más que la grisácea o rojiza pared de la casa de enfrente, el pupitre escolar—los días laborables—y antes, los domingos, la barcaza grande del Retiro que, por un "real", ayudaba a vomitar el matutino café con leche.

Los años le hacen trepar a la presumida edad del pavo. El niño ya es todo un señor estudiante que suena matalaiva y que tiene su cuenta corriente con el trapalón barquillero del Instituto. Entonces, el niño, pensando en otras disciplinas, se desliga del escuadrón familiar y acierta, con varios amigos, a pasearse por Madrid no por sus calles y plazas, que todavía es muy niño para entender las usuales estampas callejeras: las chicas guapas, el andar por charlar, los perversos. Todavía no le llaman la atención ni las vistas del "Zara", ni Recoletos, ni la Gran Vía. Sólo le deslumbran los lugares de acción o de fantasía, los lugares donde pueda extasiar sus miembros encanijados; lugares que son los parques y la Ciudad Universitaria, con sus campos de deportes, sus carriles y sus máquinas devoradoras de montes y declives.

II

¡Ah! El Retiro, de transatlánticas avenidas del Perú o de Chile, con sus vendedores de molinitos de viento, de carracas y de matalaivas; con sus multicolores banderitas de ilusorios países, con su bullanga, y su polvo, y su sol; con su gran entrada de la República Argentina, que se desvaga en la umbría de senderos ceñidos de ramas, perlados de agua y encharcados y perdidos de barro. Por estas veredas reblandecidas, de virtuoso silencio, los andares se prolongan siempre más allá, más allá..., hasta que se desganen para detenerse ante la vaga visión de un misterioso palacete, artificial y roqueto, vestido de yedras y telas de araña, oliendo a eucaliptos que embalsaman su eterna ruina, nido de pájaros, de gorriones pipantes y de lagartijas, que se burlan de los ascos de las urbanas machedumbres.

Bajo la sombra del pelaje arbóreo del Retiro—plátanos, acacias, eucaliptos, castaños, abetos, pinos, arces—va la gente en busca de un asiento donde descansar sus domingos. Buscándolo, la gente pierde el sentimiento de la Naturaleza, traducido en la contemplación de ésta, en su gozo sensual, y lo pierde en el ansia desenfrenado de hallar un banco vacío. Encontrado el poyete, pero ardiente de sol o mojado de agua, este ansia le expone en sumo grado, y la blandura campestre del Retiro, de problemática en los domingos, se torna en tormento de pies llagados. La gente ya no ve cómo aparece diferente el Retiro a cada paso, tras cortinas de árboles un tanto teatrales.

¡Qué distruidas y evocadoras son las diversas decoraciones del Retiro! Al ver realidades con múltiples disparates. La angosta avenida de los reyes de piedra con los relatos de las "Mil y una noches" con las duras aventuras en tierras de moros de los monarcas cristianos. El paseo de lirios y flores del pato, próximo a las tajadas de la colonia del Pilar, casi siempre poco frecuentado, nos parece un jardín casero, pequeño, cuidado con minuciosidad. Las impresiones del paseo de coches desaparecen en un terrible maremagnum de ruidos. Rodando por su asfalto, aparecen pocos coches y muchas bici-



Rincón del Parque del Oeste.

cletas—bastantes de chicas, que enseñan sus muslos, redondos y tensos, embutidos en faldas rajadas en calzón—, y, desorientados, en medio de estas púetas modernas, algún cochecito de junco que revive el recuerdo de añejas carreras hípicas. A los lados, en uno, un paisaje centroeuropeo, de abetos pinchando el aire,



La Casa de Velázquez.

y detrás, el Zoológico, ululante y salvaje, más salvaje que nunca ahora que no viven aquellas simpáticas gallinas en sus casitas de rojo y azul. Al otro lado, un cuadro artificial de bancos de azulejos, bajo cenadores de rosas y madreselvas. Más allá, una plazuela alfombrada de guijarros que pintan en el suelo geométricas figuras, no sé si pretendiendo ser pompelinas o simplemente clavadas allí para realzar las caritas esculturales de mármol que, adornando la plazuela, intentan ser clásicas para escandalizar a buenas madres de chicas pollitas. ¿Y la visión desencantada del Palacio de Cristal, que desciende de escalón en escalón a un lago sin cisnes y sin poesía de matas acuáticas? ¿Y este paisaje que estoy vislumbrando y que, con una pizca de imaginación, lo tacho de japonés por ese su kiosco ficticio, besado por sauces y plantado en una trémula y verdeante ladera, agrietada al desplomarse sobre la frescura de un cauce de riego?

No. Por ninguna parte se encuentra un banco vacío. Todos están ocupados por novios, solitarios y lectores. Cansado de una vegetación que me aburre y de dar inútiles vueltas y revueltas, decido sentarme en las sillas del kiosco que despacha refrescos en la orilla fronteriza del embarcadero del estanque. Separadas por una fuente hay dos clases de sillas: unas, de chatarra roñosa; otras, de madera pintada de escarlata. Este lugar es sitio común de novios mimosos de disimuladas caricias, y, también, de novias que no saben qué hacer si se las mira a los ojos. No sé por qué asocio este divertidero a las películas yunquis que gustan de cabarets, bailes y claros de luna gozados en barquichuelas que bogan a ras de tupidas riveras pobladas de cafés veraniegos en las que parejas principian a arrullarse mientras chapuran sus pajas de horchata. Aquí, en este trozo de las orillas del estanque, la música no nos deja, encaprichada como está en entenebrecidos con piezas conocidísimas, siempre anónimas para mí. De pronto, una voz ridícula, de grotesca entonación, desmaravilla las cabriolas de una barca por desencallarse, gritando que a Mariana la esperan en el desatracadero. Las diez. Las parejas se han ido escurriendo y sólo queda la de la novia que no sabe qué hacer...

III

El Parque de la Corona y el Palacete de la Moncloa ya no existen. La guerra plantó en ellos sus bombas y sus trincheras. Yo quisiera decir algo esplendoroso de ellos; pero, siendo mudos y sombríos, ¿qué he de decir? Eran dos viejos jardines románticos y pequeños, olvidados por el vulgo y sólo conocidos por viejos con barbas de chivo y bombín, por viejos moribundos y por niños que no sabían de ellos nada más que la noticia que da el atravesarlos diariamente camino de una gran balsa, situada cerca de allí, a los pies de la carretera de La Coruña. El Palacete de la Moncloa, más cuidado y más magnífico, casi siempre se le veía cerrado de puertas. A su lado, el Parque de la Corona era un jardín estrecho y largo, de suelo mullido por hojas caídas de árboles frondosos y altísimos, de tronco robusto y amplio perimetro, que vencían su imagen, sobre fontanas en las que un fluir de aguas cristalinas se confundían con otras reposadas, viscosas, hechas a ser elemento de ranas y de nenúfares escondidos tras espesas costras de verdin burbujeante. Un fuerte olor a humedad, a hierbas ásperas y picantes, a geranios, a tierra forzada por aguas potentes y ricas, embriagaba la atmósfera del Parque y subía hasta el pie de filgueros que descendían de sus nidos coperos a mirarse al espejo de las aguas de riego y hacer rosarios con sus gotas.

IV

Siempre caminaba a estos recoletos jardines, a campo traviesa, bajando desde las colinas de monte bajo que dominan el Estadio Metropolitano, por la Ciudad Universitaria, saltando barranquillos cubiertos de chopos y de jaras altas, enteradas de ciertos deslices, atravesando planadas aún llenas de cantos de grillos y de pinchos violetas, o ya quemadas para hacerlas fecundas. Corría por caminos entre rastrojos de cebada y centeno, siguiendo los vuelos trenzados de las golondrinas que besaban con sus espigas las espigas de los junco. Me entusiasmaba este campo afamado de árido; pero, sin embargo, fecundo, con la fecundidad del estéril, que se exprime y se queda exhausto por años, hasta lograr el retoñar de una floración agria, disforme e inútil, de tonos ocultos y bravos, más agresiva aún al crecer entre escombreras y desmontes de lutas y podredumbres.

PREHISTORIA MADRILEÑA

(Viene de la página 4.)

en España, señor Antón; pero el hombre que los fabricara, cuasi terciario, ha quedado en la aduana de la ciencia, tanto en las riberas de este subafluente del gran Tajo como en su desembocadura, donde le proclamaron paleontólogos portugueses hace medio siglo. Tampoco vivió nuestro paisano al propio tiempo que los citados protogermanos y protoanglosajones, aunque sí precedió a los primeros españoles hasta hoy encontrados, la mujer y el niño de Gibraltar y el hombre catalán de Bañolas, pues éstos se dan hoy como musterienses, es decir, del fin de la época cuaternaria inferior.

Nuestro ribereño, en todo caso, era evidentemente de la raza de Neanderthal y, por tanto, bajo de estatura, aunque fortísimo de tronco, corto de piernas y éstas en genuflexión, largo de brazos y grande de cabeza, que era aplastada de bóveda, saliente de colodrillo y hocicudo de cara, que, como su cuerpo, tendría un color moreno cetrino y, según algunos autores, conservado en España por la alimentación de semillas y frutos aceitosos, que entonces eran más corrientes que hoy.

Tal vez quedan sueltos restos atávicos en la para nosotros continuidad de su especie, significativamente en los hombres de saliente entrecejo, que unido a las cornisas que protegen los ojos forman aquel thorus que de sien a sien dan la separación de la cara y el cráneo como el hecho más significativo de la raza; atenuados y aislados se ven estos atavismos en bastantes españoles de las mesetas centrales, y aun la fotografía de algún gran boxeador puede dar idea esquemática de cómo fué nuestro primer madrileño.

LAS EDADES POSTERIORES

La continuidad de la vida humana en la cuenca del Manzanares ha dejado escasísimos restos de todo el cuaternario o pleistoceno superior, pues sólo algunos objetos de la época llamada anagnaciense, contruidos por el hombre dominante entonces que era el llamado Cro-Magnon, han sido encontrados en las capas superiores de las riberas del río y en algún sitio aislado de la comarca más extendida. En realidad, restos del hombre de esta raza hay que ir a buscarlos en Torrelaguna, donde hace treinta años, en cueva que fué destruida al explanar una carretera, se encontraron calaveras representativas de las segovianas de las clásicas cuevas de La Solana, como las más típicas de la raza en España; pero a ellas, que pueden estimarse del Cro-Magnon paneuropeo, se unen, a nuestro juicio, otras que representan a la estirpe euroafricana o libioibérica, de cráneo alto y estrecho, nariz ancha y de profunda raíz, que hoy pueden verse representadas

en los tipos levantinos que han perdurado esta protorraca en las neoformas de los hombres estimados como ibéricos.

Continúa la vida prehistórica, pero no de hombre fósil, sino de plena actualidad, en la época neolítica o de la piedra pulida, de las que se han encontrado sueltas y sin valor de yacimiento bellísimas hachas llamadas antes celtas, de rocas que extrapeninsulares prueban la existencia de cambios y comercio con regiones de Oriente. El hombre ya estante, plenamente ganadero y neófito en la agricultura, ha dejado fondos de cabaña con armas, adornos y cerámica en El Sotillo y otras limitadas estaciones, y muy posteriormente en pleno período llamado Eneolítico por los italianos y, mejor, del Cobre, como lo bautizaron Saavedra y Vilanova, presenta un yacimiento de gran valor en las riberas del Jarama, en Ciempozuelos, pues su arte, principalmente cerámica en catinos y el vaso campaniforme, le hacen connexional con otras localidades y períodos, desde que varios académicos de la Historia le dieron a conocer hace sesenta años, y sus restos permitieron al profesor Antón fijar una de las primeras intrusiones de cabezas redondas o tipos braquicéfalos, procedentes, según las teorías de entonces, del Norte de Europa. Esta variación de hombres y cultura está representada por el discutido yacimiento descubierto por el padre Fita en las Cuevas de Perales de Tajuña y algunos otros, como los de Tielmes, a que hay que acudir aumentando el área madrileña, que entonces más que ahora, por la movilidad de los hombres, no puede circunscribirse a un amojonamiento administrativo.

Pero ya entramos en la protohistoria, que no es de nuestro campo, en este SI como suplemento dedicado por ARRIBA a la historia de Madrid, y ya podríamos citarse nombres de pueblos etnogénicos y de tribus formadoras de la posterior población madrileña, que sin duda desde épocas no muy pretéritas, como foco demográfico de España, tiene un supremo valor en la homogeneización y unidad de su población, pues como demostramos con Arauzadi hace justamente medio siglo, la cránea madrileña estudiada en las magníficas colecciones formadas por los inolvidables doctores González de Velasco y Olóriz es la mezcla, fusión y síntesis de las calaveras españolas, alargando, elevando y estrechando las nortenas o braquicéfalas, y acortando, ensanchando y rebajando las dolicocefalas mediterráneas; fundamental hecho que después comprobó el doctor Olóriz en sus estudios sobre el vivo, y es sin disputa base o resultado, según se interprete, de la unificación material y espiritual de los hombres españoles.

L. DE HOYOS SAINZ

MADRID Y SUS MUSEOS

(Viene de la página 14.)

prosa de siempre: habló otra, y no mejor; perdió su natural sin ganar nada.

A Madrid le ha sucedido cosa análoga. Un día se dió cuenta nuestro pueblo de que podía elevarse a protagonista de un género; aunque era "género chico" se le subió a la cabeza y quiso ser chico en grande. Comenzó desde ese instante a recobrar su condición y hacerse el chulo, resultando con el tiempo que prevaleció lo chico, bastardeándose el género. De ahí que hasta la fonética del acento madrileño haya cambiado, y en su modo de hablar y en lo que habla predomine un desgarrado afectado, suficiente y jactancioso, que ha convertido en ordinario y rebuscado lo que fuera en otros tiempos naturalidad y finura... Aquel ligero pie de los "andares" se encuentra convertido en "mala pata": pata, y mala, además...; algo así como el tacón convertido en "zapato de coja".

La parodia de sí misma a que ha llegado la casta al querer endiosar el casticismo proviene de una inversión de procesos y valores naturales, según la cual no es la vida la que influye en el teatro, sino el teatro en la vida; y como el teatro es malo, el pueblo se achulangana al copiar a los chulánganos de escena.

Así se vuelven las tornas y se hace retorcido y recalcado lo que era sencillo y fino; la Cibeles, tan serena y tan sin darse importancia, canta ahora en los tablados zarzueleros con una voz de aguardiente y con unas inflexiones-contorsión de un subrayado tan burdo, que más que canción parecen—con perdón—arcadas de vomitona. A tales extremos llega la degradación del mal gusto por el empeño de llevar hasta el alarde la "marchosería" castiza, cuando lo típico y sabroso de la casta consiste en saber ser marchoso sin apoyar ni afectarlo, pareciendo que al pisar "se va de vuelo".

Parece mi mocita
cuando va a mirar
pájara de las nieves,
que anda y no pisa.

Cuando vayáis al Museo del Prado podréis ver por el camino—en el Prado y en sus fuentes, en la plaza de Neptuno y en la entrada del Botánico, lo mismo

que en la entrada del Museo, lo mismo que en la Cibeles y en la Puerta de Alcalá—un Madrid donde no hay chulería, pero sí madrileñismo. En él hay lo necesario para entrar, atemperados, en un Museo que es un centro de cultura, y en él entender la cruz de los dos rumbos cruzados: el de Velázquez de un lado y el de Goya por el otro; el de Zurbarán de un lado y el del Greco por el otro...

Cuando, después, vayáis al Madrid viejo para ver el Museo Romántico, podréis entender en él—aparte del gusto prócer del fundador del Museo—la actitud de ironía que a la afectación romántica extranjera supo oponer nuestro gusto cuando estaba acorde el gusto con el genio de Madrid en su verdadera esencia.

Y cuando vayáis más tarde al museo madrileño de la calle de Fuencarral, y os paréis frente a la puerta del Hospicio, veréis otra arquitectura, lo opuesto, justamente, al neoclásico. Es otro mundo; otro estilo... Pero no creáis por eso que ya en él degeneró el madrileñismo. Ahí ya la fantasía irrumpe, efectivamente, dicharachera, verbenera, popular; conceptista y jacarandosa; pero no pierde, sin embargo, el señorío y su distinción airoso... ¡El "aire" que conserva levedad y ligereza a casta...! Sin esta nueva tendencia, de garbo y quiebro y requiebro, no podréis saborear, ni dentro del Museo, sus estampas, ni fuera, los palacios madrileños o las iglesias con sus torres curvilíneas.

Pero siempre, en todo ello, conservando la cruz; las dos tendencias; la corrección y la gracia; el garbo y el señorío; las dos arterias distintas, pero unidas, que orientan, en cruz Madrid, de parte a parte. En cuanto se prescinda de la cruz, en cuanto el balancín pierda su ritmo y la vigilancia acabe, vendrá, no el churriguerismo, sino el achulangamiento.

Hay que ser Caballeros—señorío—y con donaire—de Gracia—. Del Museo del Prado al Hospicio, pasando por San Mateo...

MANUEL ABRIL

"LA FAMA"

Las mejores pipas y cacahuets Mesón de Paredes, 19 — Teléfono 72510

**GRANDES
ALMACENES
SALVADOR
DELTELL**

Casa "EL VALENCIANO"

Constructor y Proveedor de toda clase de EFECTOS MILITARES

Teléfono 71656
Ribera de Curtidores, 18
MADRID

**GRAN RESTAURANTE
VINOS y CERVEZAS
CASA BIBI**
Encomienda, 5 : Teléfono 73132
MADRID

Manufactura de bolsas de papel.—Papeles impresos para envolver
Marcelino Rincón
ENCOMIENDA, 24
TELEFONO 72707

SASTRERIA y CONFECCIONES
ROLDAN
— TOLEDO, 54 —

PEREZ Y BLANCO
FABRICA de CAMAS
DORADAS y de HIERRO
Aguila, 34 :: Madrid
Teléfono 74358

¿PARA VESTIR BIEN
Y ELEGANTE?
Sastrería CARMENA
Duque de Alba, núm. 4
NO DEJEN DE VISITAR ESTA CASA

Si quiere usted merendar bien, hágalo en la clásica
CHOCOLATERIA Y CHURRERIA
en PASADIZO SAN GINES, 5
(Junto al teatro Eslava). — MADRID

HORTELANO
FABRICA DE CAMAS METALICAS
DORADAS :: NIQUELADAS
PLATEADAS :: OROADAS
Carrera de San Francisco, n.º 4
Teléfono 77396 — MADRID

ALMACEN de MUEBLES y CAMAS de la
VIUDA DE JUAN BURDIEL
Duque de Alba, 6

VISITEN NUESTROS ALMACENES

Comedores, Gabinetes, Alcobas, Camas doradas, Muebles de estilo, Cajas de caudales, Armarios de luna y roperos, Aparadores, Pianos, Muebles de todas clases y estilos, Bañiles, Maletas, Cómodas, Sillas, Mesas, Lavabos, Artesas, Frezadores, Armarios de cocina, etcétera

Muebles MENGIBAR

NO COMPREN SIN CONSULTARNOS PRECIOS PRESUPUESTOS GRATIS MEJORARAN OLASES, ESTILOS Y PRECIO DE LOS GENEROS SE HARAN NUESTROS MAYORES PROPAGANDISTAS INMENSO SURTIDO EN CLASES Y VARIEDAD DE ARTICULOS

Ribera de Curtidores, número 2
MADRID
Teléfono 72400



**ANTIGUA CASA DE CANDIDO
SOBRINO DE BOTIN**
CASA FUNDADA EN 1725
Calle de Cuchilleros, núm. 17. MADRID
Teléfono 10308

Bar "SAN CAYETANO"
PLAZA DE CASCORRO, 5
Teléfono 72431

LA DIOSA Y LA MAJA

POR

Lainer Alcalá



MADRID es un nombre de oro que refulge bajo la gloria del Arte como blasón de vieja aristocracia rejuvenecida en el encanto de sueños ambiciosos. Sin las aportaciones madrileñas, la historia del arte español quedaría trunca o inexplicable; se incorporaría a la geografía artística universal, nos dice Sánchez Cantón.

Pueblo imaginativo y sentimental, todo el fervor de España unifica en Madrid la gracia de una bella mentira evocadora de realidades nobles, transmutando los términos mismos de la verdadera mitología en otra de más hondo sentido aristocrático y popular al mismo tiempo. Ya no hay duda de que existe una mitología propiamente madrileña, codificadora y asimiladora de gestos y actitudes, imágenes y palabras, vinculadas al garbo de su historia viva y a la permanencia de sus símbolos más representativos, capaces de convertir la mitología en historia y la historia en mito popular sin posible revisión errada para los ambiciosos de ensueños. Es el caso que aquí queremos exponer y que apenas creemos que se nos haya ocurrido a nosotros solos, puesto que en el ambiente propicio del madrileñismo al uso, la Historia del Arte repite con harta frecuencia el milagro de tan maravillosas transformaciones, cuyas estampas ha recogido la pluma de Federico Carlos Sáinz de Robles y cuyo espíritu—ha dicho el mismo escritor hace pocos días—está logrado por sucesión de recuerdos y por acumulación de estímulos que abocan a una potente única de sentimentalidad popular.

Es el Arte el que ha de prestar sus alas a esos sentimientos, y él es el único capaz de humanizar las formas de los dioses abstractos y unir de llamadas divinas la presencia formal de las criaturas. Realismo e idealismo, en dosis convenientes y con fuerza tanta para asimilar en sus creaciones idéntica orientación espiritual—religiosa, artística y poética—que la que Burckhardt anota para el pueblo griego, haciendo del helenismo la lección del Mundo antiguo, dice, como del helenismo que en Madrid triunfaba—corriente universal de todas las artes—, podemos hacer nosotros la levadura del Mundo moderno.

Por este camino, nadie duda ya de que la Cibeles sea otra cosa que la representación femenina del casticismo madrileño. La deidad antigua tomó aquí carta de naturaleza, como tan oportunamente nos dice en este mismo número D. José Rincón Lazcano. Y es inútil que se nos diga la verdad del hecho histórico y de su poética actualización. En la "Nueva Mitología", de P. Commelin, hemos aprendido que la Cibeles, hija del Cielo y de la Tierra, surgió en Asia Menor con un carácter particular que no han tenido ni Gea ni Demeter en la propia Grecia. No es la diosa de los campos cultivados y de las fértiles vegas, es la Tierra en su libre y salvaje energía, tal como se la ve desahuciarse en las faldas de los montes gigantes que dominan la llanura; es la madre Naturaleza admirada en el bello más conmovedor y fecundo. Ella es, esencialmente, la "diosa montañesa", la que está entronizada sobre las montañas y en las soledades impenetrables de los bosques. Reina de la naturaleza salvaje, dominándola por entero; los animales que habitan en sus dominios están obligados a obedecerla y a formar en su cohorte. Fue la esposa de Saturno; era llamada la "Buena Diosa" y la "Madre de los Dioses", porque lo era de casi todos los principales. Tuvo amores con Atis, al que convirtió en pino. (Nosotros pensamos ahora en el pino solitario de la calle de Alcalá, frente al ministerio de la Guerra, como constante símbolo de aquellos amoros).

Recibió culto en numerosos templos, y las fiestas celebradas en su honor, consistían en simulacros de combates. Sus "misterios" eran tan licenciosos como los de Babilonia. Se celebraban con un ruido confuso de oboes y de flautas. Los sacrificadores daban grandes gritos. Las víctimas eran truchas, cerdos, toros y cabras. Los sacerdotes hacían el sacrificio sentados en el suelo tocando la tierra con la mano. Le estaban consagrados el boj y el pino; uno, porque era la madera de que se hacían las flautas empleadas en las fiestas, y el otro, en recuerdo del desgraciado Atis. Se la representaba llevando una corona de ramas de encina, el árbol que alimentó a los primeros hombres. Las torres de la ciudad, coronadas, indican las ciudades que tenía bajo su protección. La llave, mantenida en la mano, designa los tesoros guardados en el seno de la tierra. Va en un carro tirado por leones, símbolo de la tierra que rueda en el espacio. Los leones—leonas más bien—indican que nada hay tan feroz que no pueda ser domado por la ternura maternal, o que nada hay

en el suelo tan rebelde que no sea fecundado por la industria humana. Su vestido era de varios colores, sobre todo verde, como alusión al adorno principal de los campos.

Sabemos que a fines del siglo XVIII los escultores Francisco Gutiérrez y Roberto Michel labraron la estatua para exorno del Paseo del Prado. Su instalación no tuvo otro valor que el decorativo de los gustos neoclásicos, tan madrileños, sin embargo, por la fina sensibilidad de Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva, los insignes arquitectos que dieron tono a Madrid de ciudad europeizada. Ellos han hecho hablar a las piedras madrileñas con el lenguaje universal de Roma, transido de temblores escurialenses que Villanueva elevó a categoría de nueva españolización, como lo demuestra el edificio levantado por éste para Museo de



Ciencias Naturales, próximo al Jardín Botánico y ahora Museo Nacional del Prado, la hoguera de más alta densidad artística que España puede ofrecer al Mundo en competencia de recintos idénticos.

El Museo preside el cortejo de dioses, que casi a sus puertas mismas, atentos a las modas de la época, no han perdido las virtudes arraigadas en la tierra sobre la que se yerguen. Y en cuanto a la Cibeles, sabemos la familiarizada con todo Madrid. Poco a poco la diosa se hizo mujer. Su simbólico valor universal de abstracción poética cobró realidades dignificadoras del pueblo que la contemplaba todos los días. Hace pocos años, un humorista oportuno la cubrió con una castiza capa. Ya no hay nadie que piense en el mito fecundador de que nos hablan los poetas antiguos. Su nobleza sencilla tiene el gracejo humano de toda la ciudad. La piedra vive nuestras propias vicisitudes. Y muchas veces hemos oído decir: "Eres más castizo que la Cibeles." Si antes, en su emplazamiento primitivo, para nuestras imaginaciones, maja o manola, bajaba de su paseo desde la Fuente Castellana por las alamedas de los Recoletos de San Agustín y de la Huerta de Juan Fernández o Jardines de Buenavista, hoy les parece a muchos que vuelve de los toros en su carro de piedra. Fantasía y sentimiento han hecho el milagro.

Idéntica modalidad de virtudes populares ha logrado recorrer a la inversa el arte genial de D. Francisco de Goya; y son ahora sus majas madrileñas las que



adquieren una divina categoría, que ya nadie puede discutir. Esencia profunda del pueblo que en ellas alienta, los pinceles egregios han sabido plasmar el atractivo, el encanto y el misterio de una poesía que, sin perder el andamiaje de la realidad en torno, ha recreado el mito de las viejas teogonías seculares; sólo por sus eternos valores artísticos, la verdad ahonda en la vida de las almas y se convierte en símbolo de toda una ciudad viva, heroica y creyente, frívola y desprecupada, alegre, jaranera y ruidosa, pero capaz de mantener el dualismo tan español de pisar firme en el suelo y alzar los ojos sonrientes al cielo de sus ambiciones mejores. Tiempos aquellos en que la humana pareja, en el Madrid que precede al Dos de Mayo, juega en contrapuntos felices de pueblo y aristocracia, mezclando sus gustos y presumiendo cada uno de contradictorias modalidades. Tres mujeres dan entonces la pauta. La Reina María Luisa, la Duquesa de Alba y la de Osuna, muñecas deliciosas que alternaron con las tonadilleras y los toreros famosos, mientras que el Duque de Fernán Núñez y otros caballeros mantienen garbosas competencias con las majas de rumbo y las hembras bravías del Manzanares; unas y otros, facilitan motivos al arte para escenas de inolvidables tapices y de retratos elocuentes. Pero ante todas las féminas de nombre conocido, esos dos cuadros de la Maja, vestida y desnuda, tienen, sin nombre concreto, el hondo perfume de una poesía inquietante que los eleva a la categoría de arquetipos. Con fácil erudición sabremos que la Historia y la Leyenda se disputan a plumazos cada una su verdad. Pudiera recopilarse muy ampliamente sobrasa bibliografía de todo lo que se ha escrito con este motivo.

Ezquerro del Bayo, en un libro famoso, aboga porque el modelo de las Majas ha sido la Duquesa Cayetana. Hay autor, no menos digno de crédito, que busca modelo entre las muchachitas conocidas de cierto "Agonizante" amigo de Goya. El nombre de la de Alba hizo novelera fortuna siempre. Ateniéndonos al prestigio autoritario del maestro D. Manuel Gómez Moreno en "Las crisis de Goya" (1935), resulta "inverosímil y absurda tal exhibición por muy loca que se suponga a la Duquesa". El reciente "Catálogo del Museo del Prado" (1942), afirma: "Es indudable que la Duquesa de Alba no sirvió de modelo para ninguna de ellas." Resulta mejor para la tesis que sustentamos. Sigue la leyenda en pie. La Maja de Goya no tiene nombre. Es sólo la mujer madrileña por excelencia, que entonces reinaba en la Corte como diosa de pagania indiscutible. Don Aureliano de Beruete ha escrito: "La gracia de sus movimientos y lo franco y expresivo de su mirada la hacen figurar como uno de los tipos difundidos de belleza femenina más seductores de todas las razas." Así lo reconoce otro distinguido crítico, autor de "Los dioses en el Museo del Prado": "Para

mí, más que todas las de Velázquez, podía tener pretensiones de ser considerada como diosa esa hilandería, si en lugar de tapices hilara destinos humanos. De puro no aspirar a ser diosa casi llega a serlo. Otro tanto le sucede a la "Maja Desnuda"... Arde con espíritu sensual, empecatado, para la consideración religiosa de su tiempo, con no ser ésta ya de la rigidez más antigua. Tiene todo lo necesario para ser una diosa. Pero nuestra única diosa no es una diosa: es, sencillamente, una maja." Que en ocasiones, añadimos nosotros, aspira también a una más alta divinidad, no tan pagana como pudiera suponerse con malicia. El fervoroso milagro del Arte, español y universal de Goya, reafirma los valores expresivos (los que Emile Schaub-Koch llama "cualidades permanentes" de la obra de arte; físicas, psicológicas y técnicas) y produce por estos años de 1798 la excelsa obra que Gómez Moreno denomina "el epílogo del siglo XVIII"; destacando entre Los Caprichos y el grupo de la familia real, los apasionados de la Florida. Momento de lírica exaltación apasionada por las tentaciones de toda una realidad devoradora. Otro maestro, D. Elías Tormo, escribe en el tomo primero de "Las Iglesias del Antiguo Madrid": "A la escena de animación popular y lo tremendo del lance del santo taumaturgo, se contraponen todo el único conjunto de los ángeles niños y las angélicas figuras maravillosas ("majas" divinas) que adoran el símbolo de la Trinidad entre cortinajes y riquísimas estofas y cónjines, nunca imaginables para representaciones de cielo."

Así es el Arte español que triunfa en Madrid y hace de esta ciudad la capital incomparable de nuestro mundo artístico. Una vez es Velázquez, creando auténtica mitología madrileña para que una mujer misteriosa pueda ser "La Venus del espejo" y algunos picaros se atrevan a formar en las escenas de "Los Borrachos" o de "La Fragua de Vulcano". Y ahora es Goya el que vuelve a recrearla en síntesis de todo lo humano que aquí se encierra. Pero ¿qué tiene el aire de Madrid que así transforma a los dioses y a los hombres?...

EL PORVENIR URBANISTICO DE MADRID



Perspectiva de la plaza alta del barrio de Extremadura

(Viene de la página anterior.)

cuanto estén terminados, una transformación importantísima y sumamente ventajosa para la ciudad. Es de esperar que, en un plazo de diez años, todas estas reformas sean una realidad, así como los nuevos accesos que han de construirse para las carreteras de Aragón, Valencia y Toledo.

El emplazamiento de nuevos edificios públicos de forma ordenada, tales como son el ministerio del Aire, en la antigua Cáceres Modelo; el edificio de Falange, en el Cuartel de la Montaña; la Delegación Nacional de Sindicatos, junto a los Nuevos Ministerios; el Gobierno Civil, en la Plaza de España, y la Delegación Provincial de Falange y tal vez la Diputación Provincial, en la Castellana, contribuirán a fijar definitivamente los centros directores de la ciudad.

Por otra parte, la conjunción de esfuerzos de diferentes entidades, como son la Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones, la Dirección General de Arquitectura, el Instituto Nacional de la Vivienda y la Obra Sindical del Hogar para ordenar los suburbios de la capital, constituirá en muy pocos años el exponente más interesante de mejora de las condiciones sociales de los barrios modestos madrileños. En tal sentido, los bloques en construcción y preparación de la Dirección General de Regiones Devastadas en los barrios de Extremadura y Puente de Toledo; los poblados con nueva creación que han de erigirse en el Tercio y Palomeras con la colaboración de la Dirección General de Arquitectura y el Ins-

tituto Nacional de la Vivienda; los bloques económicos ya construidos por la Dirección de Arquitectura en las barriadas de Tetuán de las Victorias y Usera, y en preparación en Vallecas y Ventas, y, por último, el bloque en construcción por la Obra Sindical del Hogar, en colaboración con el Instituto Nacional de la Vivienda, en la barriada de la Prosperidad, constituyen un volumen muy importante, que, unido a la labor municipal y a la del Obispaño, en sus desvelos por la creación de iglesias en los suburbios, son una realidad que permite concebir las mejores esperanzas en una redención definitiva de los alrededores de Madrid en un plazo relativamente breve.

Normalmente el próximo año ha de elevarse a conocimiento del Gobierno el Plan de Ordenación General confeccionado por la Junta de Reconstrucción de Madrid, al que ha de acompañar necesariamente una ley que permita llevar a la realidad muchas ideas que están en el ánimo de todos, y que no se realizan por estar sometidas a normas legales rígidas, que han quedado anticuadas y no sirven para las necesidades de la vida moderna.

Esta ley, y la ordenación de las inversiones económicas de todos los organismos que intervienen en el desarrollo de Madrid, ha de constituir la base de un plan de etapas que vaya transformando poco a poco, de la manera tenaz y lenta que indicábamos al principio, la ciudad actual, ordenada en conjunto y abandonada en sus detalles, en la capital nacional grande y próspera que todos soñamos.

Pedro BIDAGOR

GRAN CAFE RESTAURANTE

SAN ISIDRO

TOLEDO, 32
Teléfono 70236



**ALMACEN DE FERRETERIA
Y BATERIA DE COCINA
VICTORINO MARTIN**

Casa Central

Embajadores, 16
Teléfono 72910

Sucursales

Plaza de Lavapiés, 7
Teléfono 71709
Fuencarral, 90
Teléfono 17068
M A D R I D

ORTS Alpargatas por
mayor y detall
PUERTA DE MOROS, NUMERO 7
Teléfono 71701

LA REINOSANA
Fabrica de
aglomerados

DE
CIRIACO IBÁÑEZ GONZÁLEZ
SUCURSALES
ERCILLA, 48
Teléfono 75155
CASTILLEJOS, 3
Teléfono 34478

Telones de fondo madrileño

(Viene de la página 7.)

cañón... de mirtos, y el recuerdo ojalá de sus cresterías... de cipreses, ¡las «liebres» huían nerviosas de chillidos, alzándose el guardainfante, y los «podencos» las perseguían encrespadas las vírgulas de sus mostachos!

¡El Buen Retiro! Ante este telón de fondo artificial y artificio, de colores improvisados, que, además, era marco barroco de gallones, implicaciones y rabificos, no les importaba retratarse para la Historia a las figuras, ni desenlazar los sucesos de la centuria décimoséptima. Como carecían aquéllas — en su mayoría — de vida íntima y aparentaban una prestancia granguilelesca, se comprende que les asustara la grandiosidad escueta y la desnudez delirante de la Carpetana,

en la que cuantas voces se oían eran más fuertes que las suyas y cuyo clima riguroso, para titanes, asfixiaba sus pulmones cortos. Pero les parecía muy a tono con sus pergeños y con sus ánimos, nada animosos, aquel Buen Retiro levantado en la estepa por la varita mágica de Olivares, el mixtificador; jardín recogido y recortado y relamido, que tenía plantabandas efímeras en vez de bosques milenarios, figurillas de faunos y de diosas fáciles en vez de peñascos imponentes de vagas semejanzas de monstruos, surtidores desgranados en vez de veneros y de torrentes, musiquillas rancias de caja de música en vez de las sinfonías del trueno y del eco.

Federico Carlos SAINZ DE ROBLES
Agosto de 1942.

**MARMOLES y PIEDRAS
LABAJOS, S. L.**

EXPLOTACION DE CANTE-
RAS DE MARMOL BLANCO,
VERDE Y ONIX, Y DE PIE-
DRA CALIZA de GUADALIX
Se hace toda clase de trabajo
— en piedra y mármol —

Juanelo, núm. 21
TELEFONO 71734
M A D R I D

**Talleres mecánicos
de
DONATO LOPEZ**
PARA ELEVACIONES DE
— AGUA, NORIAS, Y —
BOMBAS "ZEPOL"

Oficinas:
HUMILLADERO, 16
Teléfono 72640
LUCIENTE, 7
M A D R I D

**Fábrica
de Hielo
— y —
Cámaras
Frigoríficas**

D I A Z

Plaza de la Cebada, 4
Teléfono 71049
M A D R I D

**Frutas secas
Caramelos**

**ENRIQUE
QUESADA
CANDELA**
Carrera San Francisco, 14
Teléfono 73217
M A D R I D

**¡ATENCIÓN!
MESON del SEGOVIANO**
Espléndida comida castellana
típicamente servida siglo XIX
NO DEJE DE VISITARLA
POR SUS CUADROS DE ARTE
Cava Baja, 53 — Teléf. 72932

CASA ANDION
— Sucesor de —
DEOGRACIAS ORTEGA

Lonas para toldos,
cortinas y capotas
Imperial, 8 :: Teléf. 11233

**Gran y acreditada
Cervecería
LA CORONA**

Visite esta espléndida ca-
sa, donde hallará la más
sabrosa cerveza, café y
— mariscos en general
Maldonadas, 11
Teléfono 74946

Alpargatería, Cordelería y Jalmaría.
Artículos para guarnicioneros
y boteros. Aperos para labra-
— dores y hortelanos —

CASA VEGA
(ANTONIO DE LA VEGA)
Calle de Toledo, 51 y 57. Madrid
— Teléfono 72336 —

Pablo Martínez Illescas
Sucesor de MARCOS SANCHEZ
Lubrificantes
Artículos para pulidores
San Bruno, 4 :: Madrid
— Teléfono 74951 —

**LA FABRICA DE MEDIAS
EUSEBIO GARCIA**

Casa Central:
P. de Cascorro, 1. Duque de Alba, 17
Teléfono 72882
Primera Sucursal:
Plaza Santo Domingo, 15. Silva, 2
Teléfono 23057
M A D R I D



PORVENIR URBANISTICO DE MADRID

Por PEDRO BIDAGOR



MADRID en la actualidad es una ciudad relativamente ordenada en sus líneas generales. Los valles y vaguadas que le rodean establecen límites naturales a su desarrollo. La diferente configuración de estos accidentes topográficos ha producido, inevitablemente, la distribución en zonas de la ciudad, disponiéndose los elementos más característicos, por un lado, sobre el valle del Manzanares, y por otro lado, en el eje de la Castellana, relegándose los sectores industriales de los suburbios hacia el valle del Arzobispo y el sector meridional del río. En su ordenación natural tal vez la única nota disonante es la de las barriadas de Cuatro Caminos a Tetuán de las Victorias, que, miserables en su aspecto y ubicación, se asientan sobre un grupo de montañas cuya situación y perspectiva son de las mejores de la ciudad.

La impresión de desorden que causa Madrid se debe a la falta de cuidado en los detalles. El escaso rigor de las ordenanzas en materia de volumen de edificación, la manera de surgir los suburbios a merced de la especulación, la desorganización de los diferentes barrios, en la que no se ha cuidado de destacar los elementos característicos y representativos, y la libertad total de usos en toda la superficie urbana son la causa del aspecto anárquico que ha tomado la ciudad. Madrid cuenta, en una medida mucho mayor de lo que comúnmente se cree, con los elementos necesarios para llegar a ser una gran ciudad, representativa en su conjunto y atractiva en sus detalles, que, por su personalidad, fuera digna capital de la Nación, de la que estuvieran justificados orgullosos todos los españoles. Requiere para conseguirlo una labor constante y sostenida, que, dejando a un lado los posibles éxitos pasajeros de reformas espectaculares, eleve poco a poco el nivel urbano, terminando por de pronto las diferentes partes de la ciudad, edificando los sectores todavía existentes en los ensanches, estimulando la unificación de alturas para la supresión de medianerías e introduciendo pequeñas plazas comerciales y de reposo que den variedad a los trazados cuadrículados del ensanche. En suma, una labor vigilante que evite de todas las pequeñas cosas con abstracción análoga a la que una ama de casa pone en el aderezo del hogar.

La tradición urbanística del último medio siglo ha establecido como temas fundamentales de labor municipal la apertura de grandes vías y la erección de monumentos conmemorativos. Es hora ya de abandonar esta labor teatral y dedicarse de lleno con espíritu social nuevo, propio del Movimiento, a la resolución apremiante de los problemas, planteando y abarcando las obras sociales para engran-

decir la ciudad, elevando el nivel de vida, la capacidad de trabajo y el rendimiento de producción, con lo que el enriquecimiento y la prosperidad harán posible una mejora total y conjunta del organismo urbano. Las grandes vías son reformas que hoy en día muy pocas veces pueden ser realizables, pues requieren unas condiciones muy especiales para que sean beneficiosas y económicas. Su éxito estriba en la transformación de una zona de uso poco intenso, tal como la de vivienda modesta en construcción vieja, en una zona de uso intenso de rendimiento económico; así se compensan los gastos que la obra requiere. Si la diferencia de uso entre el anterior y el posterior a la reforma no es muy grande, la financiación se basa en obtener un rendimiento excesivo del solar mediante una gran elevación de los edificios y la acumulación de usos públicos, tales como espectáculos, cafés, oficinas, etc.

Si la vía se hace con sentido urbanístico, no acumulando usos que crearán problemas de tránsito y exigiendo normas de altura de unificación y de condiciones sanitarias, entonces la reforma será sumamente antieconómica y muy pocas veces podrán los Municipios afrontarlas. La carencia de las reformas hará comprender mejor que otra razón la necesidad de una política general de suelo y de urbanización.

En Madrid todavía se sigue pensando demasiado en las reformas interiores y poco en los problemas generales. Los problemas de la ciudad pueden dividirse en dos grandes grupos: uno, lo constituye la necesidad de terminar, mejorándolo, el caso urbano actual, y otro, la preparación del gran Madrid, que para fines de siglo ha de abarcar un radio muy superior al actual. En el primer grupo de problemas pueden destacarse como fundamentales los tres siguientes:

- a) La congestión de tráfico producida en las concentraciones comerciales.
- b) El saneamiento de las viviendas.
- c) La ordenación de usos separando principalmente la vivienda y la industria.

El problema del tráfico es el que se cree resolver a base de una reforma interior mediante la apertura de una red de grandes vías. Como hemos dicho anteriormente, una reforma amplia, planteada a base de financiación por Empresas particulares, produciría un aumento todavía mucho mayor que el actual, de usos intensos en el casco antiguo de la población, atrayendo todo el tráfico de la ciudad precisamente hacia la ciudad antigua. El aumento constante de la necesidad de tráfico produciría conflictos crecientes en las nuevas vías, como ya se observa en la avenida de José Antonio, y puede asegurarse que el día en que cese la restricción de gasolina y Madrid alcance la circulación de automóviles que le corresponde, el problema de circulación y es-



Perspectiva del Puente de Toledo

tacionamiento en la referida avenida será gravísimo e insoluble.

La única solución razonable es tomar todas las medidas pertinentes para impedir el crecimiento de la circulación en la ciudad actual, para lo cual es preciso restringir de una manera radical la instalación de nuevas zonas de uso intensivo en barrios y calles que no reúnan condiciones apropiadas para ello, protegiendo al mismo tiempo la creación de zonas nuevas en el ensanche y planteando para el porvenir la creación de un nuevo centro comercial y de espectáculos con condiciones apropiadas para la vida moderna. Este centro en Madrid tiene como localización clara el comienzo de la prolongación de la Castellana, que dentro de muy pocos años será el centro geométrico de la ciudad.

El saneamiento de las viviendas y la ordenación de usos son labores ingratas, y que para dar fruto han de ser sostenidas durante muchos años con tesón inquebrantable. Si se hubieran cumplido las normas que el autor del proyecto del ensanche—Castro—estableció para las viviendas y los usos, desde luego Madrid tendría un aspecto totalmente diferente. Las primeras manzanas de la calle de Serrano, con sus magníficos patios centrales dedicados a jardines, son una muestra de lo que se hubiera hecho si no hubiera intervenido la presión constante de los propietarios, que deseaban una mayor libertad en el aprovechamiento del solar, consiguiendo la anulación de los patios de manzana, el aumento de las alturas de edificación y la libertad de las construcciones industriales en los ensanches dedicados a residencias.

Actualmente el problema es especialmente ingrato por la gran cantidad de errores ya cometidos que no tienen solución, pero, como es natural, esto no puede ser la base para continuar por el mismo sistema hasta el infinito, y es indudable la necesidad de establecer límites que, sin causar un perjuicio excesivo a la propiedad particular, garanticen un mínimo sanitario de las viviendas y un sistema de ordenación de industrias y garajes en los barrios de residencia.

Por otra parte, ha llegado la hora, sin duda, de pensar en el gran Madrid, es decir, en la ciudad que, continuando el ritmo de crecimiento normal, alcanzará los dos millones de habitantes hacia 1970 y tres millones a fin de siglo. A mucha gente este crecimiento de la ciudad parece absurdo, pero no se puede olvidar que uno de los objetivos más claros de la nueva España es conseguir los cuarenta millones de habitantes, y que el crecimiento de la población será absorbido por el campo en muy pequeña proporción, pues tan sólo los nuevos regadíos permitirán la creación de poblados agrícolas, y el secano actual más bien necesitaría una reducción de población para aumentar su

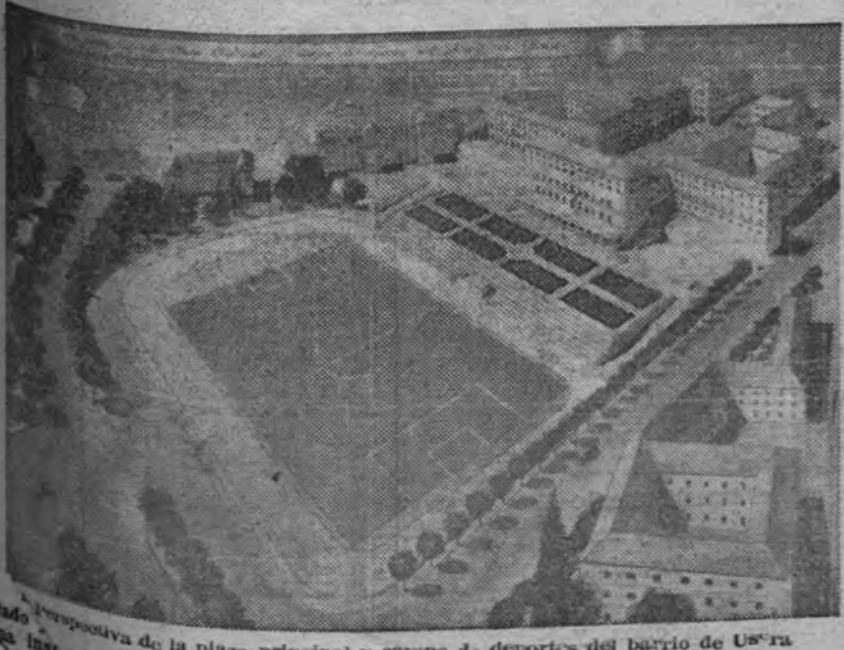
nivel de vida, mediante una perfección de la técnica, que no un aumento de población en las modestísimas condiciones actuales. Es, por lo tanto, necesario que el crecimiento de la población se realice en su mayor parte a base de nuevos centros industriales y mercantiles, y desde este punto de vista es claro que Madrid tiene un programa industrial importante a realizar.

La ciudad tiene que prepararse para recibir sucesivamente la inmigración que fatalmente ha de producirse con el aumento de población, que no puede ser absorbida por el campo, y que, si no están preparadas las industrias convenientes, producirá constantemente un agudo problema de paro y miseria en la capital. En un porvenir, por lo tanto, de treinta a sesenta años, el problema más importante que tiene planteado Madrid es el de la creación de una serie de centros industriales que, junto con el Madrid actual, que ha de reservarse cada vez más a su función de capitalidad, constituyan lo que, por analogía a lo que ocurre en otros países, se ha dado en llamar el gran Madrid.

La organización urbanística para este porvenir supone, en primer lugar, una perfecta solución de las comunicaciones de todo orden: ferroviarias, por carretera, aéreas, ya sean de carácter nacional, comarcal o local. En segundo lugar, la limitación de la ciudad actual y la definición de los nuevos centros industriales que han de constituir organismos autónomos separados y enlazados a la ciudad administrativa. En tercer lugar, han de preverse los poblados y los diferentes servicios, que constituirán con los centros industriales los poblados satélites, y por último, todo el conjunto ha de quedar envuelto en una red de bosques, parques y huertas que constituyan un sistema completo de espacios verdes.

La Junta de Reconstrucción de Madrid, por encargo del Gobierno, ha redactado el Plan General de Ordenación, que, de acuerdo con todos los departamentos ministeriales afectos, y con todos los Ayuntamientos que constituyen la zona de influencia o alfoz de la ciudad, establece las líneas generales que encauzará a Madrid en su desarrollo. Aun cuando no se realice con el ritmo que todos deseáramos la labor de ordenación urbana y la preparación del gran Madrid, están en ejecución obras de consideración en una serie de aspectos importantes. Por una parte, la labor emprendida por el Ministerio de Obras Públicas estableciendo los enlaces ferroviarios y previendo la circunvalación, construyendo la prolongación de la Castellana como acceso de la carretera de Irún y los edificios de los Nuevos Ministerios como iniciación de un nuevo centro administrativo constituirán, en

(Continúa en la página 22.)



Perspectiva de la plaza principal y campo de deportes del barrio de Usara

EL FORASTERO EN MADRID

Por **ALVARO CUNQUEIRO**



ICEN que hubo una vez un helenista alemán tan preparado que desde su Tubinga de los higos foles y las manzanas reinetas escribió una "Guía del forastero" en la Atenas de Pericles.

Cuando yo me retire de los trotes madrileños a mis soledades lucenses quizás escriba una "Guía del forastero en Madrid", con la experiencia de mi forastería y sus cuevas arriba. Se la dedicaré a esos dos paisanos míos que están bucheando agua en la calle de Hortaleza: dos labrados delfines. La primera vez que vine a Madrid ya me los tropecé. Me parecieron, por lo redondos y finos que son, naturales de la ría de Aldán.

—¿Cómo vamos?—les pregunté.

—Echando agua con permiso de San Antón y haciendo lo que se puede por que la peste no derrée las bestias.

—Sois delfines medicinales. ¿Para que luego digan de los delfines de los antiguos!

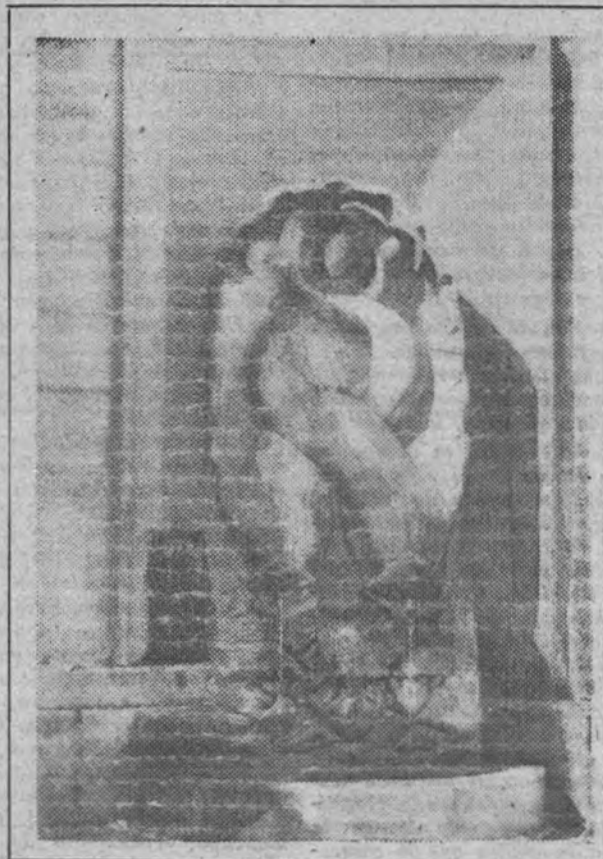
Hice muchas migas con estos peces, que son, sin duda, los gallegos de más tiempo de residencia en Madrid. Siento que el Fuco no los haya visto. El Fuco fué dependiente catorce años en una taberna de la calle de la Palma, junto al Tribunal, y sólo una vez salió a la Puerta del sol: a comprarle un décimo a un cliente. Así que aprendió el castellano se volvió a su aldea. No se acostumbra.

Yo quería llevar mis gemelos delfines a beber por ahí unas tazas de Ribeiro. En Madrid, debe decirse, mejoran los ribeiros y valdeorras; se cargan un poco y se hacen más graves y pastosos, lo que no es mala cosa en vinos tan abantos. Yo solía catarlos en una tasca de la plaza de San Miguel, que es un rincón que huele a Lugo, a ese olor un poco áspero y seco de Lugo; la Cava de San Miguel huele a Lugo. Desde mi vino me iba a la Plaza de la Villa; me gusta; es fina y fría, y corresponde a la imagen de un Madrid ideal, severo y serio como una capital de los Austrias; decididamente me gusta, como me gustan otros dos o tres lugares madrileños de la misma clara, pausada y elegante atmósfera. Ese Madrid sería una gran cosa.

Claro está que yo, como forastero, de lo que entiendo mucho es de cafés; Madrid, se ha dicho muchas veces, es un archipiélago de cafés y posee una gran variedad de establecimientos de esta clase. Un buen forastero suele visitar unas cuantas docenas, para decidirse por uno como lugar de tertulia y cita. Media ciudad acampa en los cafés, y esto es muy grave cosa para la



vida social y para el tono de vida. Y es curioso: los madrileños, con tanta vida de café, no saben llamar a los camareros. ¡Había que ver a los catalanes en los cafés de San Sebastián! ¡Hay que ver a los curas en los cafés de Lugo y Orense! ¡Qué palmas! Consecuencia madrileña: que el camarero se ha impuesto un poco al cliente, especialmente en los sitios elegantes. Esto no sucede en provincias.



El forastero puede pasar por Madrid sin verlo. La culpa hay que echársela a eso que parece y no parece una calle, y se llama la Gran Vía. La Gran Vía y la burocracia impiden que el noventa por ciento de los forasteros visiten Madrid. La Gran Vía, que es una monstruosidad como vía—no viene de ninguna parte; no lleva a ningún lado: podían haberla delineado de manera que se mordiera la cola—absorbe el setenta y cinco por cien de los pasos que el forastero da en Madrid la primera semana de su estancia, salvo que venga "a los ministerios", que es la mayor de las calamidades que agobian al forastero y le impide, incluso, ir a la Gran Vía.

Los centros morales—lo que el terriblemente absurdo y feo Haussmann llamaba así—y sentimentales de Madrid no están escondidos, ni siquiera alejados del centro, pero hay que realizar un cierto esfuerzo para dar con ellos, y cuando el deambulante llega, nunca sabe a cien-

cia cierta qué calidades madrileñas tienen aquellos polos urbanos, aquellos centros sobre los que gravitan los valores de estabilidad de la ciudad. Compostela no tiene problema: newtonianamente se lo ha resuelto la Catedral. Paria tampoco: tiene un río y unas islas, estos es, unos puentes. Y Londres otros puentes, y Lisboa una plaza y un río. Llegamos a pensar que Madrid—y esto sería tremendo—tiene un carácter provisional, o algo peor, que Madrid es su propio transeúnte.

Un madrileño consciente y limpio—Ledesma Miranda, por ejemplo, o don Antonio Ferreras, excelente arquitecto—se vería un poco confuso, seguramente, si tuviera que delimitar el burgo que, moral, sentimental y vitalmente constituye, hoy, el sostén de Madrid como ciudad, su central térmica, su pulmón y su oído. El forastero, el ingenuo y humilde forastero como yo, anda desorientado por barrios y callejas, y aun en la Plaza Mayor, provincia y canon de Madrid, duda de hallarse en un punto urbano cuya subsistencia está asegurada, cuya fuerza es real y cuyo testimonio histórico es eficaz. Esto, para mí, quiere decir que han debido hacerse muchos disparates en la urbanización moderna de la Villa y Corte.

...

Varias veces me he preguntado—un forastero que se va a quedar cierto número de años en la "polis" debe saberlo—si Madrid tiene sus correspondientes Demonio y Angel de la Guarda, y dónde y a qué luz trabar conocimiento con ellos. El Demonio de Madrid se me antoja morisco y esqueleto y hombre descuidado de sus quehaceres. A veces, cuando en estos atardeceres matritenses, la luz vespertina colorea las grandes rojas nubes y las blancas y grises, y el cielo se dispone como esos cielos de las batallas navales de la gran pintura, me parece la ocasión de topar con la estantigua madrileña. Hasta hoy no he tenido esa suerte.

...

Y mientras siga haciendo este calor del siglo XIII que dura hasta que la canícula quiebra en el día de Nuestra Señora, no puedo decir, recordando el dorado otoño, que esta villa cortés es fina y fría y que viven en ella muchas cosas que los propios madrileños creen enterradas. Los únicos forasteros que lo pasan bien, ahora, son dos o tres diplomáticos y mis dos paisanos, los delfines que en la calle de Hortaleza buchean agua fresca, con el permiso de San Antón.

